

universo **centro**

Cualquier cosa, menos quietos

Número 100 - Septiembre de 2018 - Distribución gratuita www.universocentro.com



Revivamos nuestra historia

La mecanografía ha sido una de las palabras preferidas de nuestros encabezados y nuestras discusiones. Tiene algo entre anacrónico y elemental, algo que rehúye la solemnidad y los embelecos de última hora. Simplemente describe el ejercicio de quienes se inclinan sobre el teclado, la expectativa del que busca hilar una historia, la paciencia de quien piensa mientras aporrea las teclas. Nos sirve además para igualar a escritores, periodistas, espontáneos con ínfulas, poetas desbordados y académicos de cuadrícula. Todos bajo una misma lámpara —Diógenes siempre será un guía— que pretende esculcar, insistir, rayar, mentir, dudar y tambalear. Cualquiera puede hacer que las teclas resuenen contra el papel, quienes fungen de pianistas y quienes pretenden romper el rodillo con el punto final.

El antro también se convirtió en una palabra distintiva. Antes de destilar tinta sudábamos alcohol. Y la barra de El Guanábano ha sido nuestro eje horizontal durante diez años. Soporte y ruina. Ya lo dijimos hace unos cuantos números: *Universo Centro* nació como una simple provocación, una chispa que prendió con la ayuda de un poco de alcohol. La falta de pago siempre se puede paliar con unos tragos y muchos de nuestros colaboradores han convertido nuestro altílo en abrevadero. La palabra sirve como repelente contra los pudorosos e imán para algunos desatinados con ideas. Y hay una gran ventaja para los obligatorios en el antro de redacción: las conversaciones en la barra pueden tomarse como horas laborales y siempre hay un cronista de libreta para rescatar a los enlagunados.

Independencia es al tiempo un pirolo y un señalamiento, una condena al equilibrio y una autorización para la desvergüenza. La palabra es sin duda tentadora, pero genera expectativas que causan temor y pudor. La verdad ceñuda, la denuncia automática, la indignación obligatoria son muy cercanas a las ínfulas de soberanía.

Por eso nos hemos visto obligados algunas veces a decir que no se tomen muy a pecho nuestras retahílas, que descrean de las sentencias, que den por vivos a los muertos que enterramos en nuestras páginas. Por esa chapa de independientes algunos han cuestionado los avisos institucionales que nos acompañan, nos han señalado de fletados y zalameros. Reconocemos ser una “mafia de garaje” y repetimos que nuestra gran independencia radica en que a mitad de mes si acaso tenemos clara la mitad de nuestro contenido. Dependemos de nuestros colaboradores *ad honorem*, del departamento de apariciones de última hora, de alguna señora de los milagros que deja caer un cuento. Los amigos dictan y nosotros copiamos. También nuestros lectores nos salvaron una vez hace un año. Los invitamos a seguir ayudando a nuestra limitada independencia y a seguir aportando a nuestras dependencias.

La mezcla ha sido otra de nuestras características involuntarias. Fuimos armando un equipo sin entrevistas ni hojas de vida. Guiados por una suma espontánea de periodistas de cartón, humoristas por cuenta propia, mentirosos con criterio y biblioteca y eruditos sin bastón, además de una colección de dibujantes, ilustradores y artistas dispuestos a leer. Tal vez eso ha servido para que *Universo Centro* sea apetecido en colegios y mesas de jubilados, buscado por ingenieros y antropólogos, consumido por bazuqueros y secretarías. A todos, nuestra gratitud por buscarlo en las salas de espéralo. Sabemos que la promisión de lectura es nuestra principal obligación.

Es hora de cerrar este pequeño diccionario UC para dejarlos en libertad de escoger el número carnudo que tienen entre ojos. Esperamos que lo gocen, lo espulguen, lo recorten, lo coleccionen y lo vendan si es posible. Gracias por la compañía, gracias por disfrutar de la prensa que cuenta y miente, que alegra y subraya, que mancha y ríe. ¡Salud! ☺



DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDITOR

– Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora Meléndez

– David Eufrazio Guzmán

– Andrés Delgado

– Anamaría Bedoya

– María Isabel Naranjo

– Alfonso Buitrago

– Carolina Calle

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

CORRECCIÓN

– Gloria Estrada

– María Isabel Naranjo

ASISTENTE

– Sandra Barrientos

DISTRIBUCIÓN

– Didier, Gustavo y Simón

Es una publicación mensual de la Corporación Universo Centro

Número 100 - Septiembre 2018

20.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM



universocentro

Mis barrios de Medellín



Cárcel La Ladera. Gabriel Carvajal Pérez, 1964.

Para Katherine, este cuento que ya me ha oído

Mis recuerdos más viejos de Medellín son, por supuesto, de los barrios. Barrios marginales, de esos que no figuran en las historias antiguas ni en los libros de Luis Latorre o Lisandro Ochoa.

Sé que nací en Boston, en los años de la segunda guerra mundial, a una cuadra de la plaza, por Giraldo, antes de llegar a Bolivia: alguna vez me mostraron la casita modesta, de un piso, donde vivieron mis papás recién casados. Poco después nos trasteamos a Villa Hermosa, en la calle Lepanto, un nombre sonoro que no me decía nada, con Giraldo, otro nombre que tampoco significaba nada para mí: hoy por lo menos asocio a Lepanto con Cervantes.

Según los relatos de familia, mi papá, con visión de futuro, con la gana de hacer un negocio brillante, compró un lote en un sitio con una vista fabulosa, desde donde se veía todo el valle de Medellín. Creía que se valorizaría rápidamente, porque los ricos querían vivir en las partes altas de las laderas y pagarían por el paisaje. Sin embargo, la filantropía de don Carlos Vásquez Latorre, el dueño de los terrenos, le dañó el plan: el empresario y dirigente conservador decidió vender baratos los lotes de esas cuerdas para urbanizaciones obreras y populares. Yo no conocí muchos vecinos obreros, pero sí mucha viuda llena de hijos: en general, nuestra parte del barrio se llenó de una clase media baja que luchaba por sobrevivir y de un poco de familias que uno no sabía de qué vivían.

Mi papá era maestro, un licenciado en educación de la Normal Superior de Tunja, que enseñaba en la Escuela Normal de Varones y se sentía en ascenso, y realmente lo estaba logrando, finalmente se instaló en la clase media educada: después de enseñar en la Normal pasó a rector del colegio técnico de Medellín, el Instituto Pascual Bravo, que se adivinaba en la montaña occidental de la ciudad. Allí estaba, trabajando, el 9 de abril de 1948, cuando vio el humo de algunos incendios en el Centro, que se divisaban desde las faldas de Villa Hermosa.

La Normal estaba en la parte alta de La Ladera, una extensa finca en cuyas partes bajas se había hecho ya la cárcel de varones. El bus de la Normal, manejado por don Oscar, en el que a veces bajé a la ciudad, por una carreterita de montaña, pasaba por la cárcel y uno veía allí a los presos dedicados a cuidar extensos cultivos de fique y a meter las hojas en unos trapiches metálicos de los que salían montones de cabuya.

El barrio era, pues, pobre. Los hijos de los vecinos jugaban fútbol en la manga del lado —nuestra casa estaba en la última manzana construida—, y de ahí para arriba y hacia el oriente había filas de casas que nunca formaban manzanas. Eran mangas, y bosques que empezaban a prender, de eucalipto, acacia y pino, sembradas por el Acueducto. A lo lejos se veía el Pan de Azúcar, ese cerro perfectamente diseñado, al que subí algún día con unos amigos del colegio y que era parte de la misma finca de La Ladera, según lo que puedo encontrar en *Medellín hace 60 años*, de Carlos J. Escobar.

A unas dos cuerdas estaba una villa elegante, la herencia de una época en la que esta zona parecía tener un futuro próspero, con un antejardín de media cuadra y una avenida interior de árboles. Era Villabol, cuyo nombre original —aunque eso no lo supe en esos años— era Villa Wolff, por el apellido alemán de don Reginaldo Wolff, uno de los mineros que vinieron a trabajar a mediados del siglo XIX a Titiribí, en las minas de El Zancudo, y quien después estableció la fundición de Caldas. Probablemente alguno de sus hijos o nietos locales construyó en terrenos de la villa a comienzos del siglo XX, y después empezaron a lotearla.

Las calles del barrio estaban sin asfaltar, aunque los vecinos empeñosos hacían acuerdos con el municipio y ponían plata para ayudar en la pavimentada, y al fin se hizo la de Lepanto, que se llenó de “catapilas” y buldóceres. Yo tenía prohibido juntarme con esos muchachos discos que decían palabras feas, pero la autoridad en mi casa no se ejercía con mucha firmeza: la pedagogía probablemente dominaba. Una vez, después de que enloqueci toda la tarde a mi mamá ella decidió ponerle la queja a mi papá, quien usó la correa que ya había probado. Yo le dije que si me pegaba me volvería mucho más malo y no iba a volver a hacer caso. Prometió entonces no volver a pegarme, y dijo que estaba seguro de que en adelante sería siempre un niño formal. Las consecuencias fueron fatales: desde entonces tuve que ser un niño muy bien criado, bien manejado, con permiso para jugar fútbol pero no para ir a las cantinas donde los pianos hablaban de Pénjamo, de “chencha” y de Pachitoeché. No podía jugar tranquilamente con los vecinos del barrio, pues eran del pueblo, y cuando entré al colegio, no tenía mucho en común con mis compañeros, pues todos eran plátudos: terminé prácticamente sin amigos, el único de clase media en una ciudad donde había mucho pueblo y muchos ricos. La clase media, si existía, no se dejaba ver.

La casa estaba sobre un lote grande, de trescientos metros, pero en mi más antiguo recuerdo era solamente de una pieza y una salita: mi mamá y yo oíamos

pasar los aviones, que daban la vuelta sobre Villa Hermosa para ir al campo de aviación, y pensábamos que en uno de ellos podría venir mi papá, que debía andar visitando a su familia en Boyacá. Ese lote grande se fue llenando de piezas, una por una, a medida que nacían mis hermanos, pero cuando a los diez u once años dejamos de vivir allí por unos meses, todavía tenía un gran solar en el que mi mamá sembraba repollos y lechugas, y que tenía dos enredaderas inolvidables: una de cidra, que le echaban a los frisoles, y otra de estropajos, con los que nos bañábamos y limpiábamos los trastos.

Recuerdo que cuando yo estaba muy chiquito mi mamá, fuera de la huerta casera, había empezado a mostrar su energía de negociante: por la mañana el carro de la leche, que me parece recordar jalado por un caballo y anunciado por estridentes campanas, dejaba dos o tres canastas de botellas, que mi mamá vendía a las vecinas, junto con *El Colombiano*, del que también dejaban, a las cinco de la mañana, cinco o diez ejemplares, lo que me comprueba cómo el barrio no se resignaba a su destino popular. Poco a poco esta energía fue encontrando otras aventuras: una planchita eléctrica permitió anunciar, “se venden obleas”, a las que les echaba arequipe y mermeladas, y, creo que en una época posterior, cuando volvimos a vivir allí, mi mamá compró una nevera y para pagarla anunció, “se venden cremas y helados”.

En mi primera época en Villa Hermosa acompañé a mi mamá a clases de costura en el Centro de Medellín, cerca del Hospital de San Vicente, donde decenas de señoras entraban a un segundo o tercer piso lleno de máquinas Singer. Se demoró para comprar su máquina: al comienzo su aprendizaje sirvió para hacerme una ropa de diseño equivocado que me hacía notar en el colegio y me hacía pasar vergüenzas, y para anunciar, “se hacen ojales”, “se forran hebillas”, pero pronto compró una de marca Necchi, que yo había descubierto en mis tempranas lecturas de *Selecciones*, donde contaban la historia de esta máquina, que había sido capaz de añadir a las Singer unas capacidades de bordado muy complejas, y que yo trataba de descifrar en las endiabladas instrucciones que habían venido con el aparato. Todavía no sé si fue una buena idea o si mi mamá se equivocó al creer que yo sabía muchas cosas.

Y era que, desde que me volví niño bueno, lo único que hacía era leer. Aprendí a leer, como es lógico, con la ayuda de mi papá que tenía su propio método para hacer interesante el aprendizaje, en *El Colombiano*, donde salían las noticias sobre el fin de la guerra mundial o el gobierno de Ospina Pérez. Pronto me regalaron

por JORGE ORLANDO MELO

Fotografías: Archivo BPP



Carro surtidor de leche. Gabriel Carvajal Pérez, 1953.



Modistas de Medellín. Gabriel Carvajal Pérez, s.f.

libros de cuentos (al cumplir cinco años, creo, me regalaron los cinco tomos de los cuentos de Constancio C. Vigil) y cuando cumplí nueve o diez años, la Enciclopedia Universitas, en veinte tomos, que resultó más compleja que *El tesoro de la juventud*, que tenían mis primos lectores. El ambiente pedagógico se mantenía: también allí recibí de regalo —recuerdo que estaba enfermo, no si se me había roto algo— un juego de construcción en metal, Mecano, con el que hacía grúas y catapilas.

Entré al colegio a los seis años, y el colegio quedaba en el Centro. La vida debía ser muy tranquila en ese Medellín de los años de la violencia, puesto que el viaje al colegio no provocaba mucha aprensión: yo cogía un bus de Villa Hermosa, que bajaba a la catedral y seguía por Sucre o El Halcón Negro, en unos años en que los enemigos nazis iban poco a poco desapareciendo para ser reemplazados por comunistas.

llegaban visitas mi mamá me mandaba a veces a Junín con La Playa, al Cardesco, a comprar bizcochuelos para servir el algo: no parece que fueran mandados que se consideraran peligrosos. Tampoco era peligroso andar por el barrio, aunque fuera solo, ni bajar a la iglesia de San Miguel, donde un curita místico repartía unas pociones que deberían devolverle la vista a una de mis tías, ni ir al Teatro Cuba, unas seis o siete cuadras más abajo, por Mon y Velarde con Cuba, donde daban todos los sábados por la mañana las interminables series del Capitán Silver, el Llanero Solitario, la Sombra o el Halcón Negro, en unos años en que los enemigos nazis iban poco a poco desapareciendo para ser reemplazados por comunistas.

Siempre empresaria, mi mamá decidió que debía ganarme la plata del cine, y me enseñó a hacer unos dulces de coco recubiertos de azúcar que salía a vender el domingo a la plaza de Villa Hermosa, y que me financiaban, con una sola salida, todo el cine del mes. Creo que ella se inventó el nombre: los llamaba “sanchecerros”, con el apellido del dictador peruano que había autorizado la

invasión de Colombia cuando ella tenía diez años.

Vivía pues condenado a ser un niño formal y lector: casi sin amigos en el barrio ni en el colegio. Mis compañeros de clase iban al club —una o dos veces me invitaron al Campestre, donde me metí por primera vez a una piscina—, o tenían finca en El Poblado o San Antonio de Prado y pasaban sus vacaciones en Cartagena, y los más prósperos, en Miami. Tenía unos dos amigos, a cuyas casas iba, y donde no parecía haber restricciones para la comida, ni problemas con los mercados, y donde había carros, sirvientas (como se decía todavía, antes de que apareciera la corrección política) y hasta chofer. En mi casa la comida era abundante, pero el esfuerzo era grande: los quesos y los huevos se traían de San Pedro, y a veces también la carne, porque allá las cosas eran más baratas. Y las muchachas aparecían solamente cada dos años, para ayudar a mi mamá a atender a un bebé recién nacido, y a veces más bien se venía alguna tía del pueblo a vivir con nosotros.

En Medellín no había mucho que hacer: por supuesto, existía el estadio de

San Fernando, en Itagüí, donde jugaba el Atlético Municipal, y donde había carreras de caballos: ambas actividades estaban por fuera de los hábitos de mis papás. Toda mi vida social se reducía a los partidos de fútbol en la manga vecina, a las visitas a mis primos y a uno que otro fin de semana en San Pedro, a dos horas en bus de escalera, donde vivía mi abuelo materno, dueño de una carpintería maravillosa, sobre todo por dos máquinas de pedal que me sorprendían y que hacían molduras y recortaban láminas de todas las formas. Mi papá también era carpintero, y por supuesto hoy la nostalgia me hace lamentar no haber guardado los trompos y los carritos de madera que me hizo, y que fueron casi mis únicos juguetes fuera de los que tenían el visto bueno pedagógico, y de un triclito que me compraron para mi cuarto cumpleaños y en el que tuve varios de mis accidentes infantiles.

El Medellín que yo conocía era limitado. Vivía en Villa Hermosa, y caminaba por mangas deshabitadas hasta la Escuela Normal de Varones o, en los domingos en los que había procesiones, hasta la iglesia de Manrique: había que pasar por unas cañadas hondas que se atravesaban no por puentes, sino por encima de tuberías del acueducto. A veces iba con mi papá a la plaza de mercado, donde lo veía negociar con una seguridad y una propiedad que me llamaban la atención, regatear con las vendedoras a las que trataba con una confianza que no me explicaba, hasta que años después descubrí que al darles nombres afectuosos simplemente buscaba una rebaja en la morcilla o en el mondongo. La Plaza de Cisneros era maravillosa: centenares o miles de vendedores de frutas y verduras, pilas de guamas, cañafistolas y mamoncillos, y hojas aromáticas desconocidas. Los alrededores se veían tranquilos, aunque de todos modos uno ya había oído decir que de noche, en esos cafés tan calmados, la gente se emborrachaba y había peleas y otras maldades.

Había al menos una celebración anual que uno no se perdía: la procesión del Corazón de Jesús, en la que los colegios terminaban formados frente a la catedral, en el Parque de Bolívar. Al mismo parque iba uno que otro domingo, acompañado con algún primo a oír música en la retreta: tocaban —lo supe después— dos o tres oberturas y marchas de óperas, algún trozo de Mozart y terminaban siempre con una pieza de música colombiana, generalmente un pasillo rápido, como *Patasdillo*, o *Cucarrón*, o un bambuco como *Antioqueña* o *Cuatro preguntas*. Era una banda que al menos desde que yo tenía unos diez años fue dirigida por el maestro Joseph Matza, de quien se decía la inverosímil historia, contada también acerca de dos o tres músicos más, de que, venido a Medellín con alguna compañía musical, se enamoró de la ciudad y nunca quiso volver a dejarla. Pero entonces me parecía natural: ¿no tenía Medellín la catedral más grande del mundo en ladrillo cocido? ¿No era, como había leído en *Selecciones*, la “tacita de plata”, una ciudad cuya limpieza era ejemplar? Dos o tres veces fuimos al Bosque de la Independencia, con su lago —hoy se ve como un laguito insignificante— lleno de barquitas, a las que me subí alguna vez. Pero tenía una marca social negativa: era un parque al que, los domingos, que era cuando mi papá nos podía llevar, iban sobre todo las sirvientas a levantarse su policía, de modo que en mi casa, empeñada en protegernos de la contaminación popular, más bien se evitaba.

Fuera de las películas del Cuba, algunas veces fui al Ópera, en Maracaibo, al Metro Avenida o a los cines continuos de Caracas, Junín o Sucre, el Caracas, el Cine al Día o el Cinelandia. Allí debí ver las películas de Disney, *El libro de la selva*, *Blanca Nieves* (me acompañaron mis papás) o *La Cenicienta*. En Guayaquil veía uno teatros muy atractivos, llenos de películas de charros mexicanos (el Granada, el Medellín), pero nunca pude ir: la primera vez que entré allá fue terminando bachillerato, cuando la iglesia prohibió *La dulce vita*, y el único teatro que se animó a presentarla era uno de Guayaquil. Al Lido me llevaron alguna vez, con el inmenso atractivo de la Heladería Santa Clara, que quedaba al lado de Versalles. Y una o dos veces, en esa infancia remota, me llevaron a comer moros al Astor, en Junín, un sitio que redescubrí tres o cuatro años después, cuando tuve la fortuna de tener de compañero de clase al hijo del dueño, Baer. En Santa Clara conocí el helado en copa, pues al barrio subían los carros de paletas de La Fuente o los de La Foca, seguro un poco más baratos. Subían también los “quesos de la casa Mincho”, que nunca probamos porque los ofrecían, como los cajones o las bateas de panadería, vendedores de aires muy populares. La comida popular la descubrí a la salida del colegio, en la calle Colombia, donde se instalaba frente al Central Femenino y al Jorge Robledo, el Caratejo, que nos vendía *herpos*, con esa crema que todavía recuerdo como insípida; prefería comprar guayabas o guamas, o panelitas de leche.

Acababa de cumplir seis años cuando cambió mi vida: entré al colegio, con sus muchachos de mejor familia. No tenía muchos problemas de estudio o conducta, estaba apersonado en mi papel de niño formal y estudioso. Hasta tal punto parecía sobrado que mis papás me metieron, de seis años, a segundo, dizque porque ya sabía leer y escribir: a las dos o tres semanas me di cuenta de que me costaba mucho más trabajo que a mis compañeros, que sí escribía, pero muy despacio y me mandaron a primero, donde me sentí mejor y leí la *Alegoría de leer* con sus historias aleccionadoras. Ya era lector en casa: *Robinson Crusoe* fue quizás la primera novela que descubrí, a la que siguió, cuando ya estaba en el colegio, *Ivanhoe*, donde apareció, inesperadamente, Robin Hood. Y en los dos o tres años siguientes, Julio Verne. Eran libros que estaban en casa o me regalaba mi papá. Todavía no había descubierto las librerías, y más que libros leía *El Colombiano* y, de vez en cuando, *Semana* y libros de cuentos.

Y cuando terminé el primer año, después de ese esfuerzo por aprender a



El bosque de la independencia. Gabriel Carvajal Pérez, s.f.

coger el bus de Villa Hermosa y la aventura de subirme alguna vez a pie, por la Plazuela Obrera, mis papás decidieron irse a vivir a Cartagena, donde le ofrecieron a mi papá la rectoría del Liceo Bolívar. Ya éramos tres los hijos, y no parecía fácil movernos todos. La solución fue simple: nos repartieron. A mí me mandaron donde un tío en Itagüí y a mi hermano a San Pedro, a la escuela pública y a una casa sin muchachos, una casa de puras tías. Yo, en Itagüí, seguía más o menos en lo mismo: venía al colegio todos los días, lo que tomaba casi una hora, desde las 5:30 de la mañana a las 6:30, cuando llegaba al colegio, y el regreso a las cinco, en unas camionetas chiquitas donde iban algunos empleados de Coltejer: yo vivía en un barrio obrero, de casas igualitas, el barrio Sedeco, en Doña María. Los sábados había colegio, y a veces tenía que volver en bus, para lo que caminaba desde Colombia con El Palo hasta Guayaquil donde se cogía el bus. Lo que recuerdo era ante todo la oferta de folleticos, a cinco centavos, con las historias del día en verso, publicadas por Balmore Álvarez. Nunca las he vuelto a ver y no sé si alguien las coleccionó: homicidios, inundaciones, incendios y supongo que alguna que otra cuestión política. Una que otra vez me comí la plata del pasaje y tuve que irme a pie, lo que me tomaba tres o cuatro horas, muy entretenidas, por Guayabal y la vía al Campo de Aviación, con sus fábricas: recuerdo haberme quedado media hora viendo, desde fuera, una fábrica de tarros de galletas, o al menos eso creo, que eran cosa de magia.

Dejé de tener papás para tener tíos, y en vez de hermanos tenía primos. Y así viví dos años y medio, uno en Itagüí y otro en Medellín, pues tal vez en algún momento a mis papás les pareció un poco excesiva la viajadera: vivir a doce kilómetros del colegio y moverse en transporte público dos veces al día era un esfuerzo pesado. Me recibieron entonces otros tíos, que vivían, oh maravilla, en la condición opuesta: en el colegio mismo, en la calle Colombia, en el mismo Jorge Robledo en el que haría tercero y cuarto de primaria. Ahora toda mi vida se reducía al colegio, donde dormía, desayunaba, almorzaba, estudiaba, comía y jugaba. Creo que ni los domingos salíamos. No me acuerdo de ningún programa de fin de semana: nos quedábamos en el colegio jugando pelota en el patio, haciendo tareas, leyendo y, en un nuevo empeño para el que tenía voluntad pero ningún talento, aprendiendo piano, pues el colegio tenía uno y allá llegaba una vez por semana la señorita Raquel (¿sí se llamaba así? Ya no recuerdo), de Bellas Artes, y pronto un primo y yo empezamos a aprender a tocarlo. Si en Itagüí no hice mucha amistad con mis primos, aquí fue diferente: Luis Darío, un poco mayor que yo, era un sabio que había leído muchas cosas extrañas, y me guiaba por los misterios de la ciencia de los faraones y no sé qué más, y me confirmó en mi destino de investigador. Pero sabía cosas inútiles y remotas: no salíamos más allá de La Playa, y ni siquiera conocí la Plaza de Flórez, que estaba a dos o tres cuadras del colegio.

El nacimiento de una hermana hizo que mi mamá, de acuerdo con esa idea

paisa de que uno no podía dar a luz fuera de Medellín, decidiera devolverse: estaban viviendo en Neiva, donde otra vez mi papá estaba de rector de algún colegio nacional, el Santa Librada, y nos regresamos a Villa Hermosa, en la vieja casa, que ahora creció y se arregló mágicamente: los pisos se embalsaron, las paredes de ladrillo se revocaron y las pintamos, las ventanas al patio que eran de huecos y cortinitas se cambiaron por ventanitas de vidrio. Pero algo faltaba por terminar y cuando mi papá se volvió a Medellín nos fuimos para Sucre, un barrio al frente de Buenos Aires, a una casa arrendada. Allí vivimos poco tiempo, supongo que mientras le ponían cielo raso a los techos o hacían alguna otra mejora. Al volver, me dieron una pieza hecha sobre el garaje, en el que nunca entró un carro (era la carpintería de mi papá). Yo dormía en un extremo de la pieza, que estaba llena de cajas amontonadas y de estantes repletos de libros. ¡Los efectos inesperados de la pedagogía!

Pasaron años para que el desempleo destruyera el paternalismo industrial, para que la violencia, que ya sacudía el campo, incluso cerca de Medellín, llegara a sus calles, y para que la droga empezara a convertir su delincuencia en un peligroso cartel. El diablo, que había mantenido el orden en las familias y en la vida sexual, se quedó en Puerto Berrio; el afán de conseguir plata, que siempre había existido, dejó de estar sujeto al control de la ley y las costumbres y la ciudad modelo se convirtió, durante casi veinte años, en la ciudad más violenta del mundo. Pero esa es otra historia... ☹





LA CONSOLIDACIÓN ANÍMICA

por YURI HERRERA

Ilustración: Cachorro

Los heroicos burócratas a cargo de la retirada planetaria, cada vez con menos cosas que hacer (o cada vez con más claridad de las cosas por hacer), inventaron la Dirección de Catastro Anímico cuando repararon en los rayos, centellas, *guturaciones*, supuraciones, chillidos y temblores que se esparcían de manera cada vez más silvestre por las ciudades desiertas. Aunque hubiera países enteros despoblados, las ánimas no habían venido a buscar pisito sino a errar eternamente, pero ahora las distintas eternidades se concentraban en este tiempo preciso de este planeta finiquitado. De algún modo, había ocurrido una consolidación anímica.

Uno de estos héroes de la retirada fue el señor Bártelbi, un varón de dolores que justo cuando el mundo parecía dejado a su suerte había decidido que su intervención era fundamental. Bártelbi anotaba a mano las ocurrencias de cada día: “Riña ectoplásmica en el número tal de la avenida tal”.

“Duelo de alaridos satánicos en la vecindad fulana, interior ocho”.

“Levitación ininterrumpida de muebles por cinco semanas en el domicilio equis”.

“Madre errante en busca de sus hijos se queja de fenómeno *poltergeist* estorbosamente ruidoso sucediendo en todos los televisores de mansión ye”.

Y después acudía al domicilio.

Pero Bártelbi era especial. El método de otros funcionarios que atendieron la consolidación anímica había sido, como de costumbre, tratar de negar el fenómeno. Iba el burócrata y enfrentaba a cada ánima, como quien *mansplika* condescendentemente: describía el ánima de pies a cabeza o de cuello cercenado a extremidades flotantes y decía cosas como: “Esto no debe suceder porque esto no puede suceder, no es más que un espejismo producido por la refracción de la luz y los cambios atmosféricos, cuantimás en una época como esta en la que el aire se ha enrarecido con tal o cual elemento químico”, y si algún ánima rugía a sus

espaldas, se volvía hacia ella y decía: “Y esto, claro, es una conjunción de vibraciones debidas a microsisimos sucediendo en la corteza terrestre a una frecuencia insólita”. Algunas ánimas sí desaparecían, aunque más sintiéndose ofendidas por la vulgaridad del funcionario en cuestión que por sus conjuros racionales. Las que se quedaron eventualmente comenzaron a impacientarse y un número estadísticamente notable de aquellos funcionarios terminó adornando con sus entrañas las paredes. El método no tuvo gran duración.

El señor Bártelbi, en cambio, se plantaba en la ubicación poseída con cuaderno y lápiz en mano y estoicamente prestaba testimonio silencioso de las contiendas anímicas. Miraba a uno y otro lado mientras ánimas de diverso carácter se manifestaban en reclamo de su espacio embrujado. Ululares terroríficos, escurrimientos de sangre por las paredes, coloridas vibraciones sincopadas, conciertos pépticos. Bártelbi se limitaba a asentir profesionalmente, tomaba alguna nota de vez en cuando, nunca se distraía. Luego se cruzaba de brazos y decía:

—Bueno.

Y las manifestaciones anímicas seguían un poco más hasta que paulatinamente arreciaban y se quedaban ahí, flotando o escurridas o centelleando calmadamente en espera de lo que Bártelbi dijera y entonces este continuaba:

—Lo que tenemos aquí es un problema de horarios.

Bártelbi procedía a diagramar tablas en las cuales asignaba bloques de espanto a cada ánima:

Usted puede maldecir de tal hora a tal hora.

Usted puede acomodarse entre las grietas de la madera mientras tanto y penar hasta las cinco.

A las cinco, usted puede expandirse a placer tan terroríficamente como le plazca.

Usted no tiene por qué limitarse en su ectoplasmosis sangrienta, pero considere dejar las paredes tal y como las encontró para la siguiente ánima.

Usted, rece a gritos, pero en el ático, en lo que le desocupan el cuarto de los niños. Etc.

De los funcionarios fueron quedando pocos, los pocos se fueron muriendo, y el último fue Bártelbi. Murió como una rama que se dobla de ápice en ápice, imperceptiblemente, sentado a su escritorio.

Fue ahí mismo donde comenzó su segundo, eterno contrato, pero ahora de este lado de la existencia.

Bártelbi lo asumió con la naturalidad con que se asumen esas cosas, gracias a su nueva lucidez de alma en pena.

Su oficina sobrenatural era una combinación de las diversas oficinas que había ocupado, o más bien de las diversas glorias parciales ante las que había comparecido como burócrata. Aquella cafetera de tal tiempo, aquella fotocopidora de tal bonanza, aquel verano en que el aire acondicionado por fin funcionó. Y el efluvio alcohólico del papel fresco y el tecleo de las máquinas de escribir, su elegante contundencia analógica *estacatiando* el ambiente.

Ahí descubrió que lo que él pensaba que era un trabajo útil y necesario, el amansamiento de las ánimas, había sido tan solo una concesión, porque las ánimas no necesitaban orden, ni horarios ni convivencia racional. Sus horrores compaginaban, sus estruendos armonizaban, nunca han necesitado un sistema. Lo habían necesitado a él, a Bártelbi, al buen oído buen testigo. Pero ahora ya lo tenían entre ellos y para ellos. Ahora espantaban con más gusto que nunca, penaban impudicamente flotando de cielo en cielo, conmovían de terror los sótanos y áticos de la ciudad.

La tierra podía haber sido abandonada, pero el vacío de materia había sido reemplazado no solo por gusanillos, telarañas, cochambre, moho: la naturaleza aborrece también el vacío de ojeriza y estupefacciones. Ahora todos estos estupefactores venidos de tantísimas eras se hacían cargo y Bártelbi tomaba nota de cómo se apelotonaban las ánimas que venidas de tragedias distintas coincidían en un mismo alarido y a veces, por ejemplo, resolvían casarse para un centenario segundo después separarse y uno después volver a casarse; o el célebre concierto de regurgitaciones que por única ocasión fue interpretado desde todos los sótanos y áticos de la ciudad.

Bártelbi tomaba notas una tras otra y tras otra y tras otra solo por el placer de tomarlas; en cuanto las había pergeñado, ya fuera con carboncillo espiritual o con tinta ectoplásmica, las arrojaba sobre su hombro, pues prefería no archivarlas, y los papeles se alejaban flotando por los siglos de los siglos, como nadando en un agua que no moja. ©

¡CONFIANZA!

Es lo más valioso que alguien nos puede dar

¡Gracias Universo Centro por 100 ediciones de confianza!

¡Cuando te dan la confianza, pasan cosas maravillosas!

www.confir.coop | **cooperativizando para el bien vivir**

confiar
COOPERATIVA FINANCIERA

Novedades de la Editorial EAFIT en la Fiesta del Libro y la Cultura 2018



El sol que nunca vimos
Jaime Restrepo Cuartas



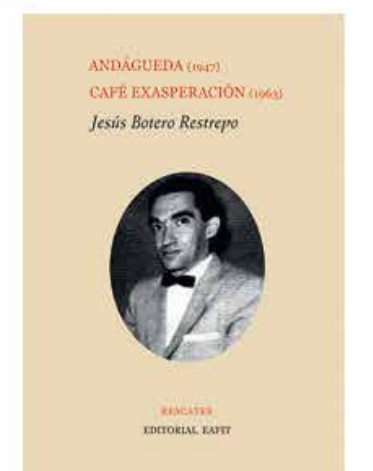
Tiempo del sur
María Adelaida Escobar



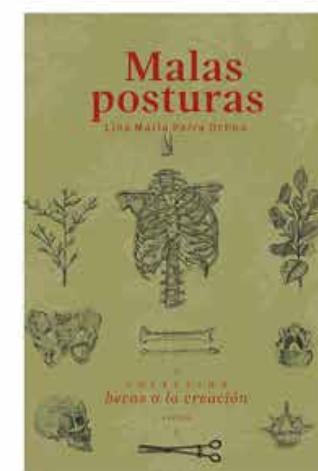
Memoria de la escritura
Álvaro Pineda Botero



Memorias de un presidiario nadaísta
Gonzalo Arango



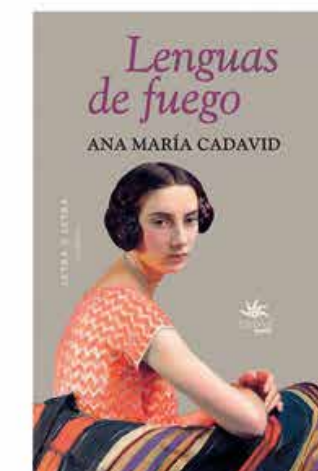
Andágueda - Café Exasperación
Jesús Botero Restrepo



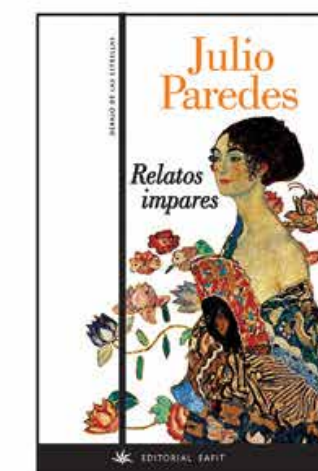
Malas posturas
Lina María Parra



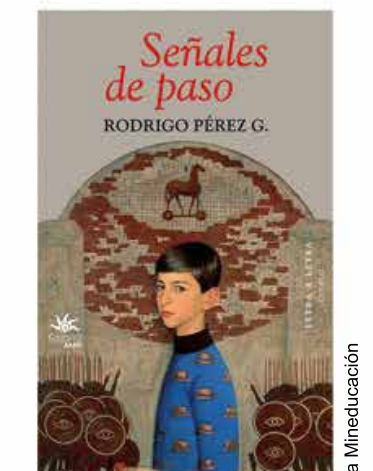
Cuentos
Darío Ruiz Gómez



Lenguas de fuego
Ana María Cadavid



Relatos impares
Julio Paredes



Señales de paso
Rodrigo Pérez G.



Editorial EAFIT, un espacio para la producción académica y literaria

Pabellón universitario
Estand #9

Anfitriona de un secuestro

por PASCUAL GAVIRIA

Fotografías: Andrea Aldana

A doña Cecilia y a Verónica, que lo sufrieron desde el balcón.

Todo comenzó con Croacia y su hazaña en el mundial de 1998. Un debutante recibía la medalla de bronce y su delantero estrella, Davor Suker, resultaba goleador del mundial en Francia luego de marcar seis goles. Algo hizo que le apuntara a esas dos sorpresas y fue suficiente para ganarme la polla mundialista y su jugoso premio. Cuatro días después del triunfo croata sobre Holanda en el partido por el tercer puesto, viajaba de Medellín a Cartagena por la montaña hacia el cañón del río, hablaban por los radios. Era claro que había llegado el momento del desenlace. Uno de los guerrilleros se acercó a nuestro carro y sin tono dramático me dio una orden sencilla: “Usted, baje por ahí”, y señaló una trocha en el barranco junto a la carretera. Miré a mis compañeros de viaje como pidiendo una explicación y obedecí en silencio. Tres buses quemados le pusieron humo y sazón al fin de la pesca. Luego me enteré de que mi cédula de Envigado y mi primer apellido fueron suficientes para que supusieran que habían encontrado a un familiar de Pablo Escobar Gaviria. La inteligencia no era el fuerte de las escuadras guerrilleras.

Ese 1998 terminaría con una cifra récord de secuestros en la historia del país. Una nota del diario *El Tiempo* a comienzos del 99 habla de 2216 secuestros, un aumento del treinta por ciento con respecto a 1997. Antioquia era el departamento más afectado, y las Farc y el ELN eran los autores de cerca del 65 por ciento de los plagios.

Los municipios de Angostura, Campamento y Anorí. Mientras Rodrigo exhibía sus gracias e intentaba diálogos con nuestros carceleros, yo me escondía recluso. Obedecía, conversaba lo menos posible, respondía con calculadas ambigüedades las preguntas sobre mi familia; y leía *El espejo del mar*, un libro de Joseph Conrad que fue la única encomienda que llegó desde mi casa. Por recomendaciones de País Libre no me enviaron ni cartas ni radio ni una bibliografía un poco más amplia. Recuerdo que el día que recibí el libro con un mensaje escueto en la primera página, “Favor entregar a Pascual”, extrañé la frialdad de esa nota carcelaria. No sabía de las recomendaciones de los “expertos” en lidiar secuestros y me quedé pensando que mis familiares habían ahorrado demasiado en muestras de cariño y apoyo. Me demoraba recorriendo esas cuatro palabras, adivinando quién las había escrito. Eran insuficientes pero en algo me consolaban.

La cuadrilla que nos movía de trapiche en trapiche estaba conformada por seis guerrilleros entre los que se contaban tres adolescentes. Las Farc y sus costumbres de selva y monte eran todavía una noticia recurrente. Lo primero que me sorprendió fue ver a una mujer, alias Yuri, al frente de nuestra pequeña compañía. Su cara de palo era suficiente advertencia para centinelas y prisioneros. Daba las órdenes con monosílabos y movimientos de cabeza. Los hombres se encargaban de ranchar mientras ella se ocupaba de atender un radioteléfono mudo durante todo el día. El segundo a bordo era un pillo de esquina de Medellín que había ido a esconderse de la

muerte en las filas guerrilleras. Tenía todavía el hueco de una bala en el tobillo y pasaba los días de matón en la ciudad, era su arma; además de una mirada de odio que me infundía más rabia que temor. Fue el único que me maltrató en la estadía y todavía recuerdo que en esos días largos en los trapiches pensé muchas veces que sería capaz de matarlo. Esa mujer campesina y silenciosa, y ese matón hecho “revolucionario”, constituían el mando de la cuadrilla. Los hombres rastos también tenían sus particularidades. Uno de ellos manejaba una cartilla de lectura elemental en sus ratos libres. Era conmovedor verlo pelear contra las consonantes todas las tardes. Una vez lo espí durante media hora mientras mantenía su radio de pilas pegado a la oreja. Me atreví a preguntarle qué decían las noticias y me respondió con un sonoro: “¿Hmmm?”. Entonces le pedí que me prestara el radio. Me lo entregó sin decir nada y nunca más se lo devolví.

Pero vamos a los niños en armas: Sisi, Marino y Deyson. Su figura infantil hacía que mi compañero de cautiverio, entre insolente y desubicado, llamara a la comandante de escuadra Mamá Yuri. La guerrillera salía caminando con sus subalternos detrás y mi compañero soltaba el comentario: “Ahí va Mamá Yuri con sus pollitos”. Creí que no duraría una semana vivo. Pero no, era el único que lograba sacarle una sonrisa a la superiora. Marino era tan silencioso como su jefa. Moreno, inteligente, observador como ninguno en su grupo. Era mi vigilante más cercano y eso que me dirigí dos palabras durante mi estadía: “Jaque mate”. Fue mi compañero en el ajedrez de cartón que hicimos la primera semana. Siempre me pareció perfecto para ser boga en un río del Chocó. Sisi era el niño de la tropa. No superaba el metro y medio y sus cancharinas, tortas de maíz y panela, eran las mejores. Marchaba con mis botas en las tardes de descanso para hacer de Pulgarcito frente al grupo. La risa era su bandera. Deyson era el cantante. Mono y alarcoso, parecía tener más vocación para las juergas de pueblo que para los sacrificios revolucionarios. Era la voz en las mañanas que comenzaban a las cinco a. m. Ni en los silencios de la marcha en estricta fila india logré verles la cara de guerreros, pero estaba claro que si tocaba serían mis verdugos. Y era humillante tenerlos detrás, vigilantes, cuando tocaba ir a la “chonta”, el hueco en la tierra para las urgencias sanitarias.

Han pasado veinte años y Croacia volvió a cumplir una hazaña mundialista, esta vez de la mano de Luka Modric y con Davor Suker como directivo de corbata en los palcos. Este año no me acompañaron los resultados en las apuestas futbolísticas, pero igual me embarqué en un nuevo viaje una vez finalizado el mundial. El fin del conflicto con las Farc alimentó la curiosidad respecto al destino de mis captores, a la suerte de esos niños enfusilados, esos hombres amenazantes y esa mujer con mando y sin gestos. Dos o tres consultas con gente cercana a las Farc ubicaron a Yuri en uno de los Espacios Territoriales de Capacitación y Reintegración, el nombre burocrático de los caseríos a medio hacer y a medio abandonar en los que aún vive una parte de los excombatientes de las Farc. El sitio señalado queda en el municipio de Riosucio, a unos quince kilómetros del disputado corregimiento de Belén de Bajirá. Mi contacto con los excombatientes ha dicho que Yuri sabe de la posibilidad de la visita y que mi acompañante y yo somos bienvenidos.

Hace exactamente veinte años estaba en una caminata forzada en el norte de Antioquia y ahora estoy en el aeropuerto Antonio Roldán Betancur de Carepa, a la espera del contacto que nos llevará hasta donde la antigua

comandante. La guerra sigue presente con otras caras y otros nombres. A la salida del terminal nos recibe un cartel con la foto de veinticuatro miembros del Clan del Golfo, veintiuno de ellos están tachados con una equis que significa su muerte o captura, las tres bajas más recientes tienen una equis negra recién trazada con marcador: “Por un país más seguro y en paz, campaña ofensiva total contra el crimen organizado”, dice el aviso que además ofrece recompensas. Soldados gringos de civil, inconfundibles, con la pistola bajo la preta, se debaten entre los bocadillos y el arequipe en uno de los locales del aeropuerto.

En Belén de Bajirá hay dos correponales bancarios. Uno está cerrado por ser hora de almuerzo y el otro no tiene efectivo. Apenas comienza el viaje y ya estamos cortos de plata. Nuestro guía suelta una sentencia inapenable: “Así es esta gente de la ciudad, siempre dicen que no tienen efectivo y toca invitarlos a todo”. Me remata con una carcajada. Esperamos hasta después de almuerzo y logro un poco de efectivo para comprar las botas pantaneras que tal vez necesitemos en la zona.

Luego de cerca de dos horas de viaje estamos llegando a la zona que los excombatientes han bautizado Silver Vidal Mora, en honor a un compañero caído en combate. La vía llega hasta unos trescientos metros antes de las primeras construcciones. Un arrume de cajas de cerveza es lo primero que vemos en el improvisado parqueadero de los carros de los esquemas de seguridad. Nos reciben los policías que prestan seguridad,

son la primera cara del posconflicto. Saludan entre risas, los que están de descanso parecen más turistas que nosotros, revisan sus teléfonos en chancas y pantaloneta. Nuestro guía pregunta por Yuri y le señalan un extremo del caserío, una colección de unas treinta edificaciones en madera, tejas de Eternit y paredecas de algo un poco más grueso que el cartón. Luego de diez minutos de espera y aclimatación alguien dice que Yuri está en la tienda, a la entrada del caserío, cerca del campamento de la policía. Todavía hay algo de incertidumbre sobre la identidad de la mujer: fueron catorce mil desmovilizados, es posible que vayamos tras una pista falsa.

Vamos llegando a la tienda y nuestro guía saluda con un grito: “¿Cómo está pues Yuri-Sara, cómo va todo?”. Veo a la mujer desde unos quince metros y todavía no tengo ninguna certeza. Ella responde con un hilo de voz: “¿Qué más Negro, usted qué?”. El hombre no se pone con rodeos: “Vea, por aquí le traje a uno que estuvo con usted por allá en el monte hace como veinte años”. Yuri se inclina un poco hacia atrás, como quien se retira un poco para enfocar. Su mirada es de sorpresa, tal vez un poco de incomodidad: “¿Nosotros sí nos habíamos visto?”, me dice. Ya he reconocido su cara tras esos veinte años de guerra y monte. Un gesto ha dejado ver a la mujer que recordaba, es extraño, un poco como mirar un objeto que de pronto da un reflejo y nos encandila y de pronto se apaga. Así aparece y desaparece la mujer que conocí con un fusil al hombro. Le digo que hace exactamente veinte años estuve



comandante. La guerra sigue presente con otras caras y otros nombres. A la salida del terminal nos recibe un cartel con la foto de veinticuatro miembros del Clan del Golfo, veintiuno de ellos están tachados con una equis que significa su muerte o captura, las tres bajas más recientes tienen una equis negra recién trazada con marcador: “Por un país más seguro y en paz, campaña ofensiva total contra el crimen organizado”, dice el aviso que además ofrece recompensas. Soldados gringos de civil, inconfundibles, con la pistola bajo la preta, se debaten entre los bocadillos y el arequipe en uno de los locales del aeropuerto.

En Belén de Bajirá hay dos correponales bancarios. Uno está cerrado por ser hora de almuerzo y el otro no tiene efectivo. Apenas comienza el viaje y ya estamos cortos de plata. Nuestro guía suelta una sentencia inapenable: “Así es esta gente de la ciudad, siempre dicen que no tienen efectivo y toca invitarlos a todo”. Me remata con una carcajada. Esperamos hasta después de almuerzo y logro un poco de efectivo para comprar las botas pantaneras que tal vez necesitemos en la zona.

Luego de cerca de dos horas de viaje estamos llegando a la zona que los excombatientes han bautizado Silver Vidal Mora, en honor a un compañero caído en combate. La vía llega hasta unos trescientos metros antes de las primeras construcciones. Un arrume de cajas de cerveza es lo primero que vemos en el improvisado parqueadero de los carros de los esquemas de seguridad. Nos reciben los policías que prestan seguridad,

son la primera cara del posconflicto. Saludan entre risas, los que están de descanso parecen más turistas que nosotros, revisan sus teléfonos en chancas y pantaloneta. Nuestro guía pregunta por Yuri y le señalan un extremo del caserío, una colección de unas treinta edificaciones en madera, tejas de Eternit y paredecas de algo un poco más grueso que el cartón. Luego de diez minutos de espera y aclimatación alguien dice que Yuri está en la tienda, a la entrada del caserío, cerca del campamento de la policía. Todavía hay algo de incertidumbre sobre la identidad de la mujer: fueron catorce mil desmovilizados, es posible que vayamos tras una pista falsa.

Vamos llegando a la tienda y nuestro guía saluda con un grito: “¿Cómo está pues Yuri-Sara, cómo va todo?”. Veo a la mujer desde unos quince metros y todavía no tengo ninguna certeza. Ella responde con un hilo de voz: “¿Qué más Negro, usted qué?”. El hombre no se pone con rodeos: “Vea, por aquí le traje a uno que estuvo con usted por allá en el monte hace como veinte años”. Yuri se inclina un poco hacia atrás, como quien se retira un poco para enfocar. Su mirada es de sorpresa, tal vez un poco de incomodidad: “¿Nosotros sí nos habíamos visto?”, me dice. Ya he reconocido su cara tras esos veinte años de guerra y monte. Un gesto ha dejado ver a la mujer que recordaba, es extraño, un poco como mirar un objeto que de pronto da un reflejo y nos encandila y de pronto se apaga. Así aparece y desaparece la mujer que conocí con un fusil al hombro. Le digo que hace exactamente veinte años estuve

secuestrado un mes por una cuadrilla que ella dirigía. Me mira haciendo esfuerzos por recordar. Tengo un comodín para ayudarlo a su memoria. Le recuerdo al ecuatoriano y sus chistes, el apodo de Mamá Yuri y otras excentricidades. Yuri muestra una sonrisa entre pícaro y avergonzada y confirma: “Ah sí, claro, eso fue por allá por Yarumal”. Nadie le avisó de la posible visita, parece que se trató de una pequeña emboscada por parte de nuestro contacto. Para el primer encuentro la señora no era soldada avisada. Que Yuri no me recuerde confirma que hice bien mi trabajo de cautivo agazapado, con el más bajo perfil posible.

Luego de unos minutos la tendera parece animada con la visita. Unas cervezas ayudan a ambientar la charla de cinco comensales. Cuando destapo una de las cervezas con un cuchillo me dice con un asombro risueño: “Esa sí no me la sabía”. Recuerdo que durante el secuestro había descrestado a todo el grupo con el mismo truco hecho con una candela en una tienda de vereda. Bueno, una mechera, digamos, porque en ese ambiente candela era otra cosa.

Yuri está a cargo de la tienda comunal hace menos de dos meses. Nos sentamos afuera, donde hay una banca y una mesa con dos sillas Rimax. No es un puesto muy apetecido porque hay que atender de siete de la mañana hasta el mediodía y de dos de la tarde a siete de la noche. Aceptó con resignación y obediencia, dos de los rasgos que mostrará en los dos días de conversaciones interrumpidas que tendremos en el caserío. No es fácil ver en la tendera que





le despacha a un policía pan, salchichas, un De Todito y una Manzana a la guerrillera que estuvo seis meses en la escuela política en tiempos del Caguán y un año en la comisión de género en La Habana. Sigue siendo parca en sus respuestas, cortante, directa. Le pregunto por las cosas que extraña de la vida guerrillera y su respuesta de una palabra me hace sentir torpe: “Todo”. Más de la mitad de los combatientes se fueron a buscar vida cerca de sus familiares, a intentar aventuras colectivas en otras tierras, a ensayar una azarosa libertad fuera de la escuadra. Han llegado familiares de los que persisten en esa colección de casas acompañadas de baños comunes, una tienda, dos billares, una cancha de fútbol, un teatro, un sitio de internet y algunas aulas. Le pregunto con quién vive en el caserío y otra vez me golpea con su respuesta: “Con todos”. Ahí está otro de sus rasgos, una soledad bien llevada, una vida hecha con sus “camaradas” como familia, una esperanza individual puesta al servicio de una organización armada. El resultado es una mujer rodeada de dos perros, dos gatos, una lora, dos pericos, un corral de gallinas y una jaula de perdices. Yuri le hacía mandados a la guerrilla desde que tenía once años. A los quince ya pertenecía a las Farc aunque no estaba “interna” y a los dieciocho se fue con la guerrilla. Fue fundadora del frente 36 en 1987 e instructora por muchos años de los recién llegados. No es gratis eso de Mamá Yuri: “Siempre fui la que estuve en las escuelas, recibía a los nuevos, enseñaba los primeros pasos, el reglamento, los primeros giros en el patio, cómo avanzaban, cómo disparaban. La gente que viene aquí me dice, usted parece que hubiera sido profesora, sí, yo fui profesora de las Farc”. La profesora terminó su bachillerato en mayo pasado y tiene la foto con toga y birrete enmarcada en su casa. Me la muestra orgullosa en su celular mientras dice que lo único que le dolió de regresar de La Habana fue dejar a su profesora, “ella era muy noble y lo explicaba todo muy bien”.

La primera conversación termina con el llamado a una asamblea extraordinaria en el teatro del caserío. Tres de los miembros de la dirección se van de la zona a buscar un nuevo proyecto río arriba y habrá elección y rendición de cuentas. Yuri camina para la reunión con un paraguas largo que no desampara ante las lluvias intempestivas del Chocó. De algún modo es el reemplazo del fúsil que me ha dicho todavía extraña: “Sí, claro, eso no lo olvida uno porque eso toda la vida uno portó un arma”. La reunión comienza con las palabras del Pana, un exsoldado de la guardia panameña que estuvo pedido en extradición por Estados Unidos. Cuando un compañero lo acusa para que concrete su discurso el hombre le riposta con su vozarrón: “Tranquilo que primero te lo meten y después te hacen el hijo”. La elección resulta sencilla y el único postulado para la dirección recibe aprobación casi unánime. La camisa de la selección Brasil adornada con el número 10 parece pergamino suficiente para ser el líder de una comunidad de cerca de 160 hombres, mujeres y niños. En la noche lo veré hablando

como un adolescente de la final perdida con el equipo de la zona hace una semana en Riosucio. Se perdieron 450 mil pesos y un juego nuevo de uniformes que era el premio para el campeón.

Un tanque de tilapias fue el principal motivo de discordias en la reunión. Uno de quienes se irá lo armó hace unos meses con cuatro millones de pesos prestados por la comunidad y ahora quiere dejarlo como pago de su deuda. Las discusiones se parecen mucho a las de las familias recién llegadas a vivir a edificios con apartamentos de interés social en las ciudades: fiaos en la tienda, problemas por el ruido, reclamos por el uso de espacios o proyectos comunes. Asuntos más del Código de Policía que del Estatuto Antiterrorista.

Yuri es la encargada de los temas de educación. Entrega su informe de pie acompañada de su paraguas y su pequeña tula con la imagen de Frida Kahlo. Está gestionando los talleres de manicure y costura para las mujeres, una profesora para el kínder y el cambio de las sillas que llegaron grandes para el salón de los niños. Ese problema de talla parece una metáfora del proceso: el Estado no logra encontrar las medidas de los excombatientes, las intenciones siempre quedan muy holgadas o muy estrechas. Yuri deja para el final los problemas relacionados con la tienda: “Hay diez millones en la tienda. Yo no tengo problema en fiarle a nadie pero paguen camaradas. Saben que el 16 llega la plata y no aparecen los abonos a las deudas. Este es un trabajo duro, siempre van a haber críticas, pero ahí están las cuentas claras”.

El primer día termina con Yuri como anfitriona, trae las sábanas para nuestras camas y ayuda a acomodar los toldillos. Dormimos en una pieza detrás de su casa y alcanzamos oír los gritos a sus perros y gatos por un conato de gresca. La mujer de la guerra puede intuirse con el mando sobre sus animales. En la casa del lado un joven excombatiente oye vallenatos a todo volumen en la única compañía de una botella de ron. Yuri dice que “ha estado necio como dos días”. Los desmovilizados más jóvenes están felices estrenando libertad, una moto puede ser suficiente para la promesa de las correrías aplazadas; los que ya pasaron los cincuenta piensan más en la necesidad de un proyecto colectivo, en las esperanzas del proceso. Le pregunto que si no extraña la autoridad que tenía para imponer orden y vuelve a la resignación: “Eso ya le toca a la policía, yo no puedo hacer nada”.

La casa de Yuri tiene una palma y una planta de girasol de dos metros en la entrada. Es una casa frondosa, rodeada de arbustos y flores. Luego de año y medio ha dejado de parecer un albergue provisional: “Yo soy buena para el jardín, incluso en el monte, en medio de las marchas, yo sembraba papa, yuca, flores, luego pasábamos y ahí estaban las siembras. Mi sueño es tener un vivero”. Una tela camuflada cubriendo parte del jardín no permite olvidar quién habita esa casa florecida.

En la noche, cubierto por el toldillo, saco el libro de Conrad para recordar las páginas de lectura durante

el secuestro. El libro tiene la humedad que le dejó esa travesía y los restos de algunos zancudos entre sus páginas. No puedo evitar leer un capítulo titulado “En cautividad”: “Un barco en una dársena, rodeado de muelles y de los muros de los almacenes, tiene el aspecto de un preso meditando sobre la libertad con la tristeza propia de un espíritu libre en reclusión...”.

El caserío se despierta con el canto de decenas de gallos. El campamento es también un galpón gigante. Desde las cinco de la mañana se siente el agite y me despierto con una conversación que retrata el cambio de vida de los combatientes. Una pareja joven se alista a salir en su moto. La mujer comienza el reclamo: “Y cómo en la guerrilla yo no le lavaba la ropa, y desde que dejamos el fusil que a lavar”. “Es que allá había el género, por el género...”, le responde el hombre con una sonrisa y ella le replica: “Y ahora es que tiene que aplicarse más, hablan de género y...”. La discusión se cierra con una especie de conveniente renuncia: “Yo ya me olvidé de la política...”. Sin duda es tiempo de nuevos combates.

En la mañana hay menos clientes en la tienda y aprovecho para visitar a Yuri. Está lavando un congelador y terminamos peleando con las puertas corrientes de esa caja mientras conversamos. Me cuenta que la ciudad la aburre y no aguanta más de dos días en las visitas ciudadinas. Estuvo dos años en Medellín estudiando la primaria: “Viví de arrimada donde unas tías y eso es lo peor que hay. Cuando volví al campo a fin de año le dije muy claro a mi mamá, yo por allá no vuelvo”. Cargando el congelador decido buscar noticias de la escuadra que conocí. No recuerda a Deyson, tal vez murió muy pronto o buscó las fiestas que parecían gustarle. Me dice que Marino y Marulo están muertos. El primero murió hace cerca de cinco años: “Eso fue por los lados de Ituango. Murieron dos mandos, él era mando en esa misión. Parece que estaban muy concentrados en el frente y les llegaron por detrás”. Lo cuenta con absoluta tranquilidad, con ese tono de “era inevitable” que anima todas sus conversaciones sobre el conflicto: “Esto es así”, dice, y se corrige de inmediato, “esto era así...”.

Sobre Marulo me confirma que fue reclutado en un barrio en Medellín. Parece que es una historia oscura que no quiere comentar. Solo me dice que lo mataron hace mucho. Cuando le menciono a Sisi llega su alegría. “¿Sisi? Ese es Fichita, de vez en cuando hablo con él, me escribe al wasap. Es muy pícaro y pegaba horrible, era muy bueno con el arma”. Durante cinco minutos busca la foto de su contacto para mostrármelo. “Mírelo, todavía es chiquito”, y suelta una carcajada como burla inocente a la estatura de Fichita. Es necesario pensar de nuevo en Mamá Yuri. La misma que entregó su único hijo a sus hermanas luego de veinte días de nacido para volver a la guerrilla, habla de su compañero y subalterno como de un hijo. No hay duda de que su prole se formó en la guerra, lejos de los vínculos con su familia biológica a la que ahora parece imposible reintegrarse. Los lazos de su verdadera

familia se debilitan con la desmovilización, y los de su familia biológica parece que ya no existen.

Conversamos rodeados de Polita y Juancho, sus dos perros recogidos, de Brenda, la gata, y de Chela, la lora que vuela desde una lámpara cercana a la tienda hasta su hombro. Boris, su otro gato, y los pericos se quedaron cuidando la casa. “Esta lora era del finado Becerro. Cuando se murió sus animales se quedaron con la mujer que vivía, un 24 de diciembre le di un pedazo de galleta a Chela y nunca más volvió a su casa”. Becerro, miembro del estado mayor de las Farc, murió en 2015 en un bombardeo en el Chocó, en la frontera con Panamá. Y dejó la lora con un parlamento bien aprendido: “Lorita real visto de verde y soy de las Farc”.

Llevamos un día conversando y tengo dificultades para tratarla por sus alias. Me cuesta decirle Yuri o Sara y no conozco su nombre de cédula y prontuario, hay todavía una barrera que no permite una familiaridad. Viajé con la idea de no olvidar el sufrimiento de mi familia y mi novia durante un mes, las alucinaciones de mi mamá que se levantaba a media noche diciendo que yo venía en camino. Ese dolor que me han contado decenas de veces es más presente que mis días difíciles durante el cautiverio, y es clave para no trivializar esos treinta días de angustias. Parece que Yuri también tiene un problema con mi nombre, un pequeño bloqueo que le impide recordarlo. Luego de un día largo de charlas me lo ha preguntado al menos tres veces y aún no logra grabárselo.

Cuando hablamos de política aparece una mujer aterrizada y enérgica. Al fin habla con una voz fuerte alejada de la resignación. Demuestra que la tendera no ha olvidado a la guerrillera. En últimas tiene capacidad de mimetizarse, de encarnar varias mujeres: nos ha contado de sus transformaciones para pasar retenes del ejército en los Llanos del Cuivá, nos ha contado del daño de su R-15 cuando le disparaba a una avioneta, ha señalado con algo de orgullo que no todo el mundo le

“metía la nariz a la troncal” al recordar la pesca del 15 de julio de 1998. Puede camuflarse, ser una tendera resignada y cumplidora, una jardinera esmerada, una devota de sus animales y al mismo tiempo una mujer que vivió con la muerte como compañera y habla sin agüeros: “Claro que tenía órdenes de captura, yo estaba quemada”. Por eso me muestra una foto de sus tiempos de guerrillera, de camuflado y fusil, con la misma satisfacción con que me había mostrado la del día de su grado.

Además, no ahorra críticas para algunas decisiones de las Farc durante el proceso. Le parece que era muy pronto para las aventuras electorales: “En realidad en esta elección que pasó no debíamos de haber participado porque era una cosa como muy nueva, todo a su tiempo yo creo... Debimos haber hecho coaliciones con otros partidos pero no nosotros directamente, pero bueno, estábamos en una desventaja muy grande, antes hicimos mucho”. Su resignación vuelve a aparecer. Pero el punto más alto de su charla, donde aparecen por primera vez algunas groserías y un ánimo combativo, llega con su crítica a la escogencia de algunas zonas de concentración en cañadas, montes y orillas de ríos en la cola del mundo: “Yo soy de la posición que decía el Mono Jojoy: en el monte se van a quedar las cabras y los micos, vamos pa afuera papá. Por eso yo le digo a la gente de aquí, si nos vamos a mover nos tenemos que mover más pa afuera. ¿Entonces en qué estamos? Hay que ir a la cabeceras municipales, pa eso dejamos las armas, pa quedarme en el monte yo no hubiera dejado mi arma. Es que ese fue el error estratégico de nosotros, muchos pensaron en cuidar la retaguardia, pensaron que este era un proceso como el Caguán y que volvían pal monte. Ah, que hay que cuidar la retaguardia. ¿Cuál retaguardia güevón? La retaguardia es que podás salir, si nos van a matar pues nos van a matar”. Yuri está convencida de la decisión que se tomó. Sigue siendo una militante convencida. Lo será siempre, es su única opción.

En la conversación final, ya con el morral empacado y las botas sin usar en su casa como regalo, le muestro el libro de Conrad. Lo mira con genuino interés, pasa las hojas mientras le cuento quién es el autor. Para igualar mi reliquia me enseña su radio de los tiempos de guerra. Cuenta que en el monte oían La Luciérnaga y mi acompañante le dice que la vida da muchas vueltas: “Las vueltas las damos nosotros, no la vida”, dice, y cierra con una carcajada. Minutos antes había dejado caer una disculpa mientras hablábamos de los riesgos de dejar las armas: “Uno puede tener culebras. Por ejemplo, usted puede tener un resentimiento y yo pido disculpas si lo resentí, le perturbé la vida porque no tenía que estar ese tiempo allá”. Lo dice sin las fórmulas que han aprendido luego de años de proceso de negociación y conversaciones sobre víctimas. Lo repite dos veces sin mayores dramas, como una parte más de la conversación, y yo siento que sus palabras son sinceras frente a lo que ella considera una falta menor, una obligación de guerra. Es muy difícil hablar de arrepentimiento. Nadie descubre que desperdició cuarenta años de su vida en errores que solo causaron dolor. Intenta hacer un balance que reivindique su lucha: “Yo digo, ni todo lo que hicimos fue malo ni todo fue bueno. Pero lo que sí está claro es que si no hay lucha, no hay cambio”.

En la despedida se hace inevitable un cierto recelo, una distancia que se impone para los dos. Un abrazo lejano y calculado. Las palabras finales sirven para comprobar algo de la soledad de quienes acaban de llegar a una vida desconocida y a un territorio extraño, de quienes no sabían que la reconciliación era algo parecido al tedio frente a la ventanilla morosa del Estado. “Vuelvan pues por aquí, no se olviden de nosotros”. La lora mira desde el cable y los dos perros roncán al pie de la puerta de la tienda. En el cuaderno de fiaos Yuri me perdonó doscientos pesos de la última cuenta. Quedamos en paz. ☺



Santander es un patrono adecuado para una plaza frecuentada por ajedrecistas. Reglas y emboscadas silenciosas pueden ser parte de su bandera. El autor encuentra historias de los olvidados juegos de estrategia entre liberales y conservadores en las fachadas solemnes que los borrachos ven borrosas. Entornar los ojos, mirar con atención, intuir las pesadillas de un triste transeúnte, acomodarle una frase de antología y rematar con un buñuelo es el método filosófico de nuestro cronista invitado. Conversaciones desde San Ignacio es un proyecto de Comfama y Universo Centro.

Fichas de plazuela

A las diez de la mañana, la plazuela ya tiene instalados a sus residentes habituales: señoras que venden café, limonadas, jugos, almojábanas, buñuelos, minutos de celular, maíz para echarles a las palomas; una señora que vende unas matas bellísimas; señores que venden frutas... Unas enormes ceibas, a lado y lado de la plazuela, nos dan sombra a los paseantes que queremos evitar el sol asesino que hace ya a esta hora. Pero dos borrachos, un hombre y una mujer, como si quisieran refutar a un filósofo gringo que dijo que era imposible que dos borrachos pudieran mantenerse en pie apoyándose el uno en la otra, llegan tambaleándose desde la calle Ayacucho y eligen una de las bancas de cemento al frente de la iglesia de San Ignacio, una banca que está hirviendo porque el sol le ha dado de lleno toda la mañana. Y se sientan justo ahí, se recuestan el uno en la otra y viceversa, y algo de la placidez del descanso y la sonrisa asoma en sus caras destripadas por el alcohol, antes de dormirse. A pocos metros, tres policías conversan entre sí, desentendidos de los borrachos que, entre sueño y sueño, se pasan una botella ¿de alcohol antiséptico con agua, de aguardiente; de qué, Dios mío? Y pienso en lo bien que lo hace la policía cuando se desentiende de las normas estúpidas que quieren obligar a las autoridades a meterse en las vidas de la gente sin una buena razón. Animado por la sensata indolencia policial, compro una cerveza fría en una tienda sobre la calle Ayacucho.

Vuelvo con la cerveza y me fijo en los edificios y los monumentos. Hay tres grandes edificios en la plazuela, y hay tres monumentos al frente de cada uno de los edificios. Desde el suyo, enfrente del edificio del claustro Comfama, con cara de piedra, el general Marceliano Vélez, conservador, católico, aunque muerto en 1923 parece seguir rigiendo una parte de los destinos de Medellín y de Antioquia. El general formó parte, en el siglo XIX, de la élite conservadora antioqueña que se alió con la iglesia católica para apoderarse de las almas de este pueblo. Fue presidente del Estado Federal de Antioquia y luego del Estado Soberano de Antioquia; y luego fue gobernador del departamento de Antioquia. En total, ocupó el más alto cargo del gobierno en Antioquia en cinco ocasiones. En una frase famosa, y corrigiendo a Hegel, Marx dijo que la historia siempre ocurre dos veces, pero primero como tragedia y luego como farsa. No pude dejar de pensar en esto al ver al general Marceliano mirándose desde sus ojos de piedra, justo ahora que el actual gobernador de Antioquia, más de 150 años después, ha vuelto a gritar: “¡Antioquia federal!”. Grito que acompaña de la aclaración incomprensible: “¡Antioquia se respeta!”. Solo que ahora la disputa no es por la autonomía política y administrativa del departamento de Antioquia con respecto al Estado central, sino por una pataleta en la frontera con el Chocó por el corregimiento de Belén

de Bajirá. El gobernador actual ha aparecido en la televisión nacional, vestido como Joe Pesci en la película *Casino*, o como un cantante del grupo musical *Los Hispanos*, reclamando airadamente la posesión de aquel corregimiento (hace poco volvió a salir en televisión, anunciando la posibilidad de un “diluvio universal” o, si no, de un “diluvio nacional”, como consecuencia de la falla del proyecto Hidroituango). Como el sol y la cerveza han comenzado a hacer su efecto, le devuelvo la mirada al busto del patriarca, y le pregunto: general, ¿acaso no hay otra forma menos triste y risible de repetir la historia?

Enfrente de la iglesia de San Ignacio está otro general: Francisco de Paula Santander, de cuerpo entero, cubierto con una capa que le llega hasta las botas, enmarcado por dos palmeras “patrimoniales” (así les dice el periódico *El Colombiano*), en la pose cliché que la posteridad le asignó y que él mismo ayudó a confeccionar: con un fajo de papeles que representan, cómo no, las leyes, pues es el hombre de las leyes. Un escultor cínico se habría deleitado cambiando las hojas —que quieren parecer papeles con decretos y normas— por un fajo de billetes (al fin y al cabo, al general Santander se le reconoce como la figura tutelar del partido liberal, un partido que, como el conservador, en el siglo XXI solo tiene filiación ideológica con el documento doctrinal único de la política colombiana, a saber: el Presupuesto General de la Nación, un documento que solo puede ser comprendido por los eruditos más esotéricos, quienes utilizan una técnica hermenéutica llamada CVY (se pronuncia, en español: “ceveyé”). La sigla resume la pregunta eterna de los políticos colombianos ante cualquier propuesta o proyecto: “¿Cómo voy yo?”). Pero esta estatua no, porque ahí dice muy claro que fue mandada a hacer por la Escuela de cadetes de policía. No deja de haber ironía en que sea el liberal Santander, y no el conservador Bolívar, quien presida esta plazuela en la que refulge la clase de belleza que es capaz de producir el conservatismo colombiano: los edificios de estilo ¿neoclásico dijo un tipo en la televisión antioqueña esa tarde mientras almorzaba?, la yuxtaposición de elementos heteróclitos, la clara intención de grandeza traducida en monumentalidad o extravagancia.

Pero la naturaleza arregla lo que le falta a la estatua de Santander, y remata el cliché con la sabiduría ciega, cruel y milenaria de la evolución: unas palomas se posan sobre el general, cagan sobre su cabeza y su capa, comen el maíz que los paseantes tiran a los pies de la estatua, indiferentes ellas al destino de Santander, de Colombia, de Antioquia, pero no al de la plazuela, que es su hábitat. Después de todo, allí nacen y crecen y mueren, como parece que también lo hacen algunos de los ajedrecistas que juegan sobre las jardineras, en los tableros que les alquila doña Gloria, una señora que tiene un puesto en el que vende tinto, y maíz para que

las palomas coman y puedan cagar sobre el hombre de las leyes: un recordatorio de que hasta las más grandes obras humanas correrán el destino general de todas las cosas, que es surgir y desaparecer.

Frete al edificio de la Universidad de Antioquia está el tercer monumento, una suerte de pirámide rematada por una esfera con el aspecto de una bola de cemento, con lo que parece ser un águila encima. Y, como vivimos en una época en la que las cosas ya no son simplemente cosas, sino que deben significar algo, presagiar algo, me pregunto: ¿qué significa la Universidad de Antioquia? Recuerdo algo que dijo Scott Fitzgerald: que la marca de una inteligencia de primer orden es la capacidad para albergar dos ideas contrarias y, sin embargo, ser capaz de seguir funcionando. Podríamos usar esta universidad, entonces, como emblema de la inteligencia antioqueña. Porque esta universidad, como la misma Medellín y la misma Antioquia, encarnan las contradicciones de la sociedad colombiana. Allí, en esa universidad, Carlos Gaviria le dio clases a Álvaro Uribe; o Héctor Abad Gómez difundió su igualitarismo en medio de colegas ultramontanos, médicos que lo veían con desprecio a él y a los pobres a los que quería defender. Allí han enseñado y han estudiado personas que han ayudado a forjar el destino del país. Jorge Orlando Melo dice que, en Wikipedia, el artículo sobre la Universidad de Antioquia “es cuarenta veces más largo que el de Harvard”. Una muestra más de la altisonancia del conservadurismo colombiano, a cuya consolidación contribuyó decisivamente Antioquia. Y cuando hablo de conservadurismo, no me refiero solo al partido, sino a la mentalidad conservadora que hoy atraviesa a todos los partidos políticos con verdadero poder en Colombia, como lo resume perfectamente el aforismo popular que dice: “Pa godos los liberales”.

Ya es la una de la tarde y el sol alcanza su máxima capacidad de destrucción, o así me parece. Subo por la calle Pichincha en dirección a las Torres de Bomboná. Dos tipos duermen en el andén, al lado de los taxis, contra la enorme pared lateral del edificio del claustro de Comfama. Es casi otro cliché: un enorme edificio rematado en sus junturas por dos indigentes. Recuerdo que William Blake apuntó, en el siglo XIX, que el grito de la prostituta callejera tejería el manto fúnebre del imperio inglés, y me pregunto: ¿la tumba de qué imperio está siendo cavada por toda la gente que en el mundo duerme en las calles y come de las basuras de quienes tenemos casa y comida? ¿Son estos dos indigentes el anuncio del fin del imperio antioqueño? Dejo a los indigentes en su sueño (¿somos nosotros su pesadilla?) y sigo hacia las Torres. Me digo que tanta cita literaria es por el hambre, y apuro el paso en busca de un restaurante.

Después del almuerzo, vuelvo a la plazuela. Son las dos de la tarde, y yo que creía ingenuamente que el sol no podía pegar más duro de lo que lo había hecho

por PABLO ARANGO

Ilustración: Camila López



a mediodía. No hay remedio: como vengo decidido a jugar unas partidas de ajedrez, si me dejan; y como esta gente elige justo el ala sur de la plazuela para jugar, es decir, la parte sin sombra, tendré que enfrentar la llamarada. ¿Han ustedes intentado, ya de adultos, entrar a un grupo de gente desconocida, como en el primer día de escuela? Siendo adulto, Dylan Thomas escribió que una pelota que él tiró en un parque cuando era un niño aún no había tocado el suelo. Y lo mismo pasa con todo lo que intentamos en la infancia: quedamos atrapados en esos recuerdos, esa torpeza y esa dicha y esa indefensión; y somos como niños que lo vuelven a intentar cada vez. Me digo que alguien dijo que la infancia es el destino, y todas estas majaderías me ayudan a tomar valor para preguntarle al grupo de quince hombres idos (dos que juegan y trece que miran):

—¿Puedo jugar ahorita?

Apenas dos de ellos desvían la vista del tablero hacia mí; me escanean, y solo uno me responde:

—Estos están jugando a un massch —versión paísa de *match*, la palabra inglesa para un encuentro de varias partidas entre dos jugadores—. Pero venga yo lo presento por allí donde unos amigos que sí lo dejan jugar.

—Muchas gracias —le digo—. ¿Y usted no juega?

—A mí me gusta es mirar. Mucho gusto —me dice y me extiende la mano—. Soy Jorge, para servirle.

—Mucho gusto —le digo y le aprieto la mano.

Me lleva unos pasos más cerca de la estatua del general Marceliano, hasta una jardinera en cuyos bordes hay un grupo de tres hombres, dos que juegan y otro que mira, y les dice:

—Muchachos, este es Pablo. Quiere jugar.

Uno de los que está jugando mira a Jorge, luego me mira y le responde a Jorge:

—Listo. Espérese yo despacho a este marraño, y sigo con el otro.

Como el otro soy yo, la cariñosa agresión me confirma que ya fui aceptado, y sigo el final de la partida con la ansiedad del que espera el turno.

Mientras termina la partida, pienso en cuándo comenzó esta plaza a atraer a los jugadores de ajedrez. A los humanos nos gustan los comienzos definidos, los cortes en el tiempo y los nombres de los fundadores. El periodista Juan Miguel Villegas recoge la leyenda de que todo empezó con Jairo, un lustrabotas que trabajaba en la plazuela y le gustaba el ajedrez. Todas las personas aficionadas a este juego, y las profesionales también, conocemos esa fuerza incontrolable que nos mantiene amarradas al tablero. Uno querría un mundo en el que fuera posible jugar o analizar partidas sin interrupción; un mundo que fuera un tablero de ajedrez... Así que, según la leyenda, Jairo decidió traer un día un tablero para jugar entre trabajo y trabajo. Y el resto es fácil de imaginar: basta con que una persona muestre que se puede para que las demás la sigamos: la gente empezó a usar las jardineras de la plazuela para jugar. Eso fue, según Villegas, por allá a comienzos de los noventa del siglo XX. Pero Jairo, el padre fundador, ya no está en San Ignacio. Según Villegas, este pionero se tuvo que ir de la plazuela porque su esposa —la de Jairo, que vendía minutos de celular— no quiso pagar más exhortaciones y tuvieron que irse. Que Dios los guarde donde sea que estén.

Mientras veo el tablero y recuerdo la historia de Jairo, mi anfitrión accidental les ha comendado a varios contertulios que yo estoy tomando notas sobre los jugadores y la plazuela. Entonces uno de ellos se me acerca y me dice:

—Vea, periodista, el otro día hubo una simultánea, trajeron a un maestro, no cualquier cosa, un maestro de los de verdad. Y yo le gané. Era en una simultánea, pero no importa, le gané a un maestro. Y eso ya no me lo quita nadie.

Finalmente, el que aceptó jugar con “el otro marrano” —conmigo— ha ganado, y me invita a sentarme. Jugamos dos partidas cuyo resultado no conviene comentar, en consideración de la frágil y aporreada autoestima del perdedor. Solo diré que el nivel de juego de los ajedrecistas de este parque es sorprendentemente alto

en comparación con los que jugamos en el parque Caldas de Manizales. Cuando me levanto de mis derrotas, veo que al frente de la entrada del edificio del claustro de Comfama han organizado unas mesas con manteles rosados y sillas blancas, con tableros de ajedrez, y me acerco a preguntar si habrá un torneo o una exhibición de partidas simultáneas. Uno de los tipos que arregla sillas y tableros me explica que va a haber una clase de ajedrez. Decido quedarme para presenciar esto y, efectivamente, a las tres y media de la tarde llega el maestro internacional de ajedrez Carlo Vittorino que, sobre un tablero didáctico de ajedrez, puesto en un trípode, va explicándonos, a quienes seguimos la partida en los tableros que Comfama ha puesto sobre los coloridos manteles, la estrategia y la táctica que le permitieron al gran jugador ruso del siglo XIX Mijaíl Chigorin ganar esta bella partida. Ayudado por un asistente que consulta en un teléfono celular, el maestro Vittorino alterna sus comentarios con las anotaciones que Gary Kasparov hizo de esa misma partida, y los alumnos que seguimos esta clase hacemos preguntas. Jorge me cuenta que todos los martes y jueves se da este encuentro pedagógico, y ahora entiendo el buen nivel de juego de la plazuela en comparación con otros parques de Colombia.

Termina la clase, ya se hace de noche, pero la plazuela no pierde actividad. Nuevos jugadores se enfrentan bajo la luz de los faroles, y recuerdo al Chigorin colombiano, el maestro internacional Óscar Castro. En abril de 2015, Castro, que estuvo bebiendo y rondando por esta zona por varios días, se cayó a dos cuadras y media de la plazuela, en el cruce entre La Playa y Girardot, y murió. *El Colombiano* publicó una nota en la que, al final, Vittorino declaraba: “Se va toda una leyenda, quizás el mejor”. Con el recuerdo de este genial antioqueño que compartió techo con los indigentes —el cielo—, y que hizo de sí mismo una especie de mito, dejo la plazuela, ojalá no para siempre. ☺

comfama

Almorzar trancado con tres monedas es un sueño para famélicos, caminantes sin rumbo, empleados ahorradores y gorreros de esquina. Aquí no se clasifica ni con estrellas ni con tenedores, lo que vale es el tamaño de la montaña de arroz, el fondo del plato para los frijoles o la sopa de pasta y las promesas de la carne. No se gasten la plata del trago en comida. Sigán esta ruta gastroanémica.

Fotografías: Juan Fernando Ospina

LOS TRES GOLPES

DOÑA GLORIA



por MAURICIO LÓPEZ RUEDA

El sol es picante al mediodía, pero en la carrera 43B con San Juan parece que se ensañara con los trabajadores y caminantes que, a esa hora, solo piensan en resolver el quejido de las tripas y apurarse alguna bebida refrescante que les dé ánimo para continuar la jornada.

Y no hay mejor opción, con la chispa sobre el cuello como un cruel soldador, que meterse al restaurante Doña Gloria, en toda la esquina de San Juan, a cincuenta metros del chequeadero de buses de Cootransmallat, y pedir una mazamorra de mil pesos, con leche y bocadillo veleño. Un tentempié antes de que la señora exponga su menú de succulentos platos recién hechos a tres mil pesos.

“Recuerde hija, es una cucharadita de sal por libra de arroz. Si quiere le echa pimentón, pero unas dos pizquitas, no más. Y los frijoles, una hora después de que pite la olla, les licúa zanahoria, les echa ‘sorrito’ de cebolla y listo, así quedan bien ricos. Hoy vamos a vender carne sudada, de cerdo que es la que más gusta. No se olvide de echarle cilantro, cebolla y pimentón. Acá la comida es barata pero rica y sustanciosa, porque recuerda que el alimento es bendición”, repite la dueña del lugar, Gloria Esther Cruz Ramos, como si estuviera recitando un antiguo conjuro mágico, mientras mueve de un lado a otro su cuerpo de noventa kilos de peso y 59 años de edad.

Doña Gloria es cordobesa, de Montelíbano, y es hija de un carnicero y una cocinera. Nació el 8 de febrero de 1959 y es madre de Yuliana, una joven transexual que vive en Italia, país en el que se ha abierto paso como chef.

Yuliana a veces visita a su madre y le ayuda en los quehaceres del restaurante. También le muestra recetas de pastas y de sopas que jamás podrían venderse en Niquitao, donde los estómagos parecen estar diseñados para tolerar solo frijoles, sancochos, sudados y secos con carne asada.

Todavía repitiendo su credo culinario, su infame sortilegio, doña Gloria saluda a cada comensal inclinándose levemente la cabeza. Luego los acompaña hasta el comedor y les explica detalladamente el menú.

“Hoy hice frijolitos con un poquito de coles y trozos de carne de cerdo. El seco también trae carne, con una salsita que se inventó mi marido, muy rica. Pero también tenemos sopita de verduras y seco con carne de res o pollo. Para tomar hay juguito, gaseosa y mazamorra”, expresa la señora, ataviada con un fino delantal y una pañoleta que oculta su pelo castaño y canoso.

El restaurante es una casa de tres pisos, pintada de blanco con franjas verdes, anaranjadas y azules. En el tercer piso viven Gloria y su actual esposo, José Alberto Cartagena, quien por amor tuvo que aprender a cocinar y además se encarga de hacer mercado, cada martes o miércoles, en la Plaza Minorista. En los pisos restantes queda el restaurante, que abre en semana de ocho de la mañana a ocho de la noche, y los domingos y festivos de ocho a seis.

Todos en el restaurante deben saber cocinar. Doña Gloria, quien lleva cocinando desde que tenía trece años, no admite que ninguna de sus trabajadoras no sepa “ni prepararse un huevo”. Por eso la inducción al empleo es en la cocina, y allí deja a los recién llegados hasta que aprendan a hacer un arroz con la sal justa o unos frijoles calados al punto.

A los tres años llegó a vivir a Medellín, en Niquitao, pero luego se fue para Cisneros, Nordeste antioqueño, donde su madre había abierto un restaurante. Allí conoció a su primer esposo, con quien montó dos carnicerías en Turbo. Luego de separarse volvió a Medellín, de nuevo a Niquitao, y durante 26 años vivió en un inquilinato donde montó su primer restaurante, Lobo Marino.

Gloria también vendió almuerzos en los ochenta en las afueras del Hotel Nutibara, frente

al Centro Comercial Veracruz. Junto a otras mujeres, la mayoría madres solteras, vendía almuerzos a cien y ciento cincuenta pesos. Eran tantas que la gente empezó a conocer la esquina donde se ubicaban como “el portacomidas”.

“Mi vida ha sido cocinar, dar de comer”, les cuenta a sus clientes animosos de conversación, pues la comida que sirve Doña Gloria genera una inexplicable sensación de bienestar, como si los ingredientes produjeran un desbordamiento de dopamina en el cerebro.

“Ahh, qué comida más rica doña Gloria, así sí da gusto volver a trabajar”, le suelta uno de sus clientes frotándose la barriga como un buda grasoso y bigotón. Y la señora responde: “El ingrediente es cariño don Roberto, mucho cariño”.

La única verdad es que sus almuerzos tienen tres características, la limpieza de su presentación, el sabor y la frescura de sus productos. Como bien dice: “Acá se le pone tanto amor a la comida como a la limpieza. Todas las mañanas y todas las noches, entre todos dejamos el restaurante reluciente, como si fuera nuevo”.

Las comidas se sirven segmentadas y en platos de loza. Las mesas son de plástico y están desprovistas de manteles. Las cocinas del primer y segundo piso están ubicadas sobre la pared del fondo, a unos cinco metros del comedor principal.

Doña Gloria tiene unas diez trabajadoras, todas madres solteras y habitantes de la periferia de la ciudad. Le gusta ayudarles, enseñarles cada truco de la cocina. Con el tiempo, todas ellas han ido asimilando su carácter. Sonríen amablemente, mantienen sus manos y sus uniformes pulcros y a cada cliente le dan la bienvenida como si fuera un amigo de toda la vida.

Es el restaurante más antiguo de Niquitao, donde uno puede gozar de una buena comida a un precio ínfimo y, al mismo tiempo, puede escaparse, al menos por una hora o dos, de la rutina agobiante de ese sector del Centro de Medellín. ☺

SAZONANDO EL VIAJE

por SIMÓN MURILLO MELO

Solo había pasado por allá sin detenerme y con algo de susto por el exceso de bulla y suciedad. Un extraño edificio con forma de huevo, una virgen blanca pelada por el sol y una ceiba rosada enfermiza, como una araña moribunda a punto de dar el último salto. “La mataron de orinarla” dice Margarita, Márgara, que vende lentejas, sancocho y frijoles en un carrito de mercado en la esquina del parqueadero de la placita.

Antes Margarita vendía en plena plaza, pero hace unos meses la Alcaldía metió la mano y le puso baldosa nueva y matas todavía vivas; la virgen desapareció y el cadáver de la ceiba fue enterrado. A ella la trasladaron unos metros, y dice que no le choca porque hay menos borrachos saliendo de Picar Pollito (donde me comí un consomé con sabor metálico que me hizo botarlo todo por el periodismo). Tampoco ha perdido clientes. “Oiga, que un domicilio pal Tigre en la esquina”, le dice una desdentada. “Dígale que yo no hago domicilios”, responde con la tranquilidad que le da vender más de sesenta platos por noche, todos a menos de cuatro mil pesos. Otro comensal, que la mira con afecto, mete la cucharada: “Y le cuento, platos muy deliciosos”.

Sus lentejas, servidas en un plato de icopor, son gigantes y van coronadas de un espinazo. Se come en un taburete, acompañado de mecánicos y obreros de las litográficas de los alrededores de la plaza, todos conversan con ella con la confianza del tiempo, lleva sin descansar un solo día desde hace seis años. La fuerza de Margarita es enorme: trabaja desde los nueve años y ya pasa por los sesenta. Con más de cuarenta años en Medellín, llegó desde El Santuario a los veintuno. Además, le da tiempo, o ganas, para estudiar mercadeo en el Politécnico Andino. Cuando le conté lo de la indigestión en Picar Pollito, fue la primera en regañarme: “¡Uno no puede comer pollo en la calle!”.

Conversa muy rápido y de todo, moviéndose como una hormiga para atender a los clientes o irse para el sitio donde tiene la cocina, media cuadra arriba. Cuando el *ficóptero* amenaza justo encima de nosotros, uno de sus clientes ríe nervioso y pregunta: “¿Qué nos irá a hacer ese helicóptero?”, y ella replica: “¡Nosotros no tenemos nada que esconder!”.

La creencia de que la placita del Huevo alberga un crimen escondido va más allá del prejuicio. Frontera última entre ese cuadrante del Centro abierto para las familias de bien y la *terra incognita* de Niquitao, la placita se parte en cuatro por las épicas arterias que la desangran. Fue hogar de muchos indigentes por un tiempo, tal vez como signo de su naturaleza viajera. Aquí y allá pululan los hoteles, inquilinatos y moteles. Es bien movida pero no surgió como un sitio de encuentro sino como uno de perpetuo paso: fue creciendo con los buses, sus únicos habitantes estables, descargando y cargando gentes a toda hora.

Con los transeúntes, este mercado espontáneo trajo los locales de comida, los vendedores como Margarita y las seis pastelerías que la rodean. Los primeros reflejan el ahorro paísa y el rebusque obligatorio para lograr uno o dos golpes; las últimas, gemelas de luz blanca de las que ahora ocupan cada rincón del Centro, son un reflejo de la monotonía que siempre amenaza a las urbes.

Para la plaza, los vendedores-cocineros como Margarita se convierten en esquinas móviles, centros de actividad, conversa y memoria del sector: una quinceañera bonita de Niquitao apenas la ve le suelta, “¡Carebruja!” y sale corriendo con Margarita detrás riéndose; los mecánicos la molestan pidiendo rebajas. “Solamente nos pega un regaño”, y los caminantes preguntan por las lentejas, cumpliendo el inmemorial ritual de la acera.

El restaurante Tutunendo es una esquina pintada de verde limón. En pleno nacimiento de Amador con la Oriental, fue el primero de una generación de establecimientos chocoanos que se acabarían tomando casi toda la calle y los alrededores. Visitados casi exclusivamente por chocoanos, han construido una embajada cultural negra en mitad del Centro de Medellín. Con música de Bomby a todo taco a las dos de la tarde, los fines de semana cada restaurante se llena de familias que hacen el peregrinaje semanal para almorzar sancocho de guagua.

Alegando en la calle por las cuentas, molestando con los meseros, acariciando la mano un poco más a una clienta hermosa, Edwin Rengifo, mesero, fotógrafo y creador de la revista *Afrosentido*, vino del Chocó para vivir en Medellín.

Los sancochos de carne ahumada son la estrella de los fines de semana, herencia mestiza de quién sabe cuántos cocidos españoles, gallinas chinas, hierbas indígenas y sazones africanas. Ante la pregunta de si ha sentido ecos de la esclavitud en Antioquia, dice que al contrario. Los restaurantes chocoanos de la zona rehabilitaron ese segmento de Amador, llenándolo de gente y limpiando un poquito las aceras.

Si algunos llevan años en Medellín, Luis Kanzler llegó el mes pasado desde Venezuela. Inmigrante nuevo y nieto de refugiados alemanes que escaparon del Holocausto, atiende en un puesto de jugos a mil y dos mil, adjunto a una frutería en El Palo, unos metros arriba de la plaza. Con pinta de vocalista de una banda de Altavoz que escucha a Leo Jiménez y a Pearl Jam a todo volumen, apenas puede, empieza a hablar de Venezuela. Fue dirigente político, barman, le hizo *catering* al alto mando militar venezolano.

La señora que se detiene a comprar un jugo de guanábana en leche de mil le entrega un billete de dos mil y al saber que es venezolano no espera la devolución. La solidaridad viene en muchas denominaciones: hace las cuentas de la frutería y trabaja seis días a la semana de seis a. m. a nueve p. m. Insiste en que lo han tratado muy bien, ya conoce a los taxistas y buseteros del sector, conversa con la señora del carrito de helados que suele pasar por El Palo y empezó a salir con la morenita del Cellmax, dos locales hacia la plaza. Se le aguan los ojos y la voz decae cuando habla mucho tiempo de Venezuela. “Si el socialismo del siglo XXI gana acá en cuatro años, no le deseo a ningún colombiano tener que migrar a otro lado”. El inmigrante vendedor de jugos heredero del Holocausto recién enamorado y anticomunista es un hilo más de la trama que viene a ser la placita del Huevo. El nombre es casi pleonástico. No hay nada más aburrido y fácil de quebrar que un huevo. Tal vez, en esas tres cuadras del Centro, feas y manchadas por el hollín y el incesante recorrer, el universo se rehaga cada día. El ruido del *big bang* acallado por los pitidos de los buses, masas de individuos anónimos engullendo pollo. Una vez acaban con el plato, se limpian con la servilleta que Margarita nunca deja de entregar y se montan al bus. ☺



ENGULLIR EN BEN-HUR



por ANDRÉS DELGADO

El almuerzo que despacharé al calor del mediodía vale tres mil pesos. El precio de un dólar, una cerveza fría, un paquete de diez cigarrillos Marlboro, doscientos gramos de salsa de tomate. Tres mil pesos. El costo de un kilo de limón Tahití o de lentejas, una libra de maíz pira. La idea es saltarse el desayuno, aguantar hasta el mediodía y salir al bochorno del Centro de Medellín y saciar el hambre con un delicioso almuerzo de combate. Martín Caparrós en su libro *El hambre* escribió: “Conocemos el hambre, estamos acostumbrados al hambre: sentimos hambre dos, tres veces al día. No hay nada más frecuente, más constante, más presente en nuestras vidas que el hambre —y, al mismo tiempo, para la mayoría de nosotros, nada más lejos que el hambre verdadero”.

Tejelo es una calle peatonal cerca de la Plaza de Botero. Está dividida por dos ambientes desiguales: un lateral opresivo y atiborrado de legumbres y carnicerías que despachan al calor de las doce del día una libra de garra por setecientos pesos y diez chorizos por cuatro mil setecientos; y otro lateral con una seguidilla de tabernas abiertas y desoladas. Rey de copas, Bar Alaska y Malibú son aburridos bares con pista de baile y mesas solitarias. En la noche todo cambiará. La soledad barrerá el lateral oscuro del mercado y, al frente, el ardor registrará tragos y bailoteo y sonrisas.

Bajando por el lado de las tabernas siento en la panza el dolor de la venganza, el hambre que me reclama. Entonces la veo: Cafetería Ben-hur, mesas y sillas en acero inoxidable y un tablero con precios: sancocho de bagre a seis mil. Entro, me siento y pido “el económico”, sin saber qué carne se sirve. Solo quiero lo más barato.

El señor canoso que me atiende, luego lo sabré, es uno de los hermanos dueños del negocio. Viste camisa de manga corta de botones y pantalón, como si acabara de cobrar la pensión. Tiene gafas gruesas, barriga y un rostro áspero. Traslada mi pedido a la señora detrás de un mostrador. Ella repite su dureza en los ojos. Sobre la esquina plateada de la mesa veo un pegote amarillo, “sopa de ahuyama”, me digo en una apuesta mental.

Arrinconados, dos novios comen sopa y se limpian la boca con besitos. Él tiene gorra, una camiseta ceñida contra su fibra musculosa y los brazos morenos del sol. A sus pies, una caja para limpiar zapatos. Ella con una cola en el pelo que le deja racimos por fuera, una blusa de tiritas

sobre los hombros tostados y un tatuaje a medio camino en puntos azules que dice “Brayan”. Qué hambre tan horrible. Al frente una señora espera su almuerzo, resopla de calor, y sobre la mesa, un pequeño canasto hasta el tope de confites y chokolatinas. Por fin llega lo mío. Un plato de sopa de pastas mezcladas con lentejas. Alguna de las dos fue de ayer, nadie adiciona gratuitamente lentejas a las pastas. Y menos en un restaurante de combate. No puedo evitar frotarme las manos. Voy por la cuchara al canasto de los cubiertos y noto que no hay servilleta. En cambio, un papel higiénico blanco envuelve la cuchara. Son cinco pedacitos unidos en una tira. El detalle me conmueve. Y lo aprovecho para darle una severa limpieza a los cubiertos a medio lavar.

La sopa no está mal. Es fresca y alivia mi angustia. El otro plato tiene papa, arroz, una tajada diminuta y frita de plátano maduro, y fría, ojalá no sea también de ayer. Ensalada de zanahoria y repollo. Además, una inquietante y generosa porción de carne cocinada. No sé si comérmela. Pienso en gatos, en caballos, en zarigüeyas. Nada, no importa, nos vamos con ella para adentro, cero-mente-cero-cabeza. Hago fe y me convengo: es de res. Mástico y vea, me digo, muy rica que está la carne.

En su libro, Caparrós cuenta que en un pueblito de Níger encontró a una mujer que comía harina de mijo. Le preguntó que si comía eso todos los días. “Bueno, todos los días que puedo”, contestó. Caparrós quiso saber qué le pediría a un mago que le diera cualquier cosa, ella contestó que una vaca que le diera leche. “Pero lo que te digo es que el mago te puede dar cualquier cosa, lo que le pidas”, insistió él. “Pues bueno, dos vacas”, repuso ella. “¿Dos vacas?”, se quedó pensando y la señora le dijo: “Con dos sí que nunca más voy a tener hambre”. Y el periodista se quedó pensando que era tan poco, y luego se dio cuenta de que era mucho.

Cuando despacho mi almuerzo y quedo con la panza aliviada, me levanto con la taza de claro en la mano. Me acerco al mostrador, donde atiende la señora con cara agria, muy parecida al mesero. La que manda en el restaurante es ella, hace rato me di cuenta, y no él. “Muy rico el almuerzo”, le digo para intentar bajar la acidez de su rostro, “muy rico, de verdad, me gustó mucho”, y nos sonreímos. Entonces le pago con un billete de cinco mil. Me devuelve dos y volvemos a sonreír. Entonces puedo comenzar a preguntar.

Se llama Blanca Nubia y me cuenta que el negocio es familiar. Lo tienen hace 42 años. “Ahora todos los hermanos estamos pensionados —dice—, mantenemos el negocio, pero esto no da plata como antes”. Cuando comenzaron, Tejelo era una calle con paradero de buses y comercio. En esa época, cuando el edificio Miguel de Aguinaga era ocupado por las Empresas Públicas de Medellín, venían a comer los obreros y empleados. “Fue una época muy bonita, antes de la violencia, después se puso mal el Centro —dice—, la gente comenta que el sector es un atracadero, pero vea esto, ¿no es muy tranquilo?”. Descubro que Blanca Nubia quiere evitar el tema y la imagen negativa del sector. Entonces entiendo su rostro duro. Los años, el trabajo y el pasado turbio de Tejelo han dejado su huella de desconfianza.

“Néstor fue el que comenzó, teníamos panadería, mi otro hermano Luis era su administrador, también trabajó Víctor y ahora el que nos dirige es Francisco, es el patrón de nosotros hoy por hoy. ¿Y qué es lo que menos me gusta de mi trabajo? ¿Es lo que me está preguntando? Lo que menos me gusta es cuando la gente recatea porque la comida es muy maluca, entonces yo les digo váyanse a comer al Hotel Intercontinental, es que por tres mil pesos que van a comer pues, sí, los domingos es el único día que fritamos chicharrón, a la gente le gusta mucho venir ese día. ¿Y qué es lo que más me gusta de mi trabajo? Hablar y estar con la gente, porque si una está triste entonces se distrae, se ríe, comenta, critica y echa chisme, es que a esta edad ya no se quiere estar sola, el negocio no da plata pero da compañía”.

En otros puntos del Centro de Medellín un almuerzo de combate cuesta ocho mil. En Ben-hur no son de combate, son de trinchera empantanaada y destortillada por las bombas. Y menos mal. Porque cuántas hambres ha calmado. Sabiendo que no son las más graves. Hambres como la mía en este mediodía de calor. Para el postre, Caparrós dice que el hambre “no es un problema de pobreza, sino de riqueza y de la concentración de la misma. Si hay tanta gente que no come, es porque otros lo hacen de manera absolutamente desproporcionada e injusta”.

Antes de salir a la reportería, en la redacción me recomendaron: “La crónica no es solo contar cómo fue el almuerzo sino también cómo fue el daño estomacal”. Puro terror. Por si las moscas me tomo una sal de frutas, remedio que no fue necesario. ©

La **Universidad de Antioquia** es cultura en el corazón de la ciudad

El **Paraninfo**, un lugar de puertas abiertas con vocación ciudadana



UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA PROGRAMA **Cultura Centro**

CINE MAMM
Jueves a domingo

Consulte programación en:

 www.elmamm.org  [cinemamm](https://www.facebook.com/cinemamm)



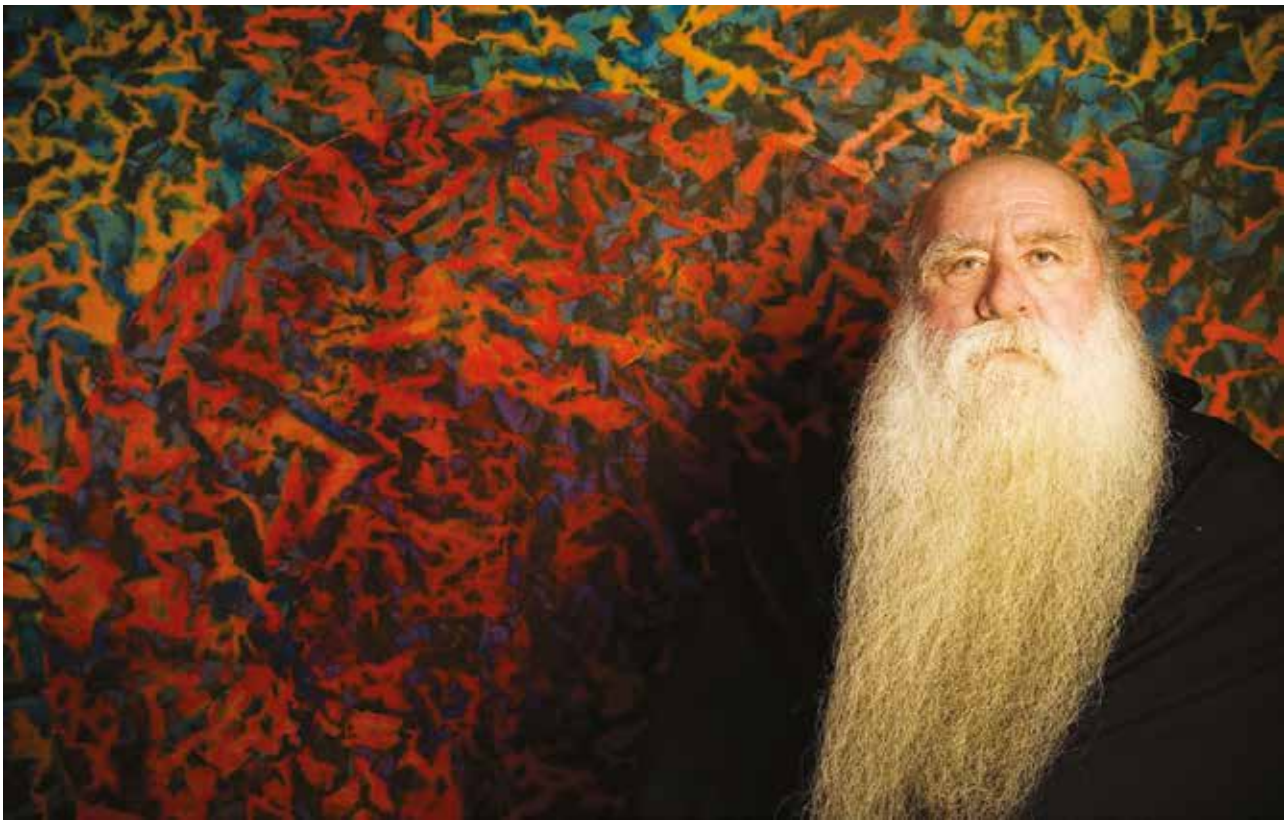
MAM
MUSEO DE ARTE MODERNO
MEDELLÍN - COLOMBIA
40 AÑOS

 [mammedellin](https://www.facebook.com/mammedellin)  [@MAMmedellin](https://twitter.com/MAMmedellin)  [@elmamm](https://www.instagram.com/elmamm)  [@tiendamamm](https://www.youtube.com/tiendamamm)

Carrera 44 # 19 A 100 · Ciudad del Río, Medellín, Colombia / T. 4442622

Retrato frentero de un santón genial

por EDUARDO ESCOBAR



Norman Mejía. Foto tomada de [elheraldo.co](#)

Norman Mejía apareció a mediados de los sesentas en las fiestas bogotanas de artistas, recién desembarcado de Europa donde comenzó a fraguar su vasta obra, multi-forme y deslumbrante. Había hecho algunas cosas virulentas en la academia militar de Miami donde comenzó sus estudios secundarios. Pero fue durante su estadia europea cuando descubrió su vocación de artista.

Al llegar a Colombia con sus huacales de cuadros irreverentes, alguien le recordó que aquí para ser un pintor respetable había que contar con la aprobación de Marta Traba, la papisa de la crítica de arte. La Traba era una muchacha argentina de ascendencia judía tal vez, bella, arrogante, injusta y dogmática. Pero era generosa cuando algo la entusiasmaba. Y después de recibir al joven barranquillero de barba roja y ojos inocentes y claros, lo invitó a participar en el Salón Nacional donde ella imperaba. Le concedió el primer premio consciente de que provocaba un escándalo coronando a un desconocido. Marta se peinaba al estilo paje, vestía trajes de muñeca bien cortados, y hablaba, o pontificaba, con voz adulzainada, que no compaginaba con la leona que sabía defender sus ideas y a sus artistas predilectos: los que habían renunciado a la representación de los mitos nacionales, las normas de la academia y la corrección en el dibujo.

Conocí a Norman Mejía en Cali en el festival de arte de vanguardia que había inventado el nadaísta Jotamario para que corriera paralelo al gran carnaval cultural que organizaba la oligarquía cañeña bajo la orientación de las matriarcas de la aristocracia azucarera. Jotamario se sentía un Atila con su barba de picos que le daba el aire de un Capodimonte. E invitó a la nueva celebridad de la plástica para que durante la inauguración

de su evento realizara un *happening* en el sótano de la Librería Nacional. El acto consistió en la creación a cuatro manos de una obra enorme en un enorme cartón, a cuarenta grados porque no había aire acondicionado, y el lugar olía a zoológico. Las otras dos manos las puso Pedro Alcántara también recién arribado de Europa, y como Norman sorprendido con la pandilla de los profetas de la nueva oscuridad que hacíamos lo que podíamos por revolver las estructuras de un país anquilosado en las coordenadas teológicas del medioevo, y como él, conflictivo, pues le costaba encontrar una forma racional, un convivir decente.

Entre nosotros surgió al primer encuentro un cálido sentimiento de fraternidad. La amistad también tiene flechazos. Aunque no estoy seguro si al principio se interesó más por mi novia que por el genio incipiente que la acompañaba, es decir, yo mismo. De cualquier modo, nos unía también, fuera de la admiración por mi novia que él no se cansaba de alabar sobrio y ebrio, el gusto por la marihuana de Santa Marta, la *colombian gold* que era la estrella de las cannabis, dorada y aromática.

Volvimos a encontrarnos en Bogotá. Mejía más que el pintor de moda parecía un muchacho bien que disfrutaba de la bohemia, del buen ron con muchachas bonitas, de los desórdenes del apartamento de Enrique Grau, de la buena comida del restaurante Cirus frente al teatro municipal, famoso por la magia de sus martinis, donde solían verse las figuras más brillantes de la escena cultural colombiana: el Chuli Martínez, el que rediseñó la plaza de Bolívar, si bien recuerdo; el pintor maldito, porque también hay pintores malditos, Álvaro Herrán; el poeta José Pubén, y Ramírez Villamizar y Marta Traba llena de libros de Bacon y Dubuffet, y que defendía apasionadamente la belleza revulsiva de sus cuadros.

La obra que le mereció el premio del salón de artistas, *La horrible mujer castigadora*, era una técnica mixta de gran formato, como todas las que realizó en aquellos tiempos primerizos de su fama. Llevaba un nombre afín con las otras. *No disparen más que estoy muy herida*, por ejemplo. O *Manos arriba*. Muchos entendieron que los nombres reflejaban la vomitiva tragedia nacional. Pero Norman me confesó que sus cuadros se llamaban distinto en Europa. Les había cambiado el nombre para presentarlos en un país amargo. Pero no podían considerarse como ejemplares del arte comprometido de sus amigos Rendón y Granada y Alcántara, que habían compartido la errancia europea.

Luego la inquietud soberana lo arrastró a Nueva York, si no fue la certeza de que su trabajo no tenía futuro en Colombia. Después del escándalo preliminar sus cuadros dejaron de venderse. Entre otras razones por los precios que espantaban aun a los compradores ricos. A veces se enamoraba de sus obras y se negaba a separarse de ellas. En una muestra en Barranquilla una dulce pareja de jóvenes esnobs se le acercó con la intención de comprarle un cuadro. Querían hacerle un regalo de matrimonio a unos amigos. Le dijeron. Norman mascullo: yo no pinto regalos de matrimonio. Y les dio la espalda. La obra de Norman no era fácil de comprender, im-placable con los prejuicios de la estética rancia, más que exhortar o injuriar, respondía a la exploración respetuosa en los misteriosos comportamientos de la materia cruda, en sus combinaciones posibles y sus accidentes. Había elaborado una teoría del arte de lo más racional, sorprendente y original.

Su padre me rogó que lo convenciera de que era posible ser un gran artista y un pintor comercial. Don Alfonso pensaba que si acaso pusiera un poco de azul

en los horizontes como su amigo Obregón tendría suerte. Yo no podía obedecer a su súplica. Sabía lo que me hubiera esperado. Norman era quisquilloso, rencoroso como un niño y estentóreo como un recogedor andaluz de aceitunas. Me habría armado una pataleta. Y me habría echado de su casa con las cajas destempladas de mi equipaje. Y a mí qué me importaba que los cuadros no se vendieran siempre que siguiera siendo mi amigo. Genial e incomprendido.

En Nueva York lo atrajeron naturalmente los movimientos contestatarios del día. El padre lo conminó a que buscara un mercado para su obra. Y él hizo el intento. Y hasta estableció contactos con las galerías que comenzaban a manejar la obra de Fernando Botero y del peruano De Szyszlo, inducido por Rafael Puyana. Un compungido don Alfonso Mejía me hizo cuentas de la plata que le había costado el envío de la obra para presentársela a los galeristas norteamericanos. El mismo Norman me lo contó. En la famosa galería Marlborough le dieron un diagnóstico deprimente: su pintura es magnífica. Sus cuadros son como los leones. Todos los admiran en el zoológico pero nadie quiere uno en su casa. Y le aconsejaron algunos cambios. Pero él era como era. Y volvió a revolotear por los conciertos de los nuevos juglares del rock. Un género musical en el cual fue un erudito. Cream, Dylan, Queen, Hendrix, los Stones, reemplazaron la música de jazz que lo apasionaba cuando empezamos a tratarnos. Y me descubrió las fantasías del órgano de Jimmy Smith, a Ellington, y la poesía trastabillante de Monk y las plegarias de Coltrane y Cannonball Adderley. Al rock vinieron adheridas otras ganancias: las drogas sicodélicas en cuyos edenes y terrores me inicié. De lo cual sigo muy agradecido. Porque me desembaraban hasta cierto punto.

En su primera fama usaba chaquetas de joven pintor burgués, y bufandas de buena clase llevadas al desgaire y zapatos de marca, descuidados, en Bogotá, y en el Caribe camisas comunes y corrientes y los calzones de todo el mundo. Y llevaba el pelo corto y la barba roja de Van Gogh ni acicalada ni silvestre. Ya comenzaba la calvicie. Al regresar de Nueva York lleno de *rock and roll* por dentro y con los ojos iluminados por las primeras experiencias con LSD y DMT y la mescalina, comenzó a parecer un personaje sacado de la carátula de *El sargento Pimienta*, con sus batones de colores, se dejó el pelo de aprendiz de brujo y la barba de gnomio y para completar las rarezas se pintaba la cara como un siux, y las uñas, y algunas mañanas subía a los árboles del antejardín de su estudio para asustar a los transeúntes con bisbisos y gorgoritos. Por desgracia sus vecinos no entendieron su sentido del humor. Y los que podían corrieron a enviar a sus hijos a los colegios de Suiza para salvarlos de la influencia diabólica del hijo recién enloquecido de Alfonso Mejía, el representante de la industria antioqueña en la ciudad. En realidad, yo asistí al proceso, Norman Mejía había regresado de Nueva

York imbuido de una noción mística de la existencia y sufría la metamorfosis del bohemio en místico. Aunque parecía más fiero que al principio con las greñas doradas y las garras pintadas de colores con esquilas de luz como las putas ordinarias y las sandalias trespuntás de los campesinos de Córdoba.

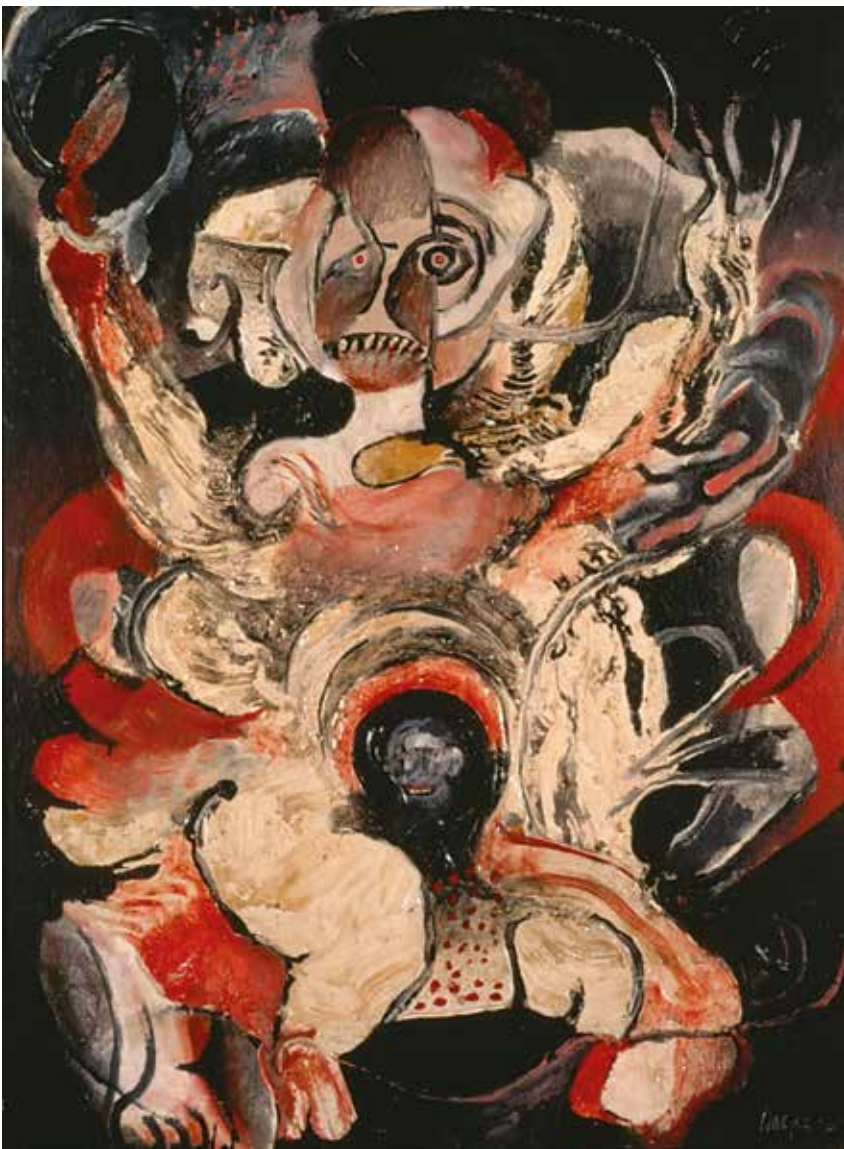
Acabó en el aislamiento del anacoreta. Y la pintura que le brotaba, porque decía que él solo era un médium de la manifestación material, también dio un vuelco. De las crucifixiones rosadas y las horribles mujeres castigadoras que quizás revelan las culpas de un Edipo sin resolver, pasó a unas construcciones rosas y azules puros como de cielos de Murillo, tamaño heroico como la obra que mandó a Medellín para una bienal de Coltejer. Y enseguida vinieron los nerviosos angelitos negros, minimalismo extremo, y los cartones en octavo de tonos uniformes donde a veces cintilaba un punto y me recordaban el arte zen. Recuerdo sus discursos desbocados desde por la mañana. Hablaba y hablaba. Muchas personas me dijeron que las aturdían sus homilías de una lógica irrefutable, que enjuiciaban la vida contemporánea y la pintura meramente decorativa. El estudio comenzó a enrrecerse. Se llenó de objetos heterogéneos, muñecos de caucho, afiches rotos adrede, espejos cuarteados, bolas de vidrio, zapatos nonos, frascos de colores, sombreros, bastones de pastor, ropa sucia, cucarachas y la boa que dormía conmigo. Entonces construyó una pequeña torre en Puerto Colombia, donde hicimos fabulosos viajes *elesédicos*, en uno de los cuales me reveló el río Magdalena como el limpión de la suciedad nacional, como el aglutinante, la síntesis de todos los sufrimientos de las tierras que recorría entre el macizo colombiano y Bocas de Ceniza donde naufragaba luchando contra el monstruo atlántico. Y donde nos encontramos una vez al diablo, hambre y sin dientes, dedicado a robarles las carteras a las bañistas. Nos dijo que vivía en la Pensión Esmeralda. A veces por las tardes íbamos en un Volkswagen viejo, con su novia hebrea de una paciencia infinita, al muele decadente, cuyas patas golpeaba el río con su cabezota ofuscada mientras caía el sol. Como a los gorilas, le gustaba contemplar los crepúsculos.

El simple misticismo evolucionó en una incierta repugnancia por el prójimo. A mí me sorprendió mucho cuando todavía hablábamos por teléfono, que malcompletando su hermosa religión personal, llena de poesía y de ideas valiosas, ingenuamente aceptara un montón de ilusiones de oferta, atendiera los programas de médiums de la televisión gringa, leyera los libros de los ufólogos más despistados del mercado de los ufólogos y me recomendara a Santa Marta cuando se me presentaran problemas difíciles. Solo el amor me impidió escandalizarme ante esa mezcla de perspicacia filosófica y analítica, y de candidez y simpleza que representaba

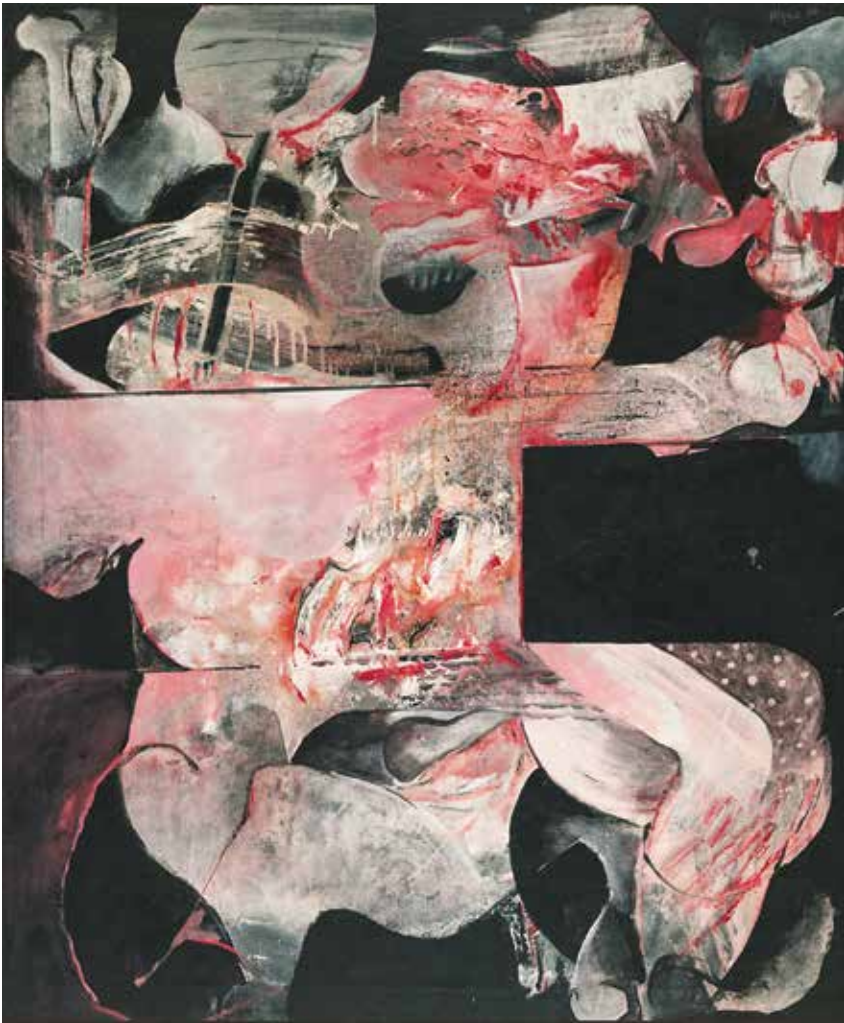
y que justificaba con silogismos sin salida posible, retorcidos sobre etimologías inventadas de idiomas mezclados y enunciadas con toda la seriedad del mundo. Escribió algunos libros: *Nosotros otros*. *For mulas*. *Aforismos y apólogos trazados con lápices de colores*. Como si siguiera los métodos hiperestésicos de Rimbaud, el único poeta que respetaba de veras. Había otro. William Blake. Una vez le leí un poema marino de Perse. Pero me detuvo en la primera estrofa. Es pura palabrería. Cuando le leí a Rimbaud, en cambio, me escuchó y se levantó y se puso a bailar mientras reía con esa risa aguda de los que acaban de hacer un hallazgo venturoso.

Si no es, como creo, el gran pintor colombiano, Norman Mejía fue un gran animal. El monstruo de Barranquilla. Un fenómeno biológico. Un espíritu desmesurado que pulió su locura hasta alquimizarla en sabiduría, mientras martillaba con sus brochas en las posibilidades de las formas materiales. En un estudio atestado de momias de sapos, conchas marinas y hasta un bollo humano fosilizado por el aire salino en toda su rotundidad saludable, que encontramos una tarde detrás de su torre en la playa del muerto. He conocido mucha gente en este mundo pero jamás me topé con una personalidad tan exuberante, arisca y sabia. Su obra forma parte del patrimonio espiritual de la nación como la de Van Gogh lo es para Holanda. Por eso no le importaba mucho si se vendía o no. Porque en últimas son más que mercancías. Un testimonio humano incomparable. El peor negocio es cualquier negocio. Solía repetir.

Volví a ver a Norman Mejía cuando le faltaba poco para irse. Hice la peregrinación con Enrique y Rafael Santos, el hombre ya estaba convertido en un remontado mítico que no recibía a nadie. Estuvo silencioso. Había engordado. El cuerpo le estorbaba, le pesaba. Había vuelto a tomar alcohol, un placer abandonado desde sus tiempos jipis. Había rodeado de rejas su casa porque el miedo de los otros lindaba con la paranoia, además la policía había allanado una vez su apartamento, un mafioso había hecho quemar su torre en la playa del muerto y unos pazguatos de la izquierda del frente patriótico habían destruido unos cuadros suyos en Bogotá. Las ventanas del estudio y la casa estaban cubiertas con trapos fúnebres o cegadas con pintura blanca. Incapaz de reconocer que en medio de la mierda también brotan las flores y las lombri-ces se entregan a sus orgías y los sapos salmodian, se enconchó. Es extraño que los tres personajes que más me impresionaron en mi tránsito vital y que más me quisieron, habiten el mismo ámbito de la mística. El Brujo de Otraparte, Gonzalo Arango y Norman Mejía forman parte de una misma comunidad espiritual. A lo mejor yo soy otro santo. El cuarto elemento. Y aún no me percaté. A lo mejor puedo hacer milagros. Y tú no lo sabes. ☺



La reina del mundo. Norman Mejía, 1966. Colección de Arte del Banco de la República.



La mujer fuerte. Norman Mejía, 1966. Colección de Arte del Banco de la República.



Presentando este bono

Reclama GRATIS una porción personal

de nuestro inconfundible y delicioso

Ceviche Vegetariano

Vigencia del 15 de Septiembre al 31 de Octubre 2018

Aplica únicamente en nuestro restaurante del CENTRO
No acumulable con otras promociones
No Aplica para DOMICILIOS



Centro - El Pabo

Carrera 45 - 62 - 75
(Diagonal al Colomboamericano)
MEDELLÍN

@lentejaexpress
www.lentejaexpress.com.co

MINUTOS NADA MÁS

por FERNANDO MORA MELÉNDEZ

Ilustración: Samuel Castaño

Suceden encuentros extraños con la gente del barrio que vemos todos los días. Y cuando estas cosas pasan tienen algo de definitivo, tanto así como para dudar si todo aquello que sucedió todavía existe en algún lugar. Cualquiera diría que digas puede ser tu frase póstuma. Por eso, ante la nada, es mejor callar...

Lo haría, si algo no pugnara por volverse palabra, un palpito que busca dejar alguna constancia, aunque efímera.

Salgo a la calle en esta hora animada con gritos de niños que se tiran una pelota, obreros que regresan como un chupo de trabajar en lejanos talleres, y bellas escolares que van donde una vecina a copiar su tarea. No bien he caminado dos cuadras, me encuentro a la Pálida. Ahora todavía la llamo así porque no me acuerdo ya si su nombre era Susana, Adriana... tal vez Lina o Paola. Quizás más adelante lo recuerde. O, si lo olvido, por algo será: la memoria quiere resguardarme de algo.

Por ahora digamos que la Pálida es el nombre que le dieron mis amigos, después de que le pusieron la válvula esa en el corazón, que fue cuando se puso así de ese color. Y la verdad es que nunca había reparado en ella, solo ahora que la veo con una de esas tristezas que siempre me han inquietado en las mujeres. ¿Qué habrá tras esa melancolía que tiene el encanto de un licor no probado? Es muy flaca, pienso, pero tiene unas grupas lindas, dice otra voz en mí, la voz de la tentación, o del deseo que susurra entre líneas: debe ser una mujer tan sola que estaría con la más suave caricia porque detrás de esa dejadez y ese abandono hay fuego aprisionado. Eso es, sí, eso es.

Entramos en una tienda. Ella pide una libra de arroz, un manojo de cilantro, un cubito de caldo concentrado. Tiene la actitud aburrida de quien hace un mandado de mala gana, como tal vez diría su madre. La invito a una coca-cola, pero ella solo acepta un chicle. Qué raro me pareció que una muchacha así mascara chicle.

No es para mí, aclara, es para mi sobrino.

Al salir de allí me sorprende al ver que, en sentido contrario, por la misma acera, viene mi exesposa con un fulano que no conozco. Ella trata de escabullirse, pero es muy tarde. La cercana se lo impide. Nos saludamos de la manera más formal y civilizada. Ella lanza una mirada a los ojos de la Pálida y sigue su curso. La chica se vuelve con una expresión desamparada. Al doblar por un callejón nos hemos trenzado a besos. Tiene una boca fina, casi trazada con aerógrafo; aunque su lengua es traviesa, casi precoz.

—Vamos a algún lugar —le digo.

—¿Adónde?

—No sé, a alguno donde podamos estar solos y tranquilos.

—¡Qué te pasa! Yo soy una hija de familia, y salí a hacer un mandado para la comida.

—No le hace, yo te espero aquí en la esquina. Vos vas, dejás eso y volvés. Decile a tu mamá que vas a hacer una vuelta, que se te había olvidado entregar un libro en la biblioteca.

—¿Qué libro? —dice ahora, con cara bovina.

—Uno cualquiera, yo qué sé... algo urgente.

(Urgente es lo que tengo por dentro, que me acosa)

—Ahora es imposible —me dice—, tal vez mañana.

—¿No has oído hablar del no-futuro? Del mañana nada sabemos, me entiendes.

—Sí, te entiendo. Y eso qué. Mi mamá es mi mamá. Y yo te acabo de ver apenas.

—No digas mentiras, si ya nos habíamos visto...

—Bueno, pero es la primera vez que...

—Siempre hay una primera vez —le insisto—. Oye, ¿qué te pasa?

Mientras tanto hemos caminado, sin darnos cuenta, unas cinco cuadras, ya bordeamos el centro del pueblo y ¿es posible esto? Estamos a boca de jarro de una pensión llamada Hotel Rosicler, dice un aviso pintado en madera ordinaria. He empujado a la flaca hasta el zaguán y en el anteportón una anciana nos pregunta si vamos a amanecer. Es solo cuestión de minutos, le digo yo, atolondrado. La Pálida no ha hecho repulsa. Entramos y digo que todo iría muy bien si no fuera porque después de unos roces íntimos ella se queda muda, cierra los ojos, está helada.

Despierta, le digo, ey, pero entonces si quiera recuerdo su maldito nombre. Contemplo su desnudez sobre un montón de arroz desperdigado por las sábanas, miro al suelo y veo el manojo de cilantro y digo: ¡No!, ¡esto no me puede estar pasando a mí! ☹

Recién llegado a Medellín vi cómo se demolía el Teatro Junín, una de las obras bellas y eclécticas del arquitecto Agustín Goovaerts. Se derribó apenas después de cuarenta años de construido. De la excavación profunda, en Junín con la avenida La Playa, emergió el edificio Coltejer, el más moderno construido hasta entonces. En ese momento pensé que era el camino normal de modernización de la ciudad, pero luego caí en cuenta de que por varias décadas caminé en una ciudad en permanente demolición, que hizo de la autodestrucción un supuesto camino del progreso. El resultado de todo esto es que la memoria de la ciudad, de lo que fue, está en las fotografías o en algunos edificios aislados que vemos con inútil nostalgia.

Entre el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, Medellín era una ciudad pequeña donde predominaba la arquitectura republicana y en la que los arquitectos foráneos y Nel Rodríguez habían construido edificios icónicos. La ciudad había planeado los barrios obreros en Castilla, en el noroccidente, y en Aranjuez y Manrique, en el nororiente. Además de su expansión residencial hacia el occidente, conocida como Otrabanda.

Viví de cerca el último esplendor y la decadencia de Guayaquil, por ser hijo de un comerciante, que me llevaba a ras-tras cuando buscaba, en las cacharrerías y en el primer almacén Éxito, mercaderías para llevar a la tienda que aún conservaba en nuestro pueblo de origen. Allí se ubicaban los grandes negocios de abarrotes y la venta de frutas y verduras porque no existían las centrales de abasto. Guayaquil albergaba además las flotas de carga y de pasajeros. Los braceros con un trapo rojo al hombro alzaban bultos de maíz, de frijol, de lo que fuera. Me maravillaban sus torsos desnudos, sus músculos y su fuerza que asociaba a la del hombre increíble. Arriba de los abarrotes y las cacharrerías funcionaban hoteles y prostíbulos. En largas escaleras y en fila india se exhibían a los clientes, con un genuino pudor, las putas. En bares con rocolas no se escuchaba tanto la música campesina paísa sino sobre todo el tango.

Después de que la Plaza Sucre, el mercado tradicional de la ciudad, se incendió se formó El Pedrero, ahí sobre lo que había sido la Plaza de Cisneros, en la calle San Juan, frente de la Estación del Ferrocarril, un mercado informal, una sucesión de ranchos de cartón de brea y callejones estrechos cubiertos por desechos podridos. En ese entorno solo habían sobrevivido los edificios Vásquez y Carré, que daban sobre la carrera Carabobo. Y el edificio Pasteur, también diseñado por Charles Carré, que vi demoler por allá en el año 1982 para dar paso a la ampliada avenida San Juan.

Años atrás los urbanistas Wiener y Sert habían dibujado la expansión de la ciudad, que no alcanzaba el medio millón de habitantes, en un valle que aún era amplio. Recomendaron preservar el Centro histórico y ampliarse al occidente. Pero no, quienes podían decidir en Medellín, gobernantes y empresarios, con medios legales o ilícitos, destruyeron ese Centro que en términos históricos era joven. Desde los años treinta, en razón de que la tierra valía mucho más que las bellas construcciones de madera y tapia, que sobre ella estaban construidas, el corazón de la ciudad fue roído por incendios convenientes y demoliciones.

Si en algún punto ha sido evidente el ansia desmesurada de riqueza de los paisas es en la manera como se ha construido y destruido la ciudad. Las palabras planeación, identidad y urbanismo eran veleidosas según administradores y constructores. Ya en 1916 los incendios afectaron al Parque de Berrío. Los edificios de dos y tres pisos, con techos de teja de barro y balcones, no fueron restaurados sino que dieron paso a edificios de ascensores que serían sedes de bancos y empresas, para convertir el parque en “la milla de oro” de aquel tiempo. Luego los alcaldes permitieron “deseestructurar” lo que consideraban una escala pueblerina, ampliando las vías y autorizando edificaciones modernas, para lograr una plaza “...digna y austera, conforme a la importancia de Medellín”.



La ciudad decidió no integrar las abundantes aguas que bajaban de las montañas del oriente. El río se saltó con puentes de mayor vuelo. Muchas quebradas se sepultaron para construir calles y viviendas. En el barrio Buenos Aires vivimos en una casa levantada, como todo el barrio, sobre una quebrada sin nombre que con frecuencia se rebosaba y nos inundaba. Con esa misma lógica se había cubierto, en las primeras décadas del siglo XX, la quebrada Santa Elena que era un eje natural del Centro. Se hicieron enormes esfuerzos económicos, se recurrió incluso a la valorización, para cubrir los puentes, la historia y destruir un patrimonio paisajístico que tal vez hoy podría mirarse con orgullo. En su orilla se construyó una avenida para que luego las viviendas se reemplazaran por edificios. Sobrevivieron el Palacio de Bellas Artes, la Casa Barrientos y no mucho más. Debajo de la enorme y larga loza de cemento aún perviven los puentes que unían el sector norte que tenía como epicentro al Parque de Bolívar y el sector sur que giraba en torno al Parque de Berrío. Y no deja de aparecer la idea nostálgica, pero

difícil, de demoler la loza y reincorporar la quebrada al paisaje urbano. (Todavía en 1984, se seguían cubriendo quebradas en la ciudad).

Algunas construcciones de Medellín no alcanzaban a tener siquiera la edad de una persona adulta. La demolición del Centro nunca se detuvo. La avenida Oriental desmembró, sin paliativos, el Centro. Dejando cercenados sectores como Niquitao, Jesús Nazareno y el barrio Prado.

Cuando las flotas y los comercios de abarrotes se trasladaron a las terminales de transporte y a las centrales de abasto, Guayaquil, sin un proyecto para rescatarlo, se convirtió en una colección de muldares abandonados. El Centro se diluyó en la informalidad y Guayaquil empezó a llamarse El Hueco. Un nombre que es una gran metáfora de la ruina física de la ciudad, y de la emergencia de economías ilegales diversas. Vinieron a recuperarlo, a su manera, los comerciantes que tenían en el contrabando, y en otros negocios como la piratería, riquezas que les han permitido constituirse en una nueva elite, de gran poder económico, pero evasiva frente a las responsabilidades sociales y también avara en cuestiones de urbanismo.

En cuanto a ruinas, a los narcotraficantes no les debemos solo las acciones terroristas que tanto destruyeron en todo el país, sino además la última demolición del Centro. Medellín es quizá la única ciudad que se ha destruido para hacerle un metro. El primer gerente, Diego Londoño White, ya era un experto en lavar dinero en la industria de la construcción. Argumentando el flujo de pasajeros, sin detenerse en las observaciones de urbanistas, sin considerar los temas de tejido social e identidad, tomó la decisión de que el metro atravesaría el Centro con un viaducto de tres estaciones, incluida una en el corazón mismo de Medellín, el Parque de Berrío. Esa

última demolición de gran escala, otra herida de la que la ciudad no se ha podido reponer, tuvo como objetivo el mayor lavado de dinero del que hayamos tenido noticia a través de una obra pública. Londoño White les entregó el trazado a sus amigos narcotraficantes para que compraran los predios que él a su vez les compraría a valores multiplicados. Fue uno de los motivos que explican por qué el metro costó tres o cuatro veces más de lo que inicialmente se presupuestó. (Los paisas pagaremos hasta 2087 con la sobretasa de la gasolina y las rentas del tabaco los sobre costos derivados en mayor parte de corrupciones sucesivas).

De todas esas demoliciones, la única que devolvió espacio público y gracia al Centro fue la que, en la alcaldía de Juan Gómez Martínez, dio lugar a la construcción de la Plaza Botero, articulada al Museo de Antioquia.

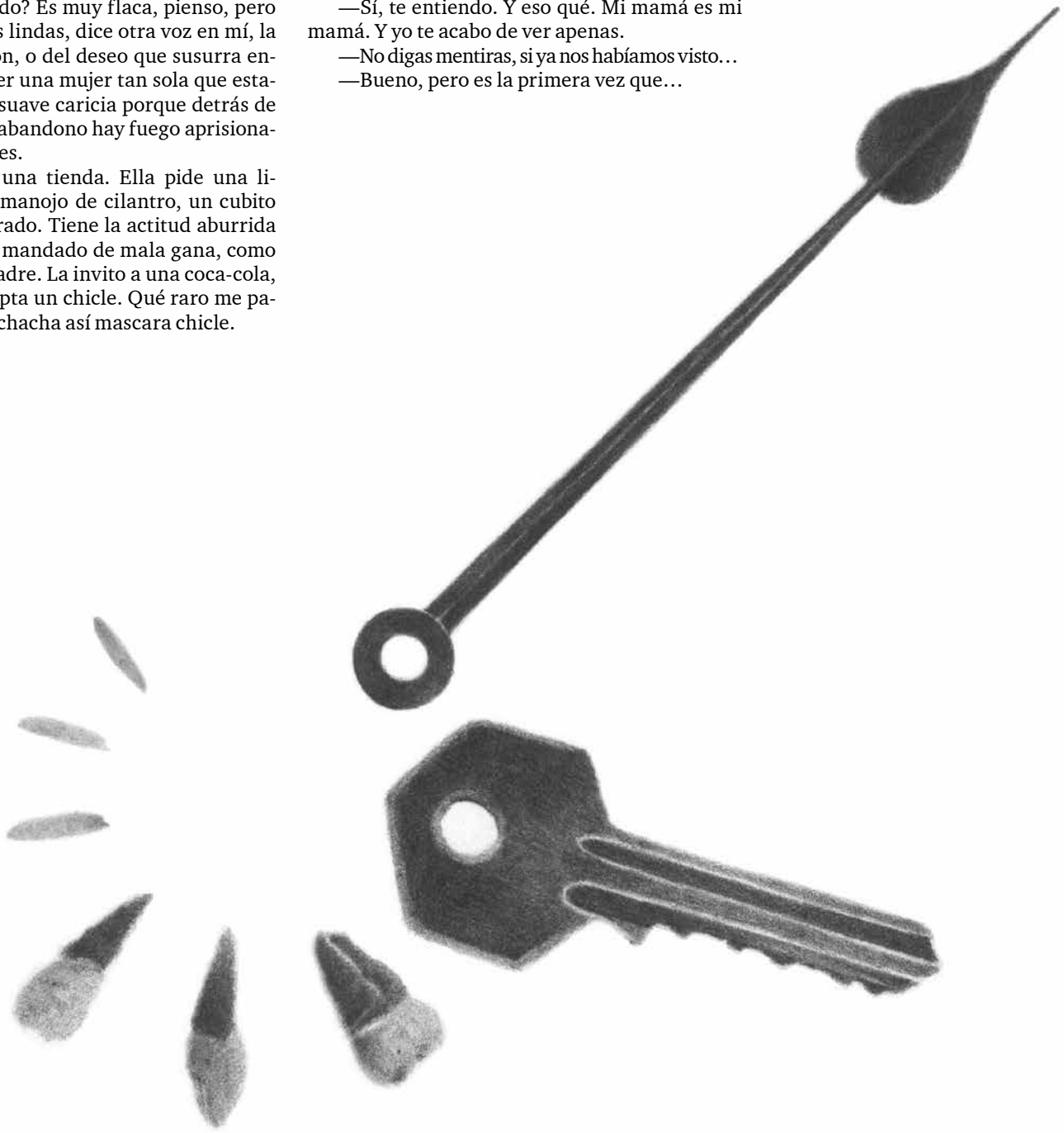
La ruina moral

No solo se destruyó la ciudad, a la par se desmoronó la estructura moral, no muy sólida por cierto, de nuestra sociedad sustentada en una religiosidad que cumplía la labor de control. No hago aquí una relación genérica y maniquea de la ruina física y la ruina moral de Medellín. No creo que el bien haya estado en algún lado y el mal en otro, separados por una línea definitiva. Pero es ineludible decir que las elites, las viejas y las nuevas, que por obvias razones tienen mayor responsabilidad, han sido inferiores al propósito de lograr una ciudad que sea pujante pero sostenible y amable en su configuración.

Por no contar con recursos sociales e institucionales, los grupos populares tuvieron, y siguen teniendo, las mayores pérdidas por los efectos del crimen. Mientras que los sectores con poder económico y político, aunque también fueron afectados, neutralizaron de mejor

por ALONSO SALAZAR J.

Fotografías: Juan Fernando Ospina



manera esas amenazas y crecieron sus fortunas en medio de estas turbulencias.

En Medellín varias nuevas “ciudades” se construyeron desde los años setenta. Una de clase media al occidente con mayor planeación. Y otras caóticas en el suroriente y el norte. Yo vine a conocer relativamente tarde la del suroriente, El Poblado, que terminó siendo un bosque de edificios. La relación fraudulenta del Departamento de Planeación, y luego de los curadores, y constructores se hizo evidente en los casos extremos de edificios que colapsaron o tuvieron que ser demolidos. Pero lo anómalo siempre ha estado presente en el “urbanismo” voraz, sin cuidado con la sostenibilidad ambiental, robándose los márgenes de las quebradas, privatizando terrenos públicos, sin las reservas para una trama vial suficiente, saltándose la mayoría de las veces las normas. Una ciudad construida con falta de sensibilidad y sistemáticas prácticas ilegales. (Todavía los constructores, sus gremios, regatean cuando se les plantea su responsabilidad en la construcción de la ciudad y la necesidad de preservar espacio público y ambiente).

En medio de ese Poblado, en los límites con Envigado, muy cerca de todos los centros de poder, aún existe Montecasino. Conocí esta mansión que había sido propiedad de los hermanos Fidel y Carlos Castaño cuando, en mi condición de alcalde, la Dirección Nacional de Estupeficientes me pidió que la administrara mientras se terminaba el proceso de extinción de dominio. Allí, sobre la avenida El Poblado, en un lote de 35 mil metros, aún existen, aparte de la casa principal, tres casas desvencijadas que dejan ver la sangre, el espanto, el dolor, la muerte que por allí pasó. Montecasino es un símbolo de la ruina moral de nuestras instituciones. Por este cuartel, primero del narcotráfico y luego del paramilitarismo, pasaron gobernantes, generales, empresarios, dirigentes políticos para entrevistarse con los hermanos Castaño, a quienes a pesar de ser de una familia de fratrícidas, consideraban como salvadores de la patria. Han dicho que los magnicidios, masacres,

desplazamientos eran una respuesta necesaria al daño excesivo de las guerrillas que por décadas destruyeron poblaciones e infraestructura, asesinaron, secuestraron. Lo grave del asunto es que esas alianzas para combatir a las guerrillas, e incluso a Pablo Escobar, permitieron que los “invitados” se asentaran en la institucionalidad, tuviesen aceptación social e incluso se convirtieran en socios de ricos tradicionales. Diría que todavía estos invitados —narcotraficantes, contrabandistas, bacrim— tienen excesiva influencia en las Fuerzas Armadas, la Policía y la Fiscalía de nuestra ciudad, logrando sorprendentes niveles de impunidad, lo que les ha permitido expandir sus sistemas de extorsión y muerte.

Yo conocí en detalle, en los años ochenta, la ciudad del nororiente, la de las laderas proletarias, construida más allá de Aranjuez con urgentes y sucesivas invasiones que dejarían al final barrios laberínticos con mínima infraestructura comunitaria y cero espacio público. En ese contexto también percibí la pérdida de la moral como base de las relaciones sociales. Constaté que los elementos de solidaridad que habían permitido una gesta comunitaria se estaban diluyendo y la escena la tomaban los jóvenes al mismo tiempo desarraigados de la historia, sin empatía con el pasado campesino de sus padres, pero sin perspectivas de inserción en una urbe que veían distante desde las alturas en las que vivían. Esa circunstancia la describió Víctor Gaviria lúcidaamente en la película *Rodrigo D. No Futuro*, a inicios de 1990.

Ante la falta de referentes sociales, algunos sectores, especialmente jóvenes, admiraron a Pablo Escobar por el mito de haber sido benefactor de los pobres, cosa que es apenas una pobre verdad, y por ser un guerrero que desafió al Estado. Escobar gastó poco de su patrimonio, organizó eventos de rejoneo en la Plaza de Toros y pasó la ponchera entre sus amigos para recoger dinero con los que dejó a medio hacer quinientas viviendas en el barrio que lleva su nombre, e iluminó canchas en barrios populares, todo esto en el marco de una campaña política en la que llegó

a ser congresista. Lo del Escobar benefactor de los humildes es una estafa. En lo único que Escobar derrochó fortunas fue en el narcoterrorismo, en acciones contra funcionarios del Estado, contra miembros de las elites y contra miles de ciudadanos de toda condición social, contra todos nosotros, hasta que su megalomanía lo llevó al desenlace de soledad y de derrota a manos de quienes habían sido sus aliados.

En los barrios los aprendices de los narcos, vigías de la identidad paisa, arrinconaron a los grupos de rock, punk y metal, las opciones contestatarias, y persiguieron iniciativas comunitarias diversas. Con la influencia de dolores heredados, de padres ausentes, del narcotráfico, de las guerrillas, en medio de un vacío existencial, se desató una avalancha de muerte que se llevó a decenas de miles de jóvenes. Aunque, con frecuencia, la violencia conlleva cambios radicales, a veces hasta revoluciones, la que vivimos en estas últimas décadas en las barriadas populares de Medellín ha sido de implosión, de las que revientan hacia adentro. Las milicias —las que jugaban a ser guerrillas y las que luego constituyeron las Farc y el ELN— completaron la tragedia. Eran tan eficaces en la limpieza social que contaron, con frecuencia, con el apoyo de las autoridades. Su último bastión fue la Comuna 13 en la que por cerca de diez años años ejercieron un poder, una caricatura de gobierno revolucionario, con sistemática violación de las libertades, de los derechos humanos y el derecho a la vida de sus habitantes. Como se sabe, esa historia se cerró con la Operación Orión con la cual las Fuerzas Armadas derrotaron a esas milicias. Sin embargo, la evidente complicidad con grupos paramilitares entronizó otro poder criminal y las denuncias sobre desapariciones tienen a algunos oficiales en procesos penales.

Escobar también cautivó a poderosos. A pesar de que ya se conocía su condición criminal encontró socios entre los caciques políticos de la región y algunos líderes nacionales. Los emergentes, que no eran solo los narcotraficantes, perdieron las formas, aquellas que modulan

en algo el comportamiento social, y se tornaron agresivos y procaces. No puedo olvidar la frase que algunos atribuyen a Bernardo Guerra Serna: “Quienes tengan dineros calientes tráiganlos que yo tengo donde enfriarlos”, algo así dijo. En las campañas locales y presidenciales ingresaron esos dineros calientes. En Antioquia casi todos los directores se involucraron con lo que sucesivamente se llamó narcopolítica y parapolítica. (Son más de quince los líderes políticos antioqueños de alto nivel condenados por este tipo de delitos).

La involución cultural

En una ciudad ensimismada, cerrada frente a la modernidad y las influencias foráneas, los pasos que se habían dado para una apertura cultural se desandaron para posicionar una uniformidad basada en la tradición. Elementos de la cultura popular y agraria —su iconografía, el caballo y el vestido paisa— se tomaron la escena urbana. Aunque la ciudad creció y se modernizó, muchos de los rasgos pueblerinos siguen entre nosotros, envueltos en una idea de superioridad regional, y sustentados en el conservadurismo religioso con el que se formó la primera identidad. Con pólvora, con alboradas, remembranza de las fiestas patronales, con fasto y fetiche pagano, la religión tuvo un nuevo apogeo.

Alfonso López Trujillo había asumido como arzobispo de Medellín, y pronto y aún joven logró ser cardenal. López Trujillo persiguió con severidad a los sacerdotes de la opción preferencial por los pobres que habían acompañado la formación de los barrios de invasión, y permitió, con evidente laxitud, la cercanía de sacerdotes con la religiosidad fetichista de los sicarios; incluso Pablo Escobar contó con el padre Elías López, una especie de capellán personal que lo acompañó en su cruzada contra la extradición y en actividades públicas cuando se quiso vender como un hombre de servicio a la sociedad.

Durante el periodo de López Trujillo, a lo largo de los años ochenta creció la religiosidad que incluía violencia

y devoción. El padre Arcila, párroco del santuario de María Auxiliadora en Sabaneta, se hizo famoso por los favores que de él recibían los feligreses como intermediario de María Auxiliadora. El culto del padre tomó tanta fuerza que llegó a hablarse de la Virgen de los sicarios. Luego la arquidiócesis convirtió en una institución los Martes de María Auxiliadora en todas las parroquias de Medellín. Por ello la antropóloga María Victoria Uribe habló de unas formas de catolicismo éticamente paganas.

El medio milagro

En los años noventa hubo más sociedad que Estado para reconstruir el tejido social. Sectores sociales tuvieron mayor conciencia y coraje para enfrentar el desbarajuste que los políticos tradicionales. Permítanme enumerar los esfuerzos de Ana María Cano y Héctor Rincón en la revista *La Hoja*; de María Emma Mejía en la Consejería Presidencial para Medellín; de organizaciones comunitarias como Convivamos, Nuestra Gente, Picacho con futuro, Barrio Comparsa, y otras como Fundación Social, Corporación Región, Penca de Sábila y Surgir; grupos culturales como el Matacandelas y Prometeo, organizador del Festival Internacional de Poesía de Medellín; sectores de la economía solidaria como Confiar.

Una vez López Trujillo se marchó a Roma en condición de cardenal, la iglesia dio un giro. Primero monseñor Héctor Fabio Henao y luego el padre Emilio Betancur, desde la pastoral social, enderezaron las acciones de la iglesia en una intensa actividad a favor de la vida y monseñor Darío Monsalve promovió el movimiento “No matarás”, que tuvo gran acogida entre los jóvenes.

Lo que se sembró en aquellos años se cosechó en el inicio del milenio, en administraciones que refrescaron el espectro político y social. La ciudad se desbloqueó, se desarrollaron proyectos urbanos significativos en entornos populares, se innovó en sistemas de transporte y se le dio relevancia a la educación y la cultura. Se habló entonces del milagro de Medellín, pero a mí me gusta más la definición de Francis Fukuyama, quien después de visitar la ciudad escribió el “Medio milagro de Medellín”. Porque nos permite tener orgullo de lo realizado, sin olvidar las deficiencias que tenemos como sociedad.

Nuevos desafíos

Ya casi finalizamos la segunda década del nuevo milenio y traemos a rastras los problemas del siglo XX. El proceso de transformación de Medellín parece haberse detenido. Tenemos un alcalde que ha logrado mantener altos índices de popularidad. Pero análisis independientes, como el de *Medellín cómo vamos*, indican que hemos retrocedido en muchos campos.

Para enderezar el futuro la tarea primera es levantar la bandera de la ética. Me pregunto: ¿cómo lograr que nuestros comportamientos sociales se ajusten a parámetros morales sin depender de la vigilancia del Estado? Porque la ley es eficaz cuando el conjunto de los ciudadanos la interiorizan. Desde luego no se trata de pedir mejores comportamientos a otros, como es común, sino de responsabilizarse de los propios.

A los viejos desafíos de la ciudad se suman los que vienen de aspectos como la globalización y el cambio climático. La densificación que nos exige el desarrollo de enormes zonas, por ejemplo en las orillas del río, para generar nuevos hábitats. La entrada en operación del Túnel de Oriente debería llevar a que en unos años cesen las operaciones en el aeropuerto Olaya Herrera, circunstancia que permitiría reconvertir cientos de hectáreas que hasta ahora han estado restringidas en su altura por las operaciones aéreas. ¿Con qué concepción urbanística se daría esa transformación? ¿Seremos capaces de construir una ciudad que nos brinde nuevos orgullos, con espacio para arboledas, parques, viento y el bienestar ciudadano?

Podría mencionar otras decisiones trascendentes de ciudad que deben tomarse en un plan ineludible que definirá la Medellín del siglo XXI. Es una gran posibilidad. Pero hay grandes amenazas. Hemos visto gobernantes que quieren dar zarpazos a terrenos que son patrimonio público para ejecutar negocios privados. Y hay razones para tener dudas de los beneficiarios de sus decisiones.

La mafia es nuestra mayor ruina moral. Aunque en Colombia utilizamos la palabra mafia para nombrar a los narcotraficantes, en realidad las mafias, en el origen siciliano del término, son las que se adhieren como una hiedra a factores de poder para dominar el Estado y absorber sus recursos. Mafia y políticos clientelistas se retroalimentan con innumerables e inusitados carteles. Ya los delincuentes no solo quieren extorsionar a los contratistas, quieren ser ellos mismos constructores de megaproyectos. Hoy en día en la región es constatable que grupos criminales manejan hilos del poder público en municipios importantes y que algunos de quienes gobiernan, a ojos vistos, son líderes de estructuras criminales. Y que, además, en la fuerza pública y en la justicia se ha hecho común el actuar desviado.

Por ello, para casi cualquier aspecto que queramos considerar sobre el futuro de la ciudad, lo prioritario es la lucha por la moralidad en las entidades públicas, incluidos el poder civil, el militar, el policial y el de la justicia. La lucha contra la corrupción nos debe brindar más y mejor Estado. Se necesita una reacción colectiva para que lo turbio que hemos aceptado como normal ya no lo sea. ☺



Gastronomía personalizada Embutido artesanal

Lunes a sábado:
12:00 m a 3:00 pm y 6:00 pm a 10:00 pm
Domingo: 12:00 m a 6:00 pm

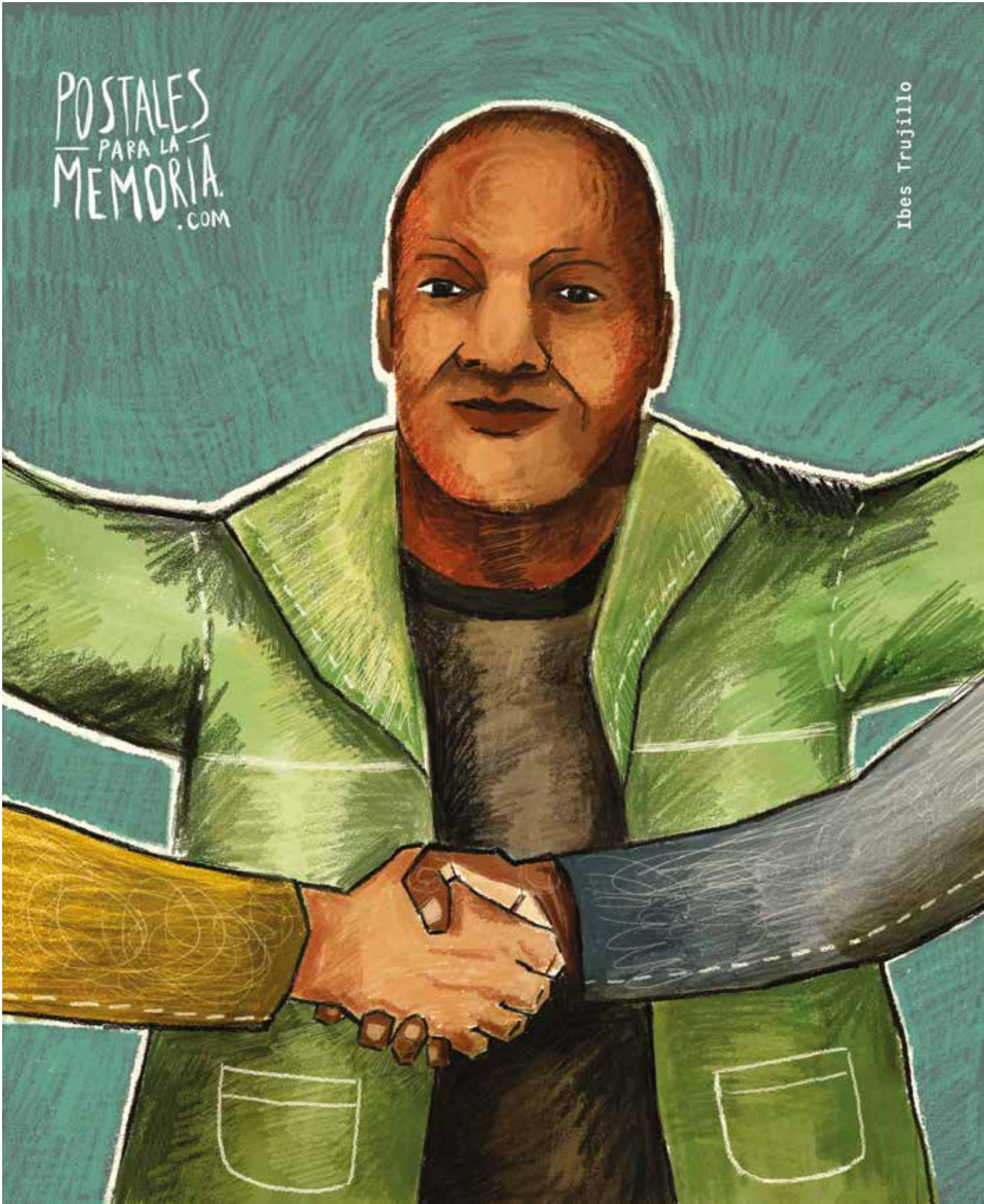
Cra 42 #54-60
Tels.: 5818538 - 3207908977



Ibes vuelve de noche

por CAMILO ALZATE

Ilustración: Víctor Ynamí –
postalesparalamemoria.com



1 **A** los muertos solo se les puede hablar en sueños. La noche del martes 10 de julio Celina Sandoval soñó que su compañero Ibes Trujillo, con quien había andado los últimos doce años, se marchaba llevando unos papeles bajo el brazo. Celina vio cuando salía por la puerta del rancho de guaduas mientras ella insistía que mereciera algo para el camino. “Mami, yo estoy bien”, dice que le decía Ibes en el sueño, “empáquemelo en una bolsita”. Y a ella le dio tristeza que su negro tuviera que comer por ahí, lamiendo una bolsa plástica, igual que un gamín.

Su compañero había partido desde el lunes por la tarde rumbo a una finca cafetera que trabajaba en la vereda La Alsacia, en la zona montañosa del municipio de Suárez, Cauca. “Voy para una reunión, pero no me la llevo por allá porque me demoro hasta el jueves”, le aclaró. Trujillo no iba solo: lo

acompañaba un muchacho costeño que se alojaba por esos días en su casa, según entendí había llegado a participar en algún proyecto con niños de las comunidades donde Ibes tenía influencia. Ibes amaneció en La Alsacia y madrugó a aserrar y cargar troncos para unas reparaciones de la finca. Conversaron por teléfono antes de mediodía, Celina recuerda que le recomendó tomar de remedio un agua de azúcar para una molestia que sentía. “Mami, voy a recoger una madera”, le contó Ibes, “voy a coger el caballo y lo voy a engarillar para bajar una madera”. Ese martes ya no hablaron más.

Al día siguiente Celina despertó y se ocupó en las faenas de la casa, preparó el almuerzo, charló con su hija. Ibes no se comunicó en todo el día, eso le pareció extraño porque él la llamaba cada media hora, a veces marcaba desde la tienda de Lucio solo para avisarle que se demoraba diez minutos, a pesar de que la tienda queda a menos de cien metros de la casa. “¿Por qué no me llama?”,

pensó ella, entonces le marcó varias veces pero el celular no reportaba cobertura. Celina jura que Tormenta, la yegua criolla que Ibes tanto quería y que dejó en un potrero aledaño al caserío, relinchó inquieta y briosa aquella tarde, como si estuviera angustiada. Esa noche Celina sintió que él regresaba y arroja desde la calle un terrón a las latas de cinc del techo para asustarlas como hacía siempre, pero afuera no había nadie.

2 Ibes Trujillo era un negro robusto con 54 años, tenía siete hijos, algunos ya bastante grandes. De ojos pequeños, de andar cojo, de un carisma inmenso, según relata la gente que lo conocía. Una vez, bajando de La Alsacia su camioneta volcó y el resultado fue una fractura en la cabeza del fémur. “Camionaba como descobalado”, recuerda Lucio, el tendero y dirigente comunal que lideró con él la invasión de un terreno rural en San Francisco, un pueblito de

negros y mestizos junto al río Cauca entre los municipios de Suárez y Buenos Aires. Cien familias, la mayoría desplazadas y víctimas del conflicto, ocuparon una propiedad de Cementos Argos el 1 de agosto de 2016. Allí construyeron ranchos como el de doña Estefana, la anciana negra que durante dos semanas arrastró guaduas sobre la cabeza para levantar su casa, donde vive sola, o como el de Celina, que tiene las paredes en tabla y una silla vieja de peluquería a la entrada. Esa fue la última pelea de Trujillo: luchar para que la alcaldía de Buenos Aires comprara el terreno y formalizara la que ellos llaman “urbanización primero de agosto”. “Ibes era un negro muy estudiado, se sabía expresar”, asegura Celina, “cuando la policía vino a desalojarnos él salió a hablar. Ese hombre fue tan decente con ellos”.

Ibes se pasó la vida luchando en causas parecidas. Conformó una de las primeras asociaciones de víctimas del departamento del Cauca; después lideró la fundación del Concejo

Comunitario Afrocolombiano de los ríos Timba y Marilópez; también se embarcó en una empresa comunitaria para producir café orgánico con otros campesinos de la región y todo el mundo cuenta que en esa vereda, La Alsacia, la misma donde tenía su finca, los pobladores nunca permitieron cultivos de coca, que abundan por los alrededores.

“Yo lo conocí peleando en Suárez contra la construcción del embalse de La Salvajina, con los temas ambientales, con la recuperación de tierras para la gente del norte, en los encuentros interétnicos con los movimientos indígenas”, me cuenta por teléfono un viejo líder afrocolombiano del Cauca que prefiere que no cite su nombre. “Era una persona con mucho carisma, muy asertivo y aplomado en sus conceptos, no hablaba mucho pero cuando hablaba era muy acertado en sus apreciaciones. Estuvimos juntos hace dos meses, en un evento que tuvimos. Él estaba muy comprometido con su comunidad y con los temas afro, concretamente con la reglamentación de la Ley 70, también con los procesos organizativos de Buenos Aires. Nosotros siempre hablábamos del riesgo, uno ya está acostumbrado. Y una de las cosas que siempre hablábamos era de fortalecer los nuevos liderazgos, y de ir a fortalecer el Concejo Comunitario de ellos, que fue uno de los últimos que se crearon en el Cauca”.

Además, Ibes Trujillo pertenecía al movimiento Marcha Patriótica, una organización cercana a las antiguas Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, hoy convertidas en partido político legal, por ello fue un firme defensor y promotor de los acuerdos pactados en La Habana entre esa guerrilla y el Estado colombiano.

3 La misma semana que Ibes se fue, Celina soñó que tenía un problema de linderos con otra vecina. Ambas reclamaban la propiedad de un lote pequeño de terreno cerca del caserío, en el sueño Ibes aparecía diciéndole que él había vendido ese lote por ochocientos mil pesos, que fuera a cobrar la plata, que era para ella.

Se habían conocido en 2006 durante unas marchas campesinas en el Caquetá, donde nació Celina porque sus padres, negros caucanos, habían emigrado para volverse colonos cerca de San Vicente del Caguán. Ibes, mujeriego y carismático, la sentenció: “Usted va a ser mi mujer”. Ella ya tenía una niña pequeña, por eso no le creyó. Pero a los días él regresó a buscarla: “La mujer con la que me voy a quedar es con usted”, le dijo, y lo cumplió, desde entonces vivían juntos para arriba y para abajo, en marchas, en reuniones, en asambleas. Él terminó criando la hija de Celina, con la que bailó el vals en la fiesta de los quince años como si fuera su padre.

El miércoles 11 de julio (o tal vez el jueves, ella no recuerda bien) unos hermanos y otros familiares de Ibes que estaban en Cali ya habían llamado a Celina muy preocupados pues nadie daba razón de él. Celina sabría después lo que contó el muchacho costeño que subió con él a la finca. Sabría que empujando la tarde del martes dos hombres y una mujer con armas largas los agarraron a ambos, les obligaron a montarse en un campero blanco y los condujeron montaña adentro hasta un campamento. Que allí los amarraron a unos árboles toda la noche. Que al muchacho lo soltaron de madrugada con la orden de bajar a la carretera para que se fuera en la primera chiva con rumbo a Timba, otro caserío cerca de San Francisco. Celina sabría todo esto de oídas, porque el muchacho llegó aterrorizado a su casa la mañana del miércoles, cuando ella no estaba, sacó el equipaje con la ropa y cogió el primer bus que apareció en la carretera. No la esperó para contarle.

Cuando todo se supo la comunidad envió dos personas a buscarlo a La Alsacia, pero un comando de hombres armados en un punto de la carretera no les permitió continuar. Hace un año recorrió esa zona. Hay que seguir una trocha de cuarenta kilómetros que empieza en el corregimiento de Timba, en los límites entre Cauca y Valle, remontando la cordillera occidental hacia el camino real del Naya, un corredor estratégico para el tráfico de cocaína hacia el océano Pacífico. Es la misma trocha que conduce al Espacio Territorial de Reincorporación de La Elvira, donde hay un centenar de excombatientes de las Farc que se acogieron al proceso de paz. No obstante, para llegar a La Alsacia se toma un desvío bordeando el río Marilópez, mucho antes del caserío indígena del Ceral, donde hasta hace poco hubo apostada una base militar. Es una región inundada de coca que se disputan bandas al servicio de los narcos, un frente del Ejército de Liberación Nacional que apareció recientemente y varios grupos de disidentes de las Farc.

Tras la firma de los acuerdos de La Habana, a finales de 2016, el Cauca se convirtió en el departamento más peligroso del país para los líderes sociales y defensores de derechos humanos. Esto tiene que ver con el profundo vacío de poder territorial que dejó la salida y desarticulación de las Farc, guerrilla que controlaba buena parte de sus montañas y regulaba los cultivos ilícitos y la minería ilegal. A la par —y en buena medida gracias al impulso del movimiento indígena— el Cauca también es una de las regiones con organizaciones populares más fuertes y cohesionadas. Desde las épocas del dominio omnipresente de las Farc, el poder armado y el poder comunitario solían intrincarse y confundirse en una tensión que con bastante frecuencia se

resolvía dejando algún cadáver en medio. No obstante, había una autoridad con la cual negociar. Ahora la violencia tiene mil cabezas y el Cauca se ha convertido en una tierra de nadie. “Existen unos poderes locales en torno al narcotráfico, a las economías ilegales, a la extorsión o circulación de armas, que se notan mucho en la reagrupación de grupos armados”, explica Edwin Mauricio Capaz, concejero de la Asociación de Cabildos Indígenas del Norte: “Muchos de los asesinatos y las amenazas están relacionados con ese tema del control territorial”. Según el Defensor del Pueblo Carlos Alfonso Negret, el Cauca registraba 81 líderes sociales asesinados a mediados de julio: la cifra más alta entre todos los departamentos del país, que aumentó en días recientes con el asesinato del exgobernador indígena Emiliano Tróchez, y los dirigentes campesinos Uriel Rodríguez y Huber Hoyos.

¿Qué problemas podía tener Ibes Trujillo? Intenté averiguarlo con una funcionaria de la Personería de Suárez, con varios líderes afrocolombianos de la zona, con un miembro de la Defensoría del Pueblo que estuvo en terreno durante su búsqueda, también con coordinadores de redes de derechos humanos regionales, pero nadie quiso referirse directamente del tema. Algunos reconocieron de frente que sentían miedo y que la situación era muy complicada. Un teniente de la policía local a quien contacté se negó a dar información porque, según él, no estaba autorizado. Un exguerrillero de rango medio que conocí a Ibes porque trabaja en la región dijo que tal vez en su caso se mezclaron deudas y problemas económicos con la militancia política, o que podría haberse ganado enemigos por la brutal arremetida que los nuevos actores armados están ejerciendo contra los programas de sustitución de cultivos ilícitos pactados en La Habana. Otro dirigente afro conjeturó que su secuestro podría estar ligado a la pertenencia al movimiento Marcha Patriótica, señalado y estigmatizado como el “brazo político” de la guerrilla. En un artículo de *La Silla Vacía* se aseguró, sin citar pruebas ni fuentes, que Ibes Trujillo era amigo cercano de un disidente de las Farc que se rearmó y se mueve en la región extorsionando a mineros y comerciantes.

“Mami, yo no le debo nada a nadie”, le había dicho Ibes a Celina. No obstante, ella cree que él iba a tramitar un esquema de protección con el gobierno nacional, pero había aplazado esa diligencia para cuando regresara de la finca.

4 Antes del domingo Celina volvió a soñar con Ibes. “Lo vi en un sueño como encerrado en un muchacho me decía, ‘no, él no es’. Pero yo pensé, ‘ese es’. Estaba atado, como en una esterilla”. Cuando

le contó la historia a una vecina aquella le dijo, “ay, no Celina, yo sé que Ibes está bien, él está en una reunión”, pero ya todo mundo andaba buscándolo. El domingo 15 de julio una manifestación con un centenar de personas escoltadas por la guardia indígena subió carretera arriba desde Timba hasta el lugar donde habían visto por última vez a Ibes Trujillo. Iban con pancartas, carteles y banderas blancas. El mismo grupo armado que impidió la entrada de la primera comisión trató de bloquear la marcha, pero esta vez eran tantos que al final tuvieron que dar permiso. Celina iba allí, fue quien reconoció el cadáver que hallaron en una zanja cerca del río Marilópez por la cicatriz y una manilla que ella misma le había regalado. Ese cuerpo era el de su negro.

A Ibes Trujillo lo enterraron el jueves 19 de julio en medio de una manifestación muy nutrida donde hubo discursos, lágrimas, gritos. Uno de sus hermanos dijo que no era justo que lo hubieran torturado antes de matarlo. Al día siguiente Celina recibió las primeras amenazas por teléfono. Otros vecinos de San Francisco cuentan que han llegado motos extrañas al caserío con personas desconocidas que hablan por celulares, mientras circulan por internet panfletos de las autodefensas y las Águilas Negras sentenciando de muerte a los líderes de la región.

“Voy a traerle una bimba a ver si vos sos capaz de sacarle crías”, le había prometido Ibes. Las bimbis son unas aves parecidas a los piscos, territoriales, agresivas. Celina escuchó mil veces las historias sobre las otras mujeres de su compañero, los cuentos de los hijos que se supone dejó regados en varias partes, los chismes de sus andanzas y conquistas. Cree que solo eran cuentos. “Fueron doce años con una persona que lo trata a uno bien. Con él tropellé mucho, pa todos lados. Pa todos lados me cargaba a mí”. Por eso llora todos los días, no duerme, intenta pensar que Ibes se fue de viaje, que volverá pronto y por eso la maleta no está en casa. Su hija a veces mira las camisas colgadas en la pared y se le vienen las lágrimas mientras dice, “negro, nos dejaste solas”. La última vez que Celina fue a Suárez se desbarató en llanto mientras almorzaba; la señora del restaurante le preguntó qué ocurría y ella solo atinó a contestar que su marido la llevaba a comer pescado allí.

En otro sueño Celina vio que Ibes llevaba un pantalón vinotinto y la camisa negra que le gustaba tanto. Él iba caminando por una playa, junto a una quebrada. Ibes le decía números y uno de ellos fue el 38. Ella jura que a veces lo siente a su lado, como si se le acostara en la cama, que lo escucha de pronto cuando le dice, “mami, yo estoy aquí donde Lucio, guárdeme comida”. ☹

*Esta crónica hace parte del proyecto Baudó Agencia Pública.



El circo del solazo

Fotografías de Jorge Restrepo Gil

Texto: SERGIO VALENCIA



1. Guy Laliberté, fundador del prestigiado Cirque du Soleil, cuenta que llamó así a su multimillonaria máquina de espectáculos en razón de que “el sol simboliza la juventud, la energía y la fuerza”. Aunque la frase es un tris de cajón, a Laliberté hay que reconocerle que empezó a rebuscarse la vida como tragafuegos en las calles de su natal Canadá, expuesto al sol; sí, pero al sol de por allá, que viene a ser un moco al lado del que convierte todo por aquí en un resisterio que achicharroña. En Canadá, de hecho, extrañan el sol. Aquí en el trópico taladra sin cuartel, ubicuo. Toca aguantarlo. Es un socio obligado que, por razones manifiestas, trastoca la palabra trabajar en camellar, y arde de tal manera sobre las cabezas que muy pocos logran acordarse de lo que simboliza. En justicia, aquí la tropa con funciones en los semáforos tendría que llamarse El Circo del Solazo.

2. No faltará quien diga que maromeros y malabaristas, funámbulos y payasos, danzarines y demás artistas del circo esquinero se la ganan muy fácil, y un taxista de esos sabiondos de seguro hará las cuentas de las monedas que recojen para sentenciar que, sin mayores méritos, alcanzan sueldos de altos ejecutivos. Por su parte, un refunfuñador profesional dictaminará que lo reunido se lo tiran todo en vicio, y una estirada dama bajará el vidrio polarizado de su camioneta para gritarles ¡estudien, vagos! El solazo recalienta, hasta el delirio.

Tampoco faltará el espectador de buen corazón que al darles la calderilla piense que al menos los cirqueros tienen cómo ganarse la vida, y una solidaria señora agregará a su aporte un consejo: muchachos, échense un buen antisolar. El solazo provoca visiones y espejismos.

3. Al Circo del Sol se le elogia por reinventar precisamente el circo; el impresionante diseño de sus escenarios y el alto nivel de su música marcan hoy la pauta. También se le aplaude por la decisión, tan humana, de no incluir animales en sus números, y, cómo no, por la capacidad mercantil que le ha permitido “conquistar el planeta”.

Si bien El Circo del Solazo tiene que batirse en los escenarios forzosos que la calle le presta por segundos, con el ineludible ruido por banda sonora, tampoco utiliza animales en sus espectáculos (exceptuando la cebra). Y por la necesidad mercantil ya se ven cirqueros en cuanto semáforo alumbra en el planeta.

El sol sale para todos, pero a una gran parte de todo le toca salirle al solazo. ☺





Fredy Serna
Musa nocturna
Acrílico sobre lienzo
150 x 251 cms
2018

El delito de la vagancia

La información que en el registro original anotó el fotógrafo Gabriel Carvajal acerca de estas fotografías es básica: “Indigentes y mendigos son dejados en libertad después de una batida realizada por la policía”. Las tomas son de 1944. En una de ellas, en la esquina superior, alcanza a leerse “inspección de permanencia”. De ese lugar salen, vigilados seguramente por los mismos agentes que los capturaron, cuatro hombres en harapos. El motivo de la detención no es claro: ¿robo? Tal vez, aunque ninguno parece altamente peligroso como los fleteros de hoy. Estos tipos, a lo sumo, habrán cargado con un pan de una vitrina. Si nos ceñimos a la nota que dejó el autor de las fotos, que dice que se trató de una batida, a estos cuatro hombres los debieron haber capturado por vagancia, que en Colombia estuvo castigada a veces durante el siglo XIX, y luego también durante el XX, aunque sin mucha claridad ni ortodoxia, dependiendo casi siempre de quien aplicara la norma: si al inspector no le gustaban los mendigos, los mandaba a la guandoca, solo para tener que soltarlos horas más tarde cuando alguien recordaba que no hay delito en ser un vago.



Fotografías de Gabriel Carvajal Pérez. Archivo BPP.

**En tu Éxito
todos los días**

ahorras

¡No solo los miércoles!

**Disfrutando +de 1000 productos
a precio insuperable,
los +baratos del mercado.**

¡Garantizado! o te devolvemos el doble de la diferencia.

exito.com

     018000 428800

éxito

para servirte

En el colegio se han fraguado las amistades más prometedoras y más peligrosas. Los salones de clase enseñan a medias crueldades e inocencias. Ser el fotógrafo personal de Pablo Escobar es una revelación que dura toda la vida. El Chino se encontró esa tarea cuando su antiguo compañero ya era dueño de un zoológico. Lo persiguió por plazas y piezas. Va un esbozo de la historia que un gracioso llamó las páginas antisociales.

El retratista de la mafia



Edgar Jiménez, el Chino, en billares Maracaibo. Juan Fernando Ospina, 2018.

A mí los Pepes me debieron haber matado. Todavía no entiendo por qué no me mataron —me cuenta Edgar Jiménez Mendoza, conocido como el Chino, mientras buscamos en la orilla de la vía, en un corregimiento cercano a Medellín, a un viejo amigo suyo con quien compartió sus días durante la época en que fue el fotógrafo privado de Pablo Escobar.

Es cerca del mediodía de un sábado soleado en tierra fría. El Chino lleva una camiseta tipo polo metida por dentro del bluyín, correa y tenis, el atuendo que más lo identifica. Tiene 68 años y mide un 1,74 metros. Usa gafas, lleva el pelo canoso un tanto alborotado y cuando uno le pone la mano en el hombro para saludarlo siente su cuerpo huesudo. Cuando lo recogí por la mañana en su casa en Aranjuez todavía estaba resacoso y no se acordaba de que el último mensaje de wasap me lo había enviado a la una y media de la mañana. Estaba jugando billar con unos amigos en un bar del Centro de Medellín, que además funciona como club de ajedrez.

Entre sus aficiones también están jugar o ver jugar ajedrez —sobre todo beber con los ajedrecistas—, y ha sido fotógrafo de algunos torneos internacionales. La discreta y trágica historia del ajedrez local —que no escapa a su capítulo relacionado con la mafia— lo ha tenido como uno de sus peones más persistentes.

Nos recomendaron que preguntáramos por el amigo del Chino —a quien le perdió la pista hace unos veinte años— en un hospedaje y tenemos la esperanza de que nos quiera contar la historia de cómo creó y editó, hace cuarenta años, cerca de quinientos números de algunas de las primeras revistas pornográficas de

Colombia, con nombres como *Cuerpos, Póster, Tabú, Póker, Faxx, Jeans*, distribuidas en toda América Latina por Editorial Televisa de México, y de las que el Chino fue fotógrafo en sus primeras ediciones.

Nos detenemos frente a un portón de madera pintado de blanco y el Chino se baja del carro. —Yo sufro de claustrofobia, ya no me aguantaba ahí adentro —me dice mientras cruza la calle y se dirige ansioso al portón que está cerrado con una cadena.

Tenemos la dirección del hospedaje, una foto de un perfil de Facebook —inactivo desde mayo del año pasado— y una fecha de nacimiento: 9 de junio de 1969, que no cuadra con las cuentas del Chino, quien nació en 1950 y lo recuerda como un contemporáneo suyo. Si el amigo hubiera nacido en ese año que aparece en su perfil, para 1980, cuando ambos se conocieron, hubiera tenido once años contra treinta del Chino. En la foto del perfil está calvo, con una incipiente barba canosa y unas gruesas gafas oscuras. Aparenta menos años de los que supone el Chino, quien además lo recuerda con pelo y más flaco.

O el año de nacimiento está equivocado o existe la posibilidad de que no demos con el hombre correcto y los anales de las primeras poses criollas de porno nos queden incompletos. Hasta ahora tenemos quince fotografías originales del Chino y dos ejemplares de dos revistas diferentes consignadas en un incipiente archivo sobre el erotismo local, guardado en la Universidad Nacional bajo responsabilidad del profesor Óscar Calvo.

Pero dichos ejemplares son de una época posterior a la participación del Chino, cuando la revista dejó de usar modelos locales —jovencitos y jovencitas de las comunas atraídos

por un pago fácil— y comenzó a publicar imágenes extranjeras en sus portadas. Y carecen de la picardía, el sabor y el color típicos de los cuerpos de nuestras laderas.

Ocho días atrás habíamos estado en un restaurante del occidente de Medellín preguntando por un pariente de Pablo Escobar, pues en una lujosa casa del barrio El Poblado donde vivió en los años noventa, los Pepes quemaron gran parte del archivo fotográfico del Chino. La casa de dos plantas, con piscina y gimnasio, quedaba ubicada en la urbanización El Diamante Nro. 1, en la carrera 42 con 16B Sur, al frente del Club El Campestre.

A eso de la una de la tarde del 15 de febrero de 1993 hombres armados intimidaron al portero, entraron, le rociaron gasolina a la casa y le prendieron fuego. Los reportes de prensa de la época dicen que solo se salvó de las llamas la piscina y se quemaron varias motocicletas, un kart, muebles, tapetes, esculturas, electrodomésticos, pinturas y varios originales de Picasso, Dalí, Grau y Botero. Veinticinco años después, los mismos que cumplirá de muerto Pablo Escobar este año, buscamos que aquel testigo de esa cacería nos cuente su versión de la historia.

En esa casa consumida por la venganza, el Chino tenía a su disposición un moderno laboratorio fotográfico que él mismo y su hermano Elkin le habían ayudado a construir al dueño cuando se interesó por la fotografía. El Chino fue instructor y cómplice en lo que se vislumbraba como una aventura empresarial.

—El laboratorio se salvó porque lo habíamos desmontado y lo habíamos llevado para una casa en Envigado, pero olvidé unos paquetes con muchos negativos. No recuerdo bien si los dejé en el cuarto donde estaba el laboratorio o en la biblioteca que quedaba en un nivel

por ALFONSO BUITRAGO LONDOÑO

Fotografías: Edgar Jiménez Mendoza

superior. Me parece que fue ahí, empacados en sobres de manila, donde los llevé debido a que el cuarto del laboratorio, que quedaba en el garaje, era húmedo y nos estaba dañando los equipos por los hongos —recuerda el Chino.

Si hay algo que se ha ignorado en esta manoseada historia nuestra del narcotráfico —que de solo mencionarla de nuevo a muchos produce hartazgo— es lo que vivieron gentes comunes y corrientes, quienes por distintas razones se encontraron o quisieron estar al alcance de las primeras ondas expansivas de un negocio desconsideradamente lucrativo.

¿Sentirán culpa por haberse dejado arrastrar por el imperativo deseo de hacerse ricos, por haber querido vivir rodeados de poder y opulencia o por haber cerrado los ojos frente al huracán violento que se levantaba en sus narices? ¡Ay, Señor, pero quién no ha pecado alguna vez por ambición o por omisión en esta tierra de devotos católicos! Quizás ahora quisieran que ese pasado fuera borrado de la faz de la tierra. Que les implosionaran la memoria con toneladas de dinamita —como se propone hacer el alcalde Federico Gutiérrez con el simbólico edificio Mónaco—, pero entonces dejarían de ser lo que son. Renunciarían a esa condición esencial de sus vidas de haber sido testigos de primera mano de una época con la que todavía se define nuestro lugar en el mundo.

El anuncio oficial de derribar el edificio Mónaco, clamor que acompaña una parte de la sociedad que no soporta ver las ruinas de lo que fuimos —así como le rehúye a la decadencia de sus cuerpos o a las imágenes de sus muertos—, conmueve porque confía ingenuamente en que la pólvora conseguirá borrar la culpa y la vergüenza que aún produce haber acogido y hecho florecer con tan violenta pasión un negocio que despertó tanta codicia e indolencia.

El apartamento donde vive el fotógrafo que conserva las imágenes de los años más ostentosos de la mafia está ubicado en un barrio tradicionalmente obrero y no tiene más de ochenta metros cuadrados, con tres habitaciones que comparte con Irma, su madre de 92 años, y seis perros recogidos de la calle. En la parte trasera del apartamento hay un pequeño patio que conecta con un local comercial, convertido en un miniapartamento donde vive su hermana Patricia, de sesenta años.

Todo el patrimonio del Chino está concentrado en su archivo fotográfico, que retrata nuestras costumbres ceremoniosas de finales del siglo XX. Así como un fin de semana podía estar tomando fotos de una primera comunión en una mansión donde los nuevos ricos de la ciudad festejaban con whisky a manos llenas; igualmente podía estar en un barrio popular fotografiando un bautizo en el que repartían arroz, ensalada de papa y mortadela en platos plásticos.

En una de las habitaciones, que funciona como su estudio, en la pantalla de su computador me muestra centenares de fotografías, desde las campañas políticas de la Anapo en Antioquia en los años setenta, pasando por la campaña de Pablo Escobar a la Cámara de Representantes en 1982 o la vida en la hacienda Nápoles, hasta imágenes de desmovilizados de distintos grupos guerrilleros.

Sigifredo de Jesús, el padre del Chino, fue un obrero raso de principio a fin. Operario textil en Coltejer, aplanchador de sombreros, taxista, y terminó manejando un camión distribuidor de carne hasta que se pensionó. Irma, la madre, ama de casa y modista.



Panorámica de Medellín en 1983. Mientras el Chino tomaba la foto, Carlos Lehder piloteaba el helicóptero.

—A ellos les tocaba luchar duro. Mi mamá tenía que coser y hacer los oficios de la casa. Fue una infancia de mucha pobreza, pero fácil, ¿sabés?, porque transcurrió en las calles, jugando todo el día —me dice con esa forma de hablar suya que a veces parece redactando, quizás en un intento de darle mayor claridad a su pronunciación enredada, que le valió el apodo del Chino.

Esa primera infancia la vivió en el barrio El Salvador, donde conoció a Amparo Molina, quien años después sería la madre de Silvia Carolina, su única hija, que hoy tiene 35 años. El Chino estudió la primaria en la escuela Boyacá, en el parque de La Milagrosa, y siempre ocupó el primer puesto entre sus compañeros. En 1963 ingresó al Liceo Antioqueño, donde compartiría salón de clase con un jovencito cuatro meses menor que se haría muy popular: Pablo Emilio Escobar Gaviria.

Estudiaron juntos los primeros tres años del bachillerato; en los que el Chino siguió siendo uno de los mejores estudiantes y Escobar empezó a ser reconocido por las gestas de su hermano Roberto Escobar, que se hacía famoso como ciclista. A partir del cuarto año, cuando ya tenían quince, sus caminos se apartaron. Pablo se volaba de clase para ir a cine, se robaba los exámenes de matemáticas de la sala de profesores para cambiar las notas y ejercía liderazgo entre sus compañeros. Empezó a mostrar sus propios “méritos”, pero perdió cuarto de bachillerato y tuvo que repetirlo en la jornada de la tarde. El Chino dejó de ser del grupo de los mejores estudiantes, pero le alcanzaba para avanzar sin problemas. Hasta que en quinto de bachillerato se interesó por la fotografía.

—Yo veía que Jaime Osorio y otro muchacho Naranjo llegaban al salón con todos esos negativos revelados. Averigüé y me dijeron que había un laboratorio de fotografía, entonces me metí. Lo dirigía Israel Berrío, el profesor de Física —me cuenta el Chino.

El ayudante del laboratorio era Antonio Betancur, un estudiante un par de años mayor, que también era monitor de Química y vivía en el barrio Las Palmas, muy cerca de donde el Chino había



María Eugenia Rojas en campaña presidencial en 1974.

pasado su infancia. Para esa época, finales de los años sesenta, gracias a los trabajos como mensajero y ayudante de joyería que había conseguido Elkin, el hermano mayor, la familia se había mudado al barrio Fátima. Con la ayuda de Elkin, el Chino se hizo a su primera cámara, una Fujica de medio formato que empezó a compartir con Antonio.

Después de visitar a su novia Amparo en El Salvador, el Chino pasaba a Las Palmas para visitar a Antonio, quien era el mayor de ocho hermanos, todos muy rumberos, encargados de mantener la

cuadra animada. Entre ellos, junto a otros muchachos del barrio, como Elkin Herrera y Nelson Cardeño, con quienes se fusionó tanto que los tres eran conocidos como los Chinos, encontró su gallada de adolescencia y los amigos que marcarían los encuentros más decisivos de su vida.

Con Antonio en el laboratorio del Liceo, el Chino fue aprendiendo los detalles del oficio de fotógrafo. Les tomaba fotos a sus compañeros en clase y a la salida del colegio; fotografiaba a su novia Amparo, que en las fotos que el Chino me muestra parece una modelo de



Pablo Escobar en la intimidad el día de su cumpleaños, acompañado de su cuñada.



Pionero del porno local. El Chino tomó esta fotografía para la revista *Cuerpos* a principios de los ochenta.

los años sesenta; y en Las Palmas a las jovencitas que se dejaban impresionar por su cámara. De esas me muestra sus primeros desnudos, que le hizo a una jovencita del barrio de nombre Omaira. Una conmovedora escena para un “pornonarcófotógrafo”, como lo llamaban en su época de mayor prestigio sus amigos de parrandas ajedrecísticas. El Chino siempre se consideró feo, pero con gracia para las mujeres.

Muy rápido se convirtió en asistente de Antonio, quien ya trabajaba como fotógrafo de eventos sociales, pero Antonio tenía problemas con el trago y muchas veces le fallaba el pulso y no podía cumplir con sus encargos. El Chino le cubría la espalda y para finales de 1968, cuando se graduó de bachiller, se había convertido en fotógrafo social. De eso hace cincuenta años.

En los primeros años de los setenta, uno de los hermanos Betancur lo invitó a una reunión de la Anapo con el entonces congresista Israel Santamaría —a la postre uno de los fundadores del M19, asesinado en Bogotá en 1984—, y así se hizo fotógrafo de campañas políticas. En sus fotos de reuniones de militantes de izquierda y manifestaciones de plaza pública con el general Rojas Pinilla, primero, y con María Eugenia Rojas, después, se puede ver el fervor popular que despertaba la Anapo en Antioquia.

Israel Santamaría, por su parte, le inculcó el gusto por el ajedrez y lo captó como militante del recién creado M19. El Chino hizo parte de una de las células que había en Medellín, donde aprendió la importancia que tenía saber conservar o destruir sus fotografías. Se convirtió en un hombre de absoluta confianza de los comandantes guerrilleros, característica que luego le permitiría trabajar para Pablo Escobar

durante casi una década y vivir para contar su historia. Ambos bandos sabían de sus lealtades compartidas.

En la vida del Chino se cruzan varias de las líneas que produjeron graves cortocircuitos en la historia reciente del país. Y sus fotos llegaron a abrir noticieros y ser portada de revistas. A mediados de octubre de 1993, a poco menos de dos meses de que Pablo Escobar fuera abatido, el entonces noticiero *QAP* sacó a la luz pública veinte fotografías en las que aparecían dirigentes políticos en compañía de Escobar, que habían sido encontradas en un sobre de manila oculto entre dos libros gruesos de la biblioteca del despacho del ex procurador delegado para la Policía Judicial, Guillermo Villa Alzate, destituido por sus nexos con el Cartel de Cali. En ese sobre había fotografías de las reuniones políticas y sociales que el Chino había tomado para el capo en la campaña de 1982. La revista *Semana*, junto con un análisis de “¿Por qué no cae Escobar?”, publicó su portada del 19 de octubre bajo el título “El lío de las fotos”, con una colección de las fotografías del Chino.

En 1980, con motivo de la conmemoración de un aniversario de la erección en municipio de Puerto Triunfo, Nelson Cardenio, vinculado familiarmente con un jefe conservador de la región y quien fungía como personero municipal, llevó al Chino para que tomara fotos (Cardenio luego fue secretario y relacionista público de Escobar y fue asesinado en un restaurante en las Torres de Bomboná en 1991).

Una vez en Puerto Triunfo, le pidió al Chino que lo acompañara a la finca del hombre más importante de los alrededores. Pablo reconoció con alegría a su antiguo compañero de colegio y lo recibió con un abrazo. De ese encuentro surgió una amistad y un primer encargo: fotografiar toda la fauna de la hacienda Nápoles. El Chino me enseña los primeros *brochures* que promovían la exuberancia de la hacienda, diseñados con fotos suyas.

Hasta que lo vio por última vez en 1989, en el cumpleaños número trece de Juan Pablo, el hijo mayor de Escobar, el Chino fue el fotógrafo de más confianza y que más íntimamente llegó a fotografiar al gran capo del Cartel de Medellín y a sus familiares y amigos cercanos, matones, trabajadores, empresarios y políticos incluídos.

Esa fachada en ruina del edificio Mónaco —con ese nombre principesco que hace pensar en costas azules y casinos glamurosos— es la alegoría de lo que fuimos y hoy nos avergüenza, las fotografías que el Chino conserva nos muestran cómo se vivía de puertas para adentro y quiénes participaban de la fiesta. Cuando el Mónaco ya no exista, y en su lugar haya un parquecito idílico, quedarán en pie, como monumentos de memoria, las imágenes de un fotógrafo social que retrató una época mafiosa. ©

*Este texto es un adelanto del proyecto ganador en la categoría de Periodismo Narrativo de la Convocatoria de Estímulos para el Arte y la Cultura 2018 de la Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín.

IMPRESOS COMERCIALES LA PATRIA

Celebra con Universo Centro



UC 01 - Noviembre de 2008



UC 100 - Septiembre de 2018

CONTACTOS
MANIZALES

Carrera 20 #46-35 • Teléfono: (6) 878 17 16 • Celular 320 727 3632
E-mail: impresoscomerciales@lapatria.com

IMPRESOS COMERCIALES
LA PATRIA

Impresión de periódicos, libros, revistas, publicomerciales • Producción de cajas plegadizas

Que el volcán no se haga lodo



poco a poco, al punto de encontrarse a menos de diez metros del mar y, por consiguiente, de desaparecer.

A lo largo de todo el corredor Caribe se encuentran unos 47 diapiros, pero sin duda, el de Arboletes es el más importante, al tener una altura de quince metros por encima de la terraza marina y un diámetro aproximado de doscientos metros, lo que lo convierte en el más grande del planeta y, a la vez, en el menos afortunado, pues sus muchos dolientes no tienen las herramientas jurídicas ni el poder económico para salvarlo.

Del turismo que promueve el volcán de lodo de Arboletes viven sesenta familias que venden artesanías, 340 mototaxistas, cuarenta conductores de motocarrros, los trabajadores de 75 establecimientos hoteleros y un número incalculable de venteros ambulantes.

El impacto económico, político y, sobre todo, cultural que produciría la desaparición del diapiro es inestimable. Pese a que Arboletes tiene otros sitios con gran valor turístico como Las Playas, Las Tinas y el río Hobo, sin lugar a dudas es el volcán el que atrae a más del ochenta por ciento de los turistas, por lo que es menester conservarlo y protegerlo, como hacen en otros países, en España por ejemplo, y como manda la Constitución Política de Colombia en sus artículos 72 y 360.

Hasta hoy, los entes gubernamentales han actuado de manera negligente ante la emergencia ambiental que padece Arboletes y su volcán de lodo, pero gracias a la acción ciudadana, la Asamblea de Antioquia, en cabeza de su presidente Santiago Martínez, ha tomado cartas en el asunto y ya se ha creado una comisión para investigar y determinar el alcance de la emergencia, y así mismo tomar acciones para salvar el recurso que tanta vida le ha dado a Arboletes desde aquel acto de arrojio y locura de Pipitá, en 1978.

Desde aquella vez que el Loco Pipitá se tiró al volcán de lodo atado a una cuerda por temor a hundirse para siempre, en 1978, el pueblo de Arboletes rejuveneció su tez, extirpando los rugosos granos que ya había empezado a dejar la violencia por obra y gracia de Los Tangueros y Los Mochacabezas.

Los arboletinos se sintieron felices por esa inefable dádiva celestial que, aunque tosca y repelente, como si fuera el estómago abierto de algún demonio atormentado por la más cruel de las cirrosis, tenía un encanto único y producía un bienestar rayano en la pachorra en quienes se atrevían a sumergirse en ese lodo primitivo.

Y ese pueblo, consagrado por años a la pesca y a la agricultura, sucumbió de repente y voluntariamente a las mieles del comercio y el turismo, pues la noticia se extendió por todo el Sinú, y de todas partes empezaron a llegar curiosos, buscafortunas, suplicantes y crédulos de todas las estirpes.

Si, Carlos Silgado, Pipitá, se zambulló en el lodo burbujeante y emergió cubierto de barro, rebosante de alegría y hasta con menos males en su cuerpo, según cuenta; y en adelante niños, jóvenes y viejos sucumbieron al delirio generalizado de meterse en el volcán, un “elemento

geológico singular”, según los que saben del tema, que se transformó en la principal fuente de economía y de historias fantásticas del pueblo y sus alrededores.

Que curó una psoriasis a una señora de San Rafael, cuentan los lugareños; mientras que un fulano de Vigía del Fuerte asegura haber encontrado el amor en el cálido caldo grisáceo proveniente del subsuelo; y otro, más avezado, jura que se quitó cinco años de encima, y hoy goza de su segunda juventud en una casita a la sombra de un caucho en Valencia, Córdoba.

El volcán de lodo, o diapiro, como también se le conoce a este elemento geológico singular, apareció de repente a mediados de los años setenta del siglo pasado, sobre una colina del pueblo y a un kilómetro del mar. Luego, gracias a las luces de los científicos, se supo que era una manifestación de las placas tectónicas Nazca, Caribe y Suramérica que forman largos cinturones subterráneos y correlacionados a lo largo de toda la costa Caribe.

El diapiro de Arboletes hace parte del cinturón del Sinú y posee componentes químicos muy valiosos para la investigación e, incluso, para la salud humana.

Pero el volcán estaba dentro de un terreno privado y, aunque por largo tiempo la gente tuvo acceso

libre a su sopa burbujeante, desde comienzos de los años noventa del siglo pasado un tipo rico, Moisés Reyes, entonces dueño de la empresa Santra, al ver que aquel lodo milenario no permitía sembrar ningún tipo de producto, vendió la tierra a Hernán Tobón y Guillermo Escobar Serna, quienes cuidaron alegremente del poro por veinticinco años, sin negarle sus propiedades curativas a los visitantes, hasta que Juan Carlos Tobón, hijo de Hernán, heredó el terreno, cerró el volcán y comenzó a cobrar por el acceso a la peculiar ambrosía cutánea a cuatro mil pesos por persona, dejando a los arboletinos boquiabiertos y aburridos.

Desde entonces se ha venido librando una batalla entre los actuales propietarios, más concretamente Juan Carlos Tobón, y las fuerzas cívicas de Arboletes, quienes reclaman, y con justa razón, el uso libre del volcán, pues se trata de un bien patrimonial, según el Acuerdo Municipal 007 de 1999.

Pero aunque los esfuerzos cívicos han sido pan de cada día, los pobladores de Arboletes no han encontrado eco a sus súplicas en la clase política, que hasta acá no ha movido un solo dedo para salvaguardar el volcán que, desgraciadamente, por culpa de la deforestación y el latifundio campante, se ha venido erosionando

Encuentra toda la oferta cultural y entradas para teatro, conciertos y eventos de Medellín en un solo lugar:

..... www.salallena.com

Salallena

#SomosTercos



Afuera de la plaza

por LUIS FERNANDO GONZÁLEZ ESCOBAR

Fotografías: Álbum de la Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín

Las historias urbanas como las cartografías parten del centro a las periferias. En pocos casos los mapas dan cuenta de lo que está por fuera del reconocimiento oficial. Unas veces los bordes de los mapas se simplifican, se vuelven difusos, pierden claridad; otras, son rotundos, definidos por diversos límites institucionales, ya sean carreteras circunvalares, cotas de servicios, perímetros verdes, jardines, fuera de los cuales no se reconoce la existencia de nada. En cualquiera de los casos son habitados por fuera de donde se ejerce el poder, del escenario para los rituales y controles

religiosos, políticos o sociales, incluso, en los umbrales entre legalidad e ilegalidad.

Mientras la historia oficial niega y olvida, la forma urbana incorpora y borra. Pero hay casos en los que las memorias quedan inscritas como vestigios de otras historias no contadas. Fragmentos que resisten y que desde su condición singular nos obligan a mirar con más detalle, a profundizar y comprender dejando de lado lo inmediato y aparente. ¿Qué es la calle Barbacoas, con su recorrido sinuoso y su marginalidad dentro del Centro de la ciudad? La pregunta siempre me inquietó. Ahora entiendo que su actual extensión

muestra apenas unos tramos de una más calle más histórica y marginal, condición que aún mantiene pese a que hoy es parte del Centro histórico, y a los intentos por reglarla, tanto en la traza como en las normas del decoro y las buenas costumbres urbanas.

Cuando Francisco de Paula Muñoz en 1870, casi cuatro años antes de escribir *El crimen de Aguacatal*, por el cual se lo considera un pionero del reportaje en Colombia, realizó una memoria descriptiva de Medellín que se publicó en la *Crónica Municipal*, hizo referencia a cada una de las quince calles transversales que cruzaban la ciudad de norte a sur, y las trece longitudinales, que lo hacían de oriente a occidente. Como buena parte de las descripciones posteriores, fue minucioso en destacar lo que contenían las calles principales que estaban cercanas a la plaza principal y escueto en las calles más alejadas. Cuando describe el límite norte de la villa lo hace de la siguiente manera: “Hay en Villanueva, que es el nombre dado a la parte habitada en la banda septentrional de la quebrada, tres calles longitudinales anónimas y la de Barbacoas que es el límite de la ciudad por aquel lado”. Era apenas razonable que las tres calles que daban a la nueva plaza, que luego sería transformada y convertida en el Parque de Bolívar, no tuvieran nombre pues estaban recién trazadas y construidas, contrario a Barbacoas que ya era una calle antigua, la frontera urbana al norte, la que menciona pero no le da ninguna importancia y por tanto no la describe. Lo mismo hizo al momento de la descripción de la calle Girardot, la que consideraba que simplemente remataba en una calle sin nombre, en el mismo barrio El Chumbimbo que, con su sonoro nombre, no pareciera formar parte del plano urbano descrito, en tanto señalaba Muñoz no tenía nombre oficial. Estaba pero no era. El nombre vulgar no era comparable con los nombres patrióticos otorgados a las demás calles principales, por lo tanto allí no habitaban personajes, ni contaban con arquitecturas significativas, no había nada que resaltar. Solo anonimato.

Las crónicas y las historias de Medellín narran el crecimiento hacia el norte cuando se construyó el puente sobre la quebrada Santa Elena, superando así este límite al prolongar la denominada calle del Resbalón para convertirla en la carrera Junín, que remataba en la plaza de Villanueva, descrita por el mismo Muñoz como “espaciosa, regular y reciente... un cuadrado de 150 metros de lado, excluyendo el espacio que ocupará la iglesia que se pretende construir; el piso ha sido recientemente nivelado y encasajado; y está rodeado de árboles recientemente sembrados”. La plaza era el centro del proyecto de urbanización que se promovió desde 1848 en tierras del inglés Tyrrel Moore, las que la historia rosa dice haber regalado a la ciudad. Al proyecto se le llamó Nueva Londres, pero se le conoció “vulgarmente”, al decir de Muñoz, como Villanueva; no obstante este era un proyecto que reemplazó a otro aprobado por el Cabildo en 1837 y que se comenzó a trazar en 1840, promovido en gran medida por los emergentes artesanos que para entonces comenzaron a tener importancia política y llegaron hasta aquella instancia pública.

El proyecto de Nueva Londres con su traza y pretensiones de un barrio burgués negaba todo el poblamiento anterior. Se ha dicho que entre las quebradas Santa Elena y La Loca no había mayor poblamiento, y los cronistas dan cuenta de algunas casuchas de pobres, de mala factura e infectas, a las que se llegaba por caminos estrechos y pedregosos o por lodazales. De ahí que surgía allí una Villanueva, cuando en realidad había una amplia ocupación cuyo arco espacial iba desde el occidente, con el camino de Guarne, hasta encontrarse al norte con la calle Barbacoas; esta era el límite norte y se prolongaba hacia el occidente hasta encontrarse con el Camino del Monte (hoy carrera Bolívar) que era la salida al norte de la antigua villa, cruce donde estaba ubicada una guarnición, al



Panorámica de Medellín en 1910. Al fondo, el camino.

lado de la cual se ubicó el primer cementerio. La calle Barbacoas se prolongaba más al occidente hasta cruzar en la parte baja de la quebrada Santa Elena, para salir arriba de la iglesia de San Benito.

Pero había dos cosas relevantes en este gran espacio ignorado. La primera, que allí estaba contenido el barrio El Chumbimbo, limitado por una calle del mismo nombre por el oriente (hoy la carrera Girardot), la calle Barbacoas al norte, el camino de Guarne al oriente y al sur la quebrada Santa Elena, pero el cual era cruzado por un callejón paralelo a la Santa Elena, conocido como Niguateral, luego calle El Guanábano (hoy Maracaibo), que se encontraba con el camino de Guarne en donde hoy es el Parque del Periodista. Esta parte fue conocida en una época como barrio Guarne, pues era la salida de Medellín por el camino de Guarne, que luego de encontrarse con la calle Barbacoas, se llamaba camino de La Ladera, para dar inicio al ascenso bordeando el cerro Pan de Azúcar, llegar al Alto de Mora, la laguna de Guarne y seguir por la ruta del altiplano del oriente.

Precisamente la segunda cosa relevante es que las orillas del camino de La Ladera eran habitadas y en ciertos puntos había barrios y lugares con una importante población como La Aguadita —hoy parte del barrio Enciso—, el Pasaje del Infante o el Callejón del Mico. Lugares singulares no solo por su nombre, sino por la misma configuración de los sitios o las actividades que desempeñaban sus habitantes; por ejemplo, el Callejón del Mico era una calle tan estrecha que solo tenía 1.80 metros de ancho y apenas ochenta metros de largo, pero era “profusamente habitado”, como lo narró Alberto Bernal Nicholls en su *Miscelánea sobre la historia usos y las costumbres de Medellín* (1980); mismo que nos dejó constancia de que La Aguadita, por el nombre de la quebrada, era un barrio muy poblado y lo habitaron “tejedores de lana que fabricaban alfombras y gualdrapas y objetos preciosos por su delicado tejido y por la variedad y combinación de colores”.

Una población formada por mulatos, mestizos, negros libertos o blancos pobres, pero que no fueron tenidos en cuenta por su condición social, considerada inferior, no solo por el color de su piel sino por sus apellidos, como bien lo describió uno de los cronistas de la ciudad, Carlos J. Escobar, en *Medellín hace 60 años* (2003), escribiendo desde su propia centralidad: “Después de la dicha ‘quebrada’ de ‘La Loca’, había un pequeño caserío compuesto de ocho o diez ranchos de bahareques y techados con pajas, donde vivían las familias de los Chalarcas, los Veras y los Vegas, pero no pertenecientes aquellos apellidos, ni a los Alarcas, ni a los de Vera, ni a los de Vega, no, ellos eran

del arroyo de ‘La Loca’.”; además de no tener apellidos ni abolengos eran tenidos por peleadores y cada sábado según el cronista resultaban dos o tres heridos entre ellos mismos. Pero, en general, por aquellos asentamientos periféricos estaban los labradores, jornaleros, arrieros, tratantes, talabarteros, plateros, sastres, tejedoras, maestros de obra, tapieros, herreros o músicos de Medellín. El camino era el que posibilitaba comunicarse con la ciudad, y permitía por igual llegar a las fincas y casas de campo como la famosa de La Ladera, o a los ranchos, casas o barrios como los descritos, en donde también se ubicaban talleres, tenerías y guarnecerías, lo mismo que pulperías, tiendas, estanquillos y cantinas, de las últimas algunas que se hicieron famosas como La Mar y sus Conchas.

Allá afuera de la plaza también había vida. Los caminos que salían de la misma o llegaban a ella, desde el sur por el camellón de Guanteros y La Asomadera; el oriente, por la Santa Elena o por La Ladera; el norte, por el Camino del Monte y el Llano de los Muñoces, o desde occidente, por la calle por real de San Benito, eran habitados por aquellos que cumplían los oficios en sus propias viviendas, en los sitios inmediatos —ya en los tejares o los salados—, pero también por los que iban a trabajar en los oficios de las casas del marco de la plaza o a vender lo que producían en el mercado de la plaza, primero en la principal, luego en la de Flórez y después en Guayaquil. Ese era el mercado formal. La ruta que llevaba a la plaza, a la misa y al control policivo.

Pero había otras rutas que no pasaban por la plaza, y una de las principales fue la San Benito-Barbacoas-La Ladera; esta ruta de occidente a oriente, luego de pasar el río Medellín, no seguía el camino real, sino que se evadía por un callejón lateral en el barrio San Benito para vadear la quebrada y conectar con Barbacoas. Ruta de contrabando de mercancías, armas y, sobre todo, licores, especialmente después de 1788 cuando se instaló la fábrica de aguardientes en Medellín, por lo cual se incrementaron los controles para evitar los fraudes. Tanto en Sopetrán al occidente, al norte en Barbosa, como en Guarne al oriente era famosa la producción doméstica e ilegal de aguardiente y tapetusa, de ahí que esta fuera una de las rutas socorridas para evadir y aprovisionar, y de ahí también los intentos de control con la ubicación de los guardas de estancos por estos lados del norte.

Pero la calle de Barbacoas, con sus conexiones de El Chumbimbo, Guarne y La Ladera, fue lentamente incorporada al orden urbano y a la estructura formal, iniciando por la conversión de El Chumbimbo en la carrera Girardot, y El

Guanábano renombrada calle Maracaibo; siguiendo con la construcción de la nueva catedral en el barrio Villanueva, levantada sobre la propia quebrada La Loca, y la apertura de nuevas calles que implicó que los Chalarcas, Veras y Vegas no se extinguieran en las peleas semanales sino que fueran desplazados junto a sus vecinos. De la nueva catedral en construcción hacia el oriente, sucesivas urbanizaciones fueron eliminando los trazos originales de la calle, ya por el nuevo barrio Boston alrededor de la plaza Sucre a partir de 1888, entre el Camino de Guarne y la quebrada La Aguadita; o el barrio La Independencia promovido por Manuel de J. Álvarez en 1898, que supuso el desarrollo de la avenida Echeverri precisamente sobre la misma Barbacoas cambiando su nombre y rectificando tres cuadras con un ancho de veinte metros, hasta el cruce con Girardot; luego este mismo promotor realizó el barrio Majalc, acrónimo de su nombre; entre 1904 y 1919, el barrio La Ladera, que incluyó la apertura de la calle Cuba, sobre la que quedó la casa de Heliodoro Medina (hoy teatro del Aguila Descalza), construida mucho antes del desarrollo del barrio Prado; y, a partir de 1920, la construcción del barrio Villa Hermosa, que termina por ordenar, higienizar y barrer los antiguos asentamientos del camino de La Ladera. Lo mismo sería de la catedral hacia occidente, desde 1872 con la apertura de la calle La Paz, detrás de la catedral, y así sucesivamente con la prolongación de las calles que conectaron el Parque de Bolívar con el nuevo y residencial barrio Prado en la década de 1920, especialmente las carreras Ecuador y Palacé; al igual que la apertura de la avenida Juan del Corral en 1932, que sirvió de corredor a la Exposición Industrial que ese año tuvo como sede los pabellones del Hospital San Vicente de Paul; o el ensanche de Carabobo en la década de 1940.

Así, las nuevas aperturas, ensanches y rectificaciones aportaron su parte para que la calle Barbacoas fuera perdiendo su continuidad. Cada vez más cercenada no podía percibirse en su totalidad, quedando reducida aparentemente a unas pocas calles. Pero basta mirar el mapa de Medellín, desde la calle Tejero, en la plaza Rojas Pinilla, siguiendo por la llamada calle del Calzoncillo, hasta la parte más reconocida de la calle Barbacoas pasando por detrás de la catedral, salvando la avenida Oriental hasta la avenida Echeverri y continuar por Enciso arriba... para entender su lógica y la permanencia en sus fragmentos de unas determinantes geográficas, históricas y, aun, sociales. Todavía en el Centro siguen habitando las periferias, ahí por los laditos... ©



La calle en 1910.



Where is the love. Pedro Ruiz, 2006.

El fin del glifosato: una historia personal

por ALEJANDRO GAVIRIA U.

Voy a escoger un momento arbitrario, caprichoso, para iniciar esta historia, una historia de final incierto, una historia de nunca acabar.

No recuerdo la fecha con exactitud. Pero sí el mes y las circunstancias: noviembre de 2014 en las horas previas a un debate parlamentario sobre las fumigaciones aéreas con glifosato. Me reuní con los expertos en salud ambiental del ministerio y del Instituto Nacional de Salud (INS). Oí atentamente sus presentaciones, la manera como resumían una literatura compleja, a veces contradictoria, a veces inaprensible.

No soy un experto en el tema, pero conocía en detalle un estudio reciente, realizado por algunos de mis antiguos colegas en la Universidad de los Andes, el cual mostraba, a partir de una comparación ingeniosa entre la salud de los residentes en una franja a diez kilómetros de la frontera con Ecuador (donde no se fumigaba) y la salud de los residentes por fuera de la franja (donde sí se fumigaba), que las aspersiones con glifosato estaban asociadas con más abortos espontáneos y una mayor prevalencia de enfermedades dermatológicas y respiratorias.

Expuse las conclusiones del estudio, defendí el método estadístico del artículo de marras ante la mirada escéptica de los epidemiólogos de medio gobierno. Comprendí, entonces, que la defensa del glifosato hacía parte de la inercia institucional, del discurso oficial; que los técnicos llevaban mucho tiempo defendiendo una postura y no iban a dejar que un sucio dato arruinara una narrativa precisa que había tomado muchos años en construirse.

El debate parlamentario no salió bien. Apelé a la ambigüedad estratégica, a la tibieza para conciliar mis convicciones con las recomendaciones de los expertos. Los congresistas señalaron con razón que el glifosato, para el gobierno de Colombia, parecía afectar la salud de los ecuatorianos, pero no de los colombianos. “Somos el único país del mundo que fumiga, que para matar la mata que mata, mata a su gente”, dijo uno de ellos. “La evidencia no es definitiva”, era la

línea oficial. Pero cualquier epidemiólogo sabe que la ausencia de evidencia no es evidencia de ausencia.

Cuatro meses después del fallido debate, recibimos una noticia inesperada. La Agencia Internacional de Investigación sobre Cáncer (IARC) acababa de publicar los hallazgos principales de una monografía sobre las propiedades carcinogénicas de varios herbicidas. La conclusión principal era clara: “La exposición al principio activo glifosato está relacionada con: linfoma no-Hodgkin en humanos y carcinoma tubular renal, hemangiosarcoma, tumores en piel y adenoma pancreático en animales de experimentación (ratones)”.

Recuerdo que el viceministro de Salud entró de manera intempestiva a mi oficina y me dijo: “Ya no tenemos excusa, no hay forma de defender las fumigaciones”. Entendí, por supuesto, que ya no había espacio para posiciones dubitativas, que el escepticismo estratégico (la posición oficial por décadas) era insostenible, pusilánime casi. “Tengo que hablar con el presidente”, dije.

Tres días después, en Cali, al final de un día atareado, en medio de una charla informal, le mencioné el asunto al presidente Santos. “Yo quiero tomar esa decisión”, me dijo. “Hagan todo lo que tengan que hacer”, insistió. El general Naranjo hizo parte de la conversación, escuchó los argumentos con atención y sentenció sin reservas: “Estoy de acuerdo, es una decisión inaplazable”. Lo decía un oficial que había estado al frente de las fumigaciones por años, que había fumigado, digámoslo así, más de un millón de hectáreas.

Me tomé en serio la voluntad presidencial. Reunimos el equipo del ministerio. Repasamos la monografía (fuimos el primer gobierno del mundo en conocerla). Revisamos los argumentos técnicos y jurídicos. Escribimos un breve artículo (gobernar también es escribir) y nos lanzamos al agua. O mejor, al fuego (amigo y enemigo).

Tres días después los noticieros de televisión anunciaban con estruendo que el ministro de Salud iba a pedir la suspensión inmediata de las fumigaciones aéreas con glifosato. Esa misma

noche, alrededor de las diez, me llamó el entonces ministro de Defensa Juan Carlos Pinzón en tono airado, quejumbroso, ministerial. “Me enteré por las noticias”, me reclamó. “Mi jefe es el presidente”, respondí con el peso que a veces tienen las obviedades.

Semanas después se reunió el Consejo Nacional de Estupefacientes (CNE) en medio de un frenesí mediático, de cámaras y reflectores: la civilización del espectáculo ha olvidado que “la historia suele ser pudorosa, esconde sus fechas esenciales”. El fiscal Eduardo Montealegre hizo una larga disquisición jurídica en favor de la suspensión de las aspersiones. “Creo en la eficacia de las aspersiones, pero, en cualquier ponderación razonable, primero debe estar la salud de la población”, explicó con elocuencia. Había olvidado un detalle fundamental: las aspersiones se habían tornado ineficaces y eran, además, ineficientes: había que fumigar treinta hectáreas para erradicar una sola de forma definitiva.

Seguidamente habló el procurador Alejandro Ordóñez, hizo una larga intervención, circular, repetitiva, por momentos exasperante, a veces fascinante en su grandilocuencia, en su santanderismo exaltado. Habló más de una hora sobre el imperativo ético de combatir el narcotráfico por todos los medios disponibles.

Juan Carlos Pinzón pidió disculpas (sutilmente) por la posición del gobierno, por la renuncia o el abandono de un instrumento imprescindible en una guerra inaplazable. A los pocos días, cabe recordarlo, dejaría el ministerio en medio de una controversia que aún no termina. Yo expuse los argumentos ya insinuados. Me los había aprendido de memoria. Los había repetido tantas veces que sabía, incluso, adornar el alegato con silencios dramáticos y énfasis retóricos.

De un lado, dije, están los argumentos científicos, la presencia de un hecho científico nuevo: 17 expertos de 11 países revisaron 403 estudios y concluyeron que existe una “asociación positiva” entre glifosato y cáncer en humanos, y un “nexo causal” en animales. De otro lado, enfaticé, están los argumentos jurídicos, la jurisprudencia repetida de la

Corte y la misma admonición de la ley estatutaria en salud: “El Estado tiene la obligación de abstenerse de afectar directa o indirectamente el disfrute del derecho fundamental a la salud [...] y de no realizar cualquier acción u omisión que pueda resultar en un daño en la salud de las personas”.

El CNE decidió el fin de las aspersiones. Desde octubre de 2015 no se ha fumigado una sola hectárea. En el Congreso, en muchos foros, en varias entrevistas y programas de televisión, tuve que explicar repetidamente, con un exceso de pedagogía, las razones por las cuales se suspendían las aspersiones aéreas, pero continuaban los usos agroindustriales del glifosato. La aplicación del principio de precaución, argumenté,



Cultivos de coca en el cañón del río Timba. Diego Valencia, 2018.

es compleja, depende del contexto social e institucional: en el caso de las aspersiones de cultivos de coca hay varios agravantes: las hace el Estado y afectan una población pobre, sin medios alternativos de sustento y que no puede gestionar el riesgo.

Un jardinero, por ejemplo, puede, mediante normas conocidas de seguridad laboral, disminuir ostensiblemente el riesgo asociado a la exposición. Un campesino no, el glifosato cae del cielo en grandes concentraciones, de manera intempestiva, azarosa.

Estos argumentos nunca convencieron a los ya convencidos de lo contrario, a quienes señalaban que los argumentos de salud pública eran un barniz conveniente para una decisión política en favor de las Farc. Tres años después del fin de las fumigaciones, los críticos siguen levantando el índice acusador y elevando sus voces: “Lo dijimos”, dicen. “Estamos inundados de coca”, señalan con cierta satisfacción perversa.

El debate es complejo. Las causas del aumento de los cultivos de coca son múltiples, incluyen la devaluación (que siempre impulsa las industrias exportadoras), las expectativas de una compensación a quienes erradicaran (una consecuencia indeseable de una política razonable) y la misma caída del precio del oro (que aumenta la rentabilidad relativa del narcotráfico). El fin de las aspersiones pudo haber incidido, pero los expertos coinciden en que no ha sido el factor preponderante.

Sea lo que fuere, el tema se ha vuelto a poner de moda. El nuevo ministro de Defensa ha mencionado, nuevamente, la inocuidad del glifosato: “Yo les voy a contar mi experiencia como agricultor, yo no he conocido un mejor herbicida que el glifosato, no existe (...) El herbicida que se usa en Colombia es glifosato, usted entra en cualquier almacén y ahí está”. El empirismo vulgar ha sido recurrente en este debate. Casi veinte años atrás, Néstor Humberto Martínez, hoy fiscal, había amenazado con bañarse en glifosato, con echarse un baldado frío del herbicida en la cabeza.

Adicionalmente, la fumigación con drones ha surgido como una alternativa. Participé en los debates al respecto. Nadie lo decía explícitamente, pero muchos pensaban que esta opción era marginal, infructuosa, casi desesperada, un intento no por resolver el problema, sino por aparentar que se estaba resolviendo, pura retórica de la acción.

Al final de una de las últimas reuniones le oí a un militar curtido en la lucha antinarcóticos una frase que resume el problema: “Esta guerra hay que seguirla dando, pero por el camino largo, esto es, con respeto a los derechos humanos y a la salud de la gente”.

Quisiera pensar que este principio terminará prevaleciendo, que las estampas del pintor costumbrista Pedro Ruiz —la estela blanca de glifosato suspendida sobre una selva abigarrada— son el símbolo de una época que quedó atrás para siempre, una época en la cual la soberanía, la salud y el medio ambiente estuvieron tristemente supeditadas a las urgencias sin sentido de una guerra imposible. ©

MUSEO DE ANTIOQUIA

<VIVE LA PLAZA>

Biblioteca de saberes vivos

Creamos una Biblioteca de saberes vivos alrededor de los conocimientos de las plantas y la siembra.

Portería calle Calibío, Museo de Antioquia

Agosto - diciembre 2018

Invitados: Carlos Betancourt, Cristina Sandoval,

habitantes del Centro de Medellín

Curaduría: Carolina Chacón

Ver programación en museodeantioquia.co



Calle de Cuba. Fotografía de Jorge Obando, 1930.



Calle Cuba. Fotografía de Juan Fernando Ospina, 2018.

Teatro Prado.
Haciendo historia,
perpetuando memoria.



Sensaciones de mostrador

por **SILVIO BOLAÑO ROBLEDO**

Ilustración: Elizabeth Builes

Al fondo del mostrador del granero de Miguel hay un par de sillas y una mesa con periódicos viejos. Darío y Julio César comparten unos rones en la barra. Rayando la aurora / al son de la luna / canoíta, adiós / Ay pá Beté...

—Nosotros veíamos a las muchachas cuando salíamos a vacaciones, el resto del año nos tocaba en la parroquia.

—Qué época le tocó, Julio César: nuestras parroquias en los años noventa eran las discotecas y los bares. Después vinieron los burdeles, con su perdón. Quién sabe a dónde van los muchachos ahora.

—A Marina la conocí en la parroquia, con ella íbamos en tren a Santa Marta embellecidos desde acá. No se imagina el baño de verdes que nos metíamos entre las montañas.

—¿Cómo serían los ríos en esa época? El Cauca, el Magdalena.

—Por Dios y por la Virgen, Alberto.

¿Y esos panes pa' qué son? / Adiós canoa / Ay, rayando la aurora...

—Buenas noches, Julio, ¿cómo va todo?

—Acá le contaba a Darío cómo conquistábamos a las muchachas en mi época.

—Denme un minuto que otro ron me espera al lado: estoy jugando a dos bandas.

—Adelante, Darío, nos debemos un chico de billar.

Arremolina su tabaco / y se va a vender fruto maduro / Zenaida, camina duro / Zenaida, la chancletera...

—Don Julio, le pregunto a usted que sabe tanto de comida tradicional: ¿cómo se hace un regio hígado encebollado?

—Muy bien dicho, joven, muy bien dicho. A nosotros lo que nos gusta es la comida tradicional. Tra-di-cio-nal. Con Marina, mi señora, cocinamos sancocho, mondongo, frisoles, garbanzos, lentejas.

—Ayer hice lentejas, mañana prepararé un regio hígado encebollado.

—A nosotros nos gusta toda la comida tradicional. Qué pizzas, qué hamburguesas, qué perros calientes, qué sushis. Hemos viajado mucho con Marina, mi señora, así que hemos probado la comida italiana, francesa, japonesa. Todo eso es muy bueno, claro que sí, pero lo que a nosotros nos gusta es la comida de acá, que sepa a tierra, que uno quiera lamerse los dedos, sacar el pegao de la olla.Ey, negrita del manglar / hormiga de ciudad: / Tu fruta me sabe a cumbia / cumbia, cumbia de mi playa...

—Para mí, óigame bien, hay una trinidad sagrada en la comida tradicional. De primeros los frisoles, infinitamente. Segundo: las lentejas.

—De acuerdo.

—Y terceros los garbanzos. Esa es la pirámide, por así decirlo, de las leguminosas principales en nuestra alimentación.

—Correcto, Julio, pero entonces: ¿cuál es el secreto de un buen hígado? Salud.

—Alberto, más agua por favor. Un buen hígado encebollado tiene su cuento, como dicen: su método y su misterio. Mire le explico: lo principal es cortar las cebollas en rodajas, cebolla blanca, y ponerlas en una sartén con aceite. Cuando las cebollas estén brillantes, porque no puede dejar que se le quemen, usted echa el hígado y lo tapa. Tres minutos, óigame bien, lo deja tres minutos por ese lado, y luego dos minutos por el otro. No más.

Y zapote / mango y papaya, Zenaida / mango y papaya, Zenaida / y melón...

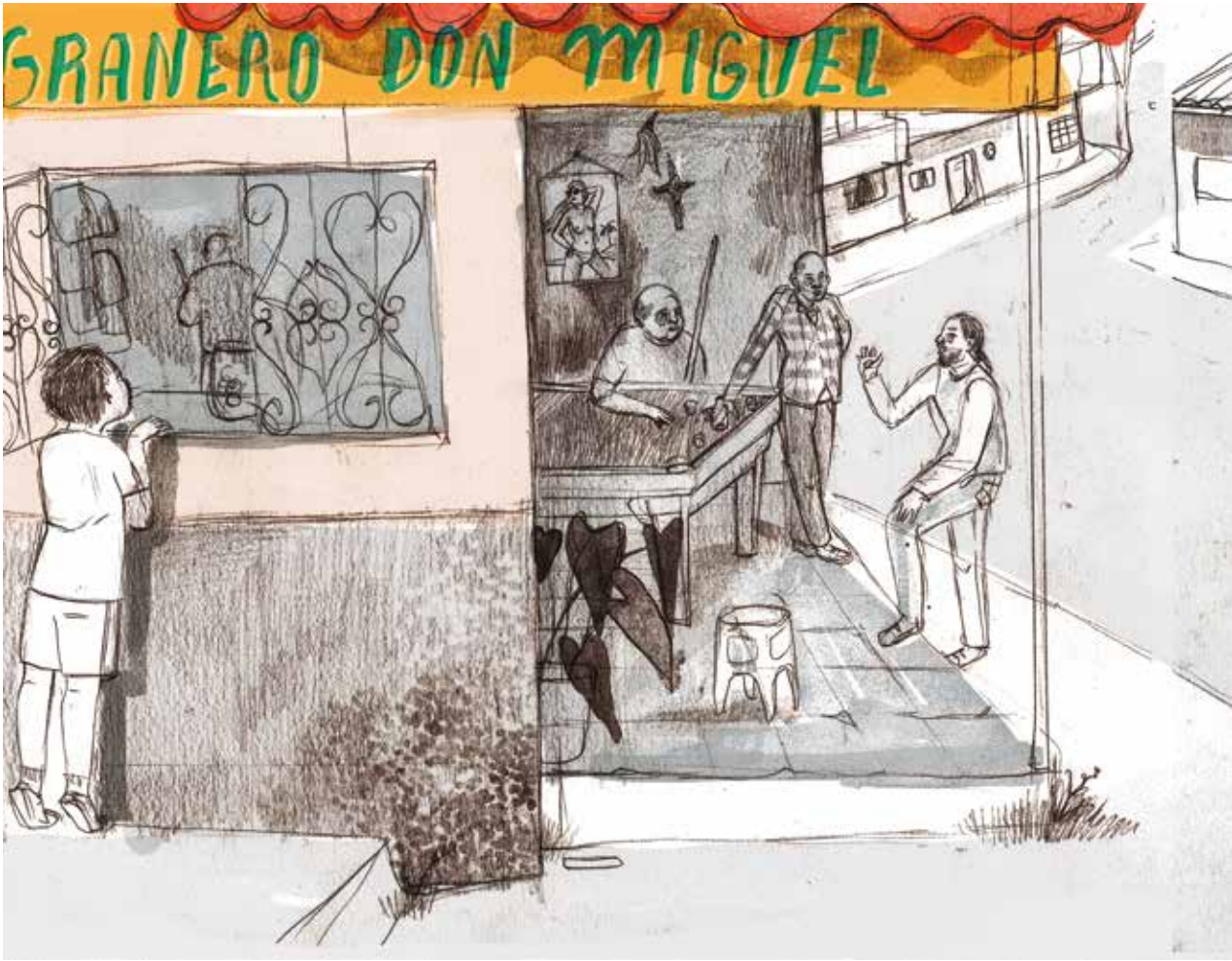
—¿Solo dos minutos por el otro lado don Julio?

—Sí porque ese lado ha recibido calor un minuto más que el otro, que es lo que necesitamos, Alberto. Al final los dos lados terminan recibiendo el mismo calor.

—Yo no me explico, seré muy bruto, don Julio: si son tres minutos por un lado y dos por otro.

—Es la termodinámica, Alberto.

—Lo que diga señor don profesor don Federico.



—¿Cómo le va, Jeiner?, ¿ya se pasó de apartamento?

—Esta mañana.

—¿Donde la señora?

Déjenmeirme que es muy tarde ya / el sendero de la noche que muy negra está...

—Llega en buen momento, Jeiner: les contaba cómo conquistábamos a las muchachas en mi época o cómo se prepara un hígado encebollado, una de las dos o las dos, ya ni me acuerdo, de igual manera son cosas que todos debemos saber, ¿o no, Darío?

—Así es, Julio César, usted sabe que yo siempre estoy llegando, con el perdón de todos por entrar de esta manera a la conversación. Llegando y yéndome, yéndome y llegando o viniéndome, que viene a ser lo mismo.

—Esa es la condición humana: vamos constantemente, en este mismo instante, por caminos que conocemos pero también por otros que no sabemos de qué van. Son cosas del intercambio de energías, pero también caminos de la conciencia que no hemos activado.

—Eso está muy profundo, pero se dará cuenta de que también de eso trata mi película *Apocalipsur*, profe: un viaje con una iguana, parece descabellado, no le digo más, alegría.

—Ustedes parecen masones que hablan en código, ¡y yo que contribuí contándoles el gran secreto!

Mary Belemba, cuando yo voy para la ciudad / siempre me embalo, regresó a la madrugá...

—¿Qué secreto, Julio?

—El del hígado, Jeiner, porque el de las muchachas no existe. A nosotros, con Marina, después de cincuenta años, nos unen los viajes, los recuerdos, las historias de los hijos o las cosas que uno inventa para pasar el tiempo, como el parque; pero sobre todo la comida. En mi casa la cocina es un ritual sagrado de cada día, exacto, cuidadoso; nos ponemos a cocinar como si fuéramos un reloj. Hoy ella es la que lleva la batuta, mañana yo. Salgo a hacer las compras en la bicicleta y vuelvo a casa a cocinar con doña Marina. Eso es lo que estoy haciendo ahora, aunque parezca otra cosa: estoy comprando las verduras.

Hay otra marioneta que está llorando / porque ha quedado sola en un rincón...

—Yo le creo, Julio César, porque acá en el granero de Miguel todos estamos haciendo lo mismo siempre: comprando las verduras.

—Yo vine a mostrarles la obra.

—¿Qué obra, Jeiner?

Sobre los diarios viejos de la mesa del fondo del granero hay un pequeño guacal que Jeiner abre para mostrar su obra: dos lajas de piedra finamente lijadas con sendos retratos hiperrealistas, más nítidos que una fotografía.

No lloren, no lloren / marionetas de cartón / las penas del alma hacen mal al corazón...

—Esto está hermoso, pero, perdonen mi ignorancia: ¿quiénes son?

—Charles Baudelaire y Arthur Rimbaud, dos poetas malditos franceses.

—Qué berraquera, hombre, ¿cómo lo hizo?

—A mano, don Alberto.

—Se debió haber demorado meses.

—Años, Darío.

—¿Por qué malditos?

—Rimbaud decía algo así como: “Cuando la tarde cante azul, en verano, herido por el trigo iré a pisar la pradera...”. ¿Cómo seguía? “Sin hablar, sin pensar, iré por los caminos, pero el amor sin límites me creará en el alma”.

—Ese poema se llama *Sensaciones*, profe: “Me iré lejos, dichoso, como con una muchacha, por los campos, tan lejos como un gitano que vaga”.

—Pero eso es bendito, no maldito.

—Y merece otra ronda, Alberto.

—¿Para tomar?

—No, nos vamos a untar los tragos.

El escenario tiene de decorado / calles, parques y playas llenas de sol / y muchas marionetas por todos lados / que rien, aman, sienten, igual que yo...

—En la piedra grabamos nuestros retos al olvido.

—Brindemos entonces por las piedras y los hígados.

—Por las piedras y los hígados.

—Salud. ☺

Ediciones UNAULA

en la 12° Fiesta del Libro y la Cultura de Medellín

Y en el 4° Salón Iberoamericano del Libro Universitario

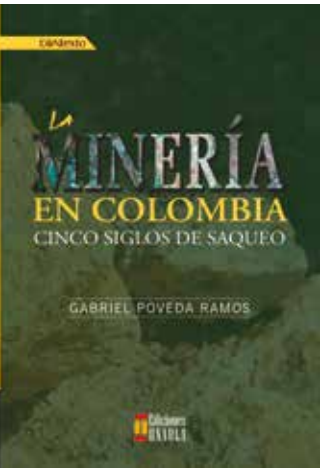
somos
libros
somos
libres



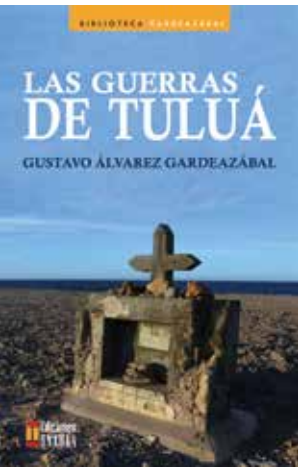
El administrador de hecho
Oscar Humberto González
PVP: \$34.000



El aborto, una cuestión de justicia
Juan Sebastián Betancur
PVP: \$35.000



La minería en Colombia: cinco siglos de saqueo
Gabriel Poveda Ramos
PVP: \$48.000



Las guerras de Tuluá
Gustavo Álvarez Gardeazábal
PVP: \$34.000



Ensayos inútiles sobre historia urbana de Medellín
Luis Fernando González
PVP: \$40.000



Vigilada MinEduación



Meterle mano a las redes de gas es jugar con la vida

Contrata personal experto para que te conectes legalmente a los servicios públicos y sé parte del 96% de antioqueños que protegen la vida siendo legates.

Llámanos al 44 44 115

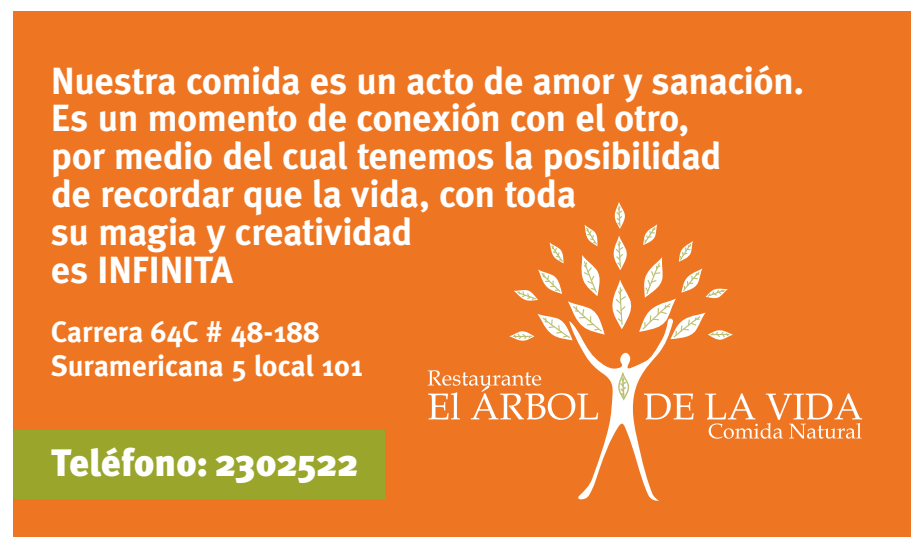
“Hacer fraude en los servicios públicos es un delito castigado con prisión y multas. Ley 599 de 2000”

Por ti, estamos ahí
epm

Vigilado
Superservicios



ABIERTO DE LUNES A SÁBADO DESDE LAS 4:00 P.M.
MEDELLÍN CARRERA 42 # 54-58



Conversaciones en la Bastilla

*La belleza en el mundo, como todo, es relativa.
Hay belleza en lo vulgar y lo deforme,
como en lo pulcro y lo perfecto;
la hay siempre en lo raro.*

Juan del Martillo

por MARIA ISABEL NARANJO

Fotografías: Juan Fernando Ospina

El pasaje La Bastilla ya era un tema de conversación gastado en la familia cuando mi mamá llegó con la noticia de lo que había pasado con el tío Gabriel. El tío era el único hermano de mi papá, o bueno, medio hermano. Hijos de padres distintos, el tío tenía doce años más que él. Si los vi juntos dos o tres veces cuando estaba pequeña fue gracias a esas visitas express en las que los adultos solo tenían tiempo de comer el mondongo de la abuela, que ya les tenía servido cuando llegaban, y de intercambiar un par de palabras fumándose un cigarrillo, el tiempo suficiente para confirmar los chismes que se habían adelantado por teléfono. A la abuela Ligia solo recuerdo haberla visto viva uno de esos días, fumando en el umbral de la puerta con el tío Gabriel. Debí ser importante, porque de ese día conservo el único recuerdo que tengo de los dos. Yo montaba un triciclo rojo, amarillo y azul que sonaba rrr rrr rrr, como si el roce de las llantas de plástico moliera en pedacitos el corredor de cemento. ¡Tío, cuenta cuánto me demoro en llegar desde el solar hasta la puerta!, le gritaba, y él contaba en voz alta, uno, dos, tres, cuatro...

A veces creo que esa cara que tengo del tío Gabriel me la inventé. A veces creo que ese rostro detrás del encendedor es el de cualquier desconocido que me crucé en la calle y guardé en mi memoria para ese cuerpo del que no supe sino tres cosas. Tres cosas que mi mamá respondía como mensajes de una contestadora: sí, trabajaba en una farmacia. Sí, tuvo tres hijos que son tus primos. Sí, él tomaba más aguardiente que tu papá. A mi papá Julián ya lo habían matado, dicen que por no pagar las apuestas que perdía, cuando mi tío Gabriel decidió que su vida sería tenderse sobre un cartón en el pasaje La Bastilla y tomar chirrinchi hasta morir.

Yo tenía trece o catorce años cuando bajaba con mi mamá a hacer vueltas al Centro y no tenía ni idea de lo que era el tal chirrinchi. La sociedad, o sea mi mamá, ya había graduado de callejoso al tío, incluso antes de que abandonara a Cecilia, su mujer, con sus tres hijos. Al parecer, esa bebida anisada era lo peor que le podía gustar a un hombre en la tierra. Y digo hombre porque mi mamá nunca pensó que a una mujer podría gustarle tal veneno. Para hacerlo todo más penoso, el paradero del bus que cogíamos quedaba muy cerca de La Bastilla, así que era obligatorio pasar por Colombia o por La Playa, las dos calles sobre las que se extendía el pasaje, para poder llegar a casa. Cerca del local más antiguo de Presto, que todavía está al frente del edificio Coltejer, mi mamá me agarraba de la mano y me zarrandeaba para que caminara rápido. Me decía que cerrara los ojos, que no mirara para allá, que cuidado con ese callejón de mala muerte. Quería evitarme un encuentro frente a frente con el espectro del tío, envuelto en cobijas. Pero no importaba si yo cerraba los ojos. El olor revuelto con el calor del asfalto era lo suficiente para imaginar al tío Gabriel



sobre los cartones, oliendo a orines fermentados, pegado a su amada botella de chirrinchi.

Así fue la rutina que mantuvimos para ignorarlo durante cuatro años, hasta esa noche que mi mamá llegó con la noticia. Se lo había contado Cecilia cuando se vieron por casualidad en una peluquería, cerca de la Plaza de Botero. El tío llevaba más de un año muerto.

Seguramente lo encontraron una madrugada en esta misma acera donde hoy conocí a Jaime y a Evelio, dos borrachos

que me imagino como los amigos del tío que, hace quince años, decidió beberse su vida hasta la última gota.

Jaime es el hombre que en un momento va a brindar conmigo con una copa de Norteño, la primera pero no la última que me voy a tomar hoy. Tiene la nariz grande y los ojos negros, como dos bolas de agua oscura a punto de regarse, y cada diez minutos saca la botella de un maletín negro que protege con sus dos manos, para que no se quiebre lo que hay adentro. Técnico en refrigeración. Certificado. Le encantan las

mujeres, pero más el chirrinchi. Hace algunas horas estamos conversando en esta esquina que bautizaron "la oficina", un sobrado de sardinel al lado del Chinatown, donde él y sus amigos se citan todos los días, desde temprano, para tomar trago. A él lo conocí después de hablar con William, un cincuentón coleccionista con más mañas de acumulador que asegura tener dos mil cedés y tres mil elepés originales, en una oficina del mismo edificio donde el almacén Cassany vende ropa para hombres elegantes. Me lo encontré de casualidad



porque en el trayecto habitual hacia la antigua casa de mi mamá, me detuve a mirar el callejón prohibido: vi mesas y sillas de plástico al aire libre, viejos conversando bajo la sombra de los árboles, emboladores leyendo periódicos, televisores encendidos en el mismo partido de fútbol, vi el tiempo suspendido en el reloj de los jubilados y me fui yendo, yendo hacia adentro, yendo hacia adentro por primera vez. Caminé sin afán, sintiendo el olor a testosterona que arrojan los billares, los sitios de apuestas deportivas, los salones de ajedrez, busqué la simpatía de las meseras y la complicidad de las mujeres duras detrás de la barra. Anoté en mi libreta: “Este puede ser el lugar donde más aguardiente y tinto se despacha por metro cuadrado en toda la ciudad”. Sin saber exactamente qué era lo que estaba buscando, me encontré a don William sentado en un butaco. A su lado exhibía una decena de vinilos contra el muro de mármol del Edificio Grancolombiano: Los Galos, Olimpo Cárdenas, Rocío Dúrcal, Nino Bravo..., y cajas de casetes con los nombres de las canciones escritos de su puño y letra. Esa fuente tan Calibri

12, *cursiva*, MAYÚSCULA SOSTENIDA, idéntica a la de mi papá, me hizo comprarle por dos mil pesos uno de Julio Jaramillo. Entrados en gastos le pregunté a don William hacía cuánto venía a La Bastilla, si le había tocado la época de un inodoro en la mitad de la cuadra, si alguna vez supo la tragedia del hombre que se murió en una acera de borracho, si... cuatro cosas más. Entonces don William intuuyó, antes que yo, la historia que me interesaba y gritó, Eveliooo. Al otro lado, un señor de pelo blanco le respondió brindando en el aire con una copa aguardientera de plástico, William hizo un gesto con la boca para indicarle que yo lo estaba buscando, y luego se despidió de mí con otro gesto de las manos que entendí bien: vaya, vaya, ese viejo es el que usted está buscando.

Los chirrincheros como mi tío Gabriel toman un destilado artesanal de etanol diluido en agua con alguna esencia. Dicen que lo hacen en alambiques clandestinos en el Centro y es tan barata que no se asustan ni lo botan si ven flotando en una copa la pata de una cucaracha o la cola de una lagartija. Esto

fue lo que me dijo Jaime, que después de treinta años de beber en este pasaje puede declarar en calidad de experto:

—Nombre científico: Pasaje La Bastilla.

—Certo.

—Nombre vulgar: Pasaje del Tuvo.

—¿Del Tuvo?

—Sí, porque todo el que está por aquí tuvo: tuvo carro, tuvo finca, tuvo

plata y ahora no tiene nada.

—¿Y qué venís a hacer acá?

—A tomar trago y a compartir.

—¿Y ha cambiado mucho?

—Demasiado. Antes sobraba la plata.

Venían a los bares a tomar aguardiente muchos abogados, ingenieros, albañiles...

—¿Y de qué te acordás?

—Me acuerdo del Bar San Fernando, el primero que abrieron. En las mesas de ese bar poníamos en fila botellas de aguardiente Antioqueño, cuando era a

doscientos pesos, y a cada uno de nosotros le llegaba el turno de pagar una ronda.

—¿Y qué pasó?

—Ya ve, con el tiempo terminamos tomando chirrinchi. Pero aparte de borrachitos acá hay mucha gente trabajadora. Y personajes importantes como Evelio, que nos hacen reír.

Cada botella que se han tomado desde las diez de la mañana vale dos mil quinientos pesos, y a esta hora, cuatro de la tarde, Evelio ya camina como si estuviera despegando chicles de los zapatos. Da un paso, otro, y con cada uno sube las rodillas hacia el pecho y extiende los brazos para no caerse. Usa una gorra con visera tiesa, ancha, en la que se lee *Giants*, unas gafas de pasta negra y gruesa, un pantalón de paño caqui y una camisa sin botones que le deja ver tres pelusas muertas en el pecho. El pelo liso le creció hasta los hombros y se le puso blanco en estos 45 años que lleva caminando así, en zigzag. Así, en zigzag, lo voy siguiendo mientras él busca con la mirada al poeta Carlos Sosa, porque, dijo, solo un poeta es capaz de contar la historia de La Bastilla. Pero el poeta no aparece por ningún lado. No está en las sillas Rimax de los emboladores que por estos días trabajan amontonados en la esquina de Presto, ni en las “escalatinatas del saber”, como les dice Evelio a las escalas del Coltejer que se ven desde este lado de la calle. Tampoco está en las mesas del bar El Pasaje, ni en las del bar San Fernando, ni en el restaurante El Horno, ni en el más ecléctico de todos, el Arroz Paisa. Tampoco está en los billares Laureles, ni en los billares Maracaibo, donde entramos para conocer la chimenea de la Fundación J. V. & H que

está detrás de los cuadros de ajedrecistas famosos. Anoto en la libreta: “La chimenea parece un símbolo. Aquí se ha fundido todo lo que pone tan orgullosos a los antioqueños panzones: el café y el aguardiente, las apuestas y la plata”. Vení, dice impaciente Evelio, ¿te dejás embolatar? Yo no sé muy bien de qué se trata eso de embolatarse porque caminamos como si ya lo estuviéramos, pero nos devolvemos sin hablar hasta la oficina, donde están sentados en este orden: una mujer diminuta y arrugada, dulce sobria, malhumorada borracha; su esposo, un moreno aindiado que mira fijamente el suelo y pocas veces pronuncia una palabra; un hombre con la cara sudorosa que le dedica el salmo 147 a los árboles: “El Señor cubre el cielo de nubes y provee de lluvia a la tierra”; el siete veces campeón nacional de billar que guarda en su maleta un cuaderno con los recortes de los periódicos donde aparece su foto; otro que se apoya en un palo de escoba para pedir monedas en la calle; Jaime, el guardián del chirrinchi, que lo saca cada tanto de su caleta, envuelto en una bolsa para que no se lo quiten; y Evelio, el mamagallista del grupo, que le ordena a Jaime: el pasaporte para que ella esté en La Bastilla es que brinde con nosotros con un trago de Norteño. Entonces Jaime, risueño y obediente, me entrega una copa aguardientera llena hasta los bordes. Poquito, poquito, que no es una piscina, le digo. Se rien. A todos nos llena la copa exactamente igual. Y a falta de poeta, cuando todos están listos para el brindis, Evelio levanta su copa y declama sus propios versos:

Estamos de acuerdo
que somos basura
y que un remolino nos levantó.

Después me susurra con babas en el oído, tratando de que solo yo oiga, el Norteño no emborracha, pero sí embolata. ¡Salud!

Al chirrinchi siempre me lo imaginé como una sensación fuerte, inflamable, cuatro veces más ardorosa que el aguardiente Antioqueño en la garganta, entonces cierro los ojos y me tomo el trago de un tirón. Mientras pasa por mi garganta pienso: ¿por qué será que le gustaba tanto a mi tío Gabriel? Es casi insípido, muy suave. Pienso: podría tomarme una botella sin darme cuenta, y hasta olvidarme de los tiburones de los que habla Jaime.

Al lado de la oficina se escuchan los gritos de un tumulto de hombres:

¡Ay garitero!
¡Ome garitero!
¡Pida media de guaro Manuel!

Están reunidos alrededor de dos mesas de juego, un armazón de madera cubierta con un paño verde que los no-entendidos en la materia pueden confundir con mesas de billar, sin troneras. Cada una está presidida por un garitero que agita un par de dados en un vaso negro. A la mesa que puede verse desde afuera le dicen la de los ricos, y a la que está más adentro, cerca de la barra donde venden guaro, ron y cerveza, la de los chichihuevos. En la de los ricos sacan billetes de cincuenta mil y apuestan en una ronda hasta quinientos mil pesos, en la de los chichihuevos apenas hay unas monedas y unos billetes arrugados de mil pesos. En una un hombre que ha pedido tres guaros seguidos pierde trescientos mil pesos, en la otra un hombre menudo y triste que ha sorbido despacio el guaro que tiene en una copa, acaba de ganar cinco mil.

Por mi parte ya son cuatro —¿cinco? ¿seis?, no lo recuerdo bien— las copas de norteño que me he tomado en el murito de los chirrincheros, riéndome de las historias de Evelio, que ya está hablando como camina, en zigzag. Jaime, además de ser el guardián del chirrinchi y brindar cada ronda, oficia de traductor y me ayuda a desenredar una de las historias: “Ustedes saben que yo soy pensionado de Coopebombas ¿cierto? —dice Evelio y todos asienten con la cabeza—. Pues cómo les parece que un día mi jefe me dijo: vaya consigne estos setenta mil pesos al Banco de Bogotá... (continúa con algo que no entendemos). Una gringa que me encontré en el camino me acusó de robarle una plata (no se le entiende cuánto). Alegamos mucho rato. Llegaron los tombo y me pegaron (no estamos seguros si dijo pegaron, pero tiene sentido). Ella se dio cuenta de que los tenía en el bolso y me disculpa me ofreció mil dólares. Yo le dije, ¿apenas mil dólares? ¡Si casi me matan los tombo! Y ella me dijo, dígame cuánto quiere. Yo le dije que veinte mil dólares. Y ella sacó una billetera y me los dio. Comencé a contarlos. Uno, diez, ¡veinte mil dólares!!! Casi me muerdo cuando me desperté”.

Después de contar esta historia, Evelio decide que es el momento de irse. Alza la mano con la copa vacía y se despidió de todos como los amigos cómplices de fiesta, con tristeza. Lo miro alejarse en dirección al Coltejer, despegando todavía los chicles imaginarios de sus zapatos, buscando al único poeta que puede contar el pasado de La Bastilla. Y con él se van las risas.

—Entonces, Jaime, ¿solo venís acá a tomar trago? —le pregunto después de reflexionar sobre la figura del viejo recién ido.

—No señorita, acá también vengo a leer.

—¿A leer?

—Sí, acá detrás, en la biblioteca que tenemos en La Bastilla, he leído a Nietzsche, a Freud, a Dostoevski, a Tolstoi. Un día me encontré con el *Elogio de la locura*, de Erasmo de Rotterdam.

No entiendo lo que esta conversación produce en la memoria de Jaime, pero los ojos se le empiezan a volver agua, y su mente se va a otros paisajes, lejos de acá. Es el efecto del chirrinchi, me digo.

—¿Y por qué está llorando?

—Por las historias que he leído.

—¿Y de cuál te acordás?

—Una vez me fui a leer *Así habló Zaratustra* al monte y esta fue la conclusión a la que llegué: ¿cómo es posible que un man viva con un águila y una culebra toda la vida, y el águila no se coma a la culebra? ¡Explíqueme usted!

—Ah, ¿entonces vos sos como un intelectual?

—No. ¡Soy un borracho!

—Ja ja ja

—¿Cuánto va a poner para la otra?

Al otro día leí una nota en mi libreta: “Ninguno se acuerda del tío Gabriel. Es como si no hubiera existido nunca. O bueno, existió cuando todos estaban de fiesta, y así se fue”. ☹



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

PICARDÍAS Y DESMESURAS

Alfonso Reyes llama a la novela picaresca “el género típicamente español”, y la define así: “Más grotesca que cómica, cantaba los trabajos de los pícaros holgazanes para resolver la constante paradoja práctica de vivir sin comer, y nos hacía asistir a los antros de los ladrones y a las mil y una peripecias de las ventas y los caminos de España, a la vez que pasaba revista a todos los estados sociales para fustigarlos uno tras otro”.

Ya explicado el punto, digamos que, a diferencia de otras semillas, como el romancero, la picaresca no germinó bien en América, y prefirió hacerlo en la propia Europa: *Gil Blas* en Francia, *Moll Flanders* o *Tom Jones* en Inglaterra, y, en fin, un larguísimo etcétera que llegó incluso hasta las *Confesiones del estafador Felix Krull*, de Thomas Mann.

Así pues, retomando el asunto, casi no hubo continuadores americanos de *El lazarillo de Tormes*, *El Buscón*, *Guzmán de Alfarache*, *Rinconete y Cortadillo*, *La pícara Justina*... Conviene sin embargo mencionar dos novelas afines al género, sin llegar a la correspondencia total: *El Periquillo Sarniento*, de Fernández de Lizardi, clásico mexicano que algunos consideran la primera novela escrita en Latinoamérica, y la brasilera *Memorias de un sargento de milicias*, de Manuel Antonio de Almeida, obra por demás sugestiva, que sin embargo, a pesar del éxito en su época, no tuvo epígonos ni secuelas.

Pero hay un libro colombiano, ciertamente insólito, que combina cosas de la picaresca con elementos mágicos, retomando aquel antiguo espíritu caballeresco donde los gigantes eran gigantes y no molinos de viento. El libro se llama *Juan Grillín*, y su autor Ernesto González, antioqueño de Ciudad Bolívar.

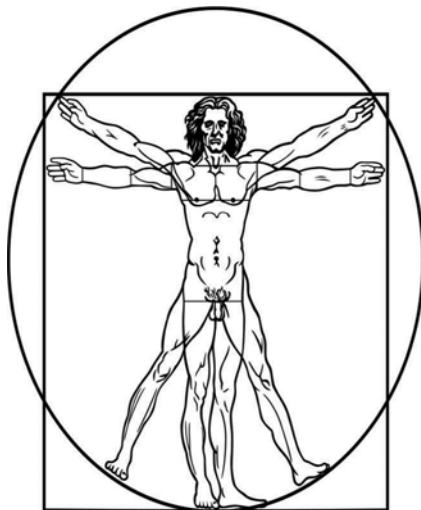
Y bien, Grillín habita un mundo rabiosamente regional, en el que el habla popular da el tono y pone las condiciones. Pero es también un mundo fantástico, desde el mismo tamaño del héroe, tan pequeño como Pulgarcito, hasta un entorno donde los animales hablan, y los fenómenos naturales tienen alma. Es pues una fábula, llena de milagros primitivos; además, una crónica de superación, la historia de un viaje. Por último, claro guiño a la picaresca, regala una constante desconfianza hacia la autoridad, vista siempre como peligrosa enemiga.

Treinta años después de su aparición, Fenalco reeditó la obra en 1979, con un bello prólogo de Alberto Aguirre: le robo las dos frases finales, y con ellas, muy a mi pesar, me despido: “*Juan Grillín* es ante todo un libro de aventuras sobre la saga del pueblo antioqueño. Aquí está la suma del libro. Este personaje de la desmesura encarna los mitos de un pueblo. Realiza los sueños de una comarca y del hombre que la puebla. Ernesto González escribió una aventura que es un paradigma”.

CODA

Cuenta el recién laureado Elkin Restrepo que, a comienzos de los noventa, y en compañía de Miguel Escobar Calle y Eduardo Peláez, greiffianos todos de cuerpo entero, se dieron a recorrer palmo a palmo el País de Bolombolo, que cantó y recreó el gran poeta. Durante sus excursiones, “leíamos un poema y alzábamos la copa, de suerte que, mientras recobrábamos la razón, pasó un año completo...”.

Piensa uno que de esta bella historia podría nacer una bella película. El director, por fuerza, sería Víctor Gaviria, cuando se lave las manos de sangre. ☹



VICTOR AGUDELO E.

Medicina alternativa

Manejo del dolor
agudo y crónico

Citas: 321 696 3676
vagudelo@hotmail.com



DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.
CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00



Inaugurado en 1974 en el costado sur del Parque de Berrio. El Banco acumula el pasado financiero de la nación.



La colección filatélica del Banco guarda más de cuatrocientas mil estampillas.



Desde 1986, en la Gorda empiezan todas las direcciones del centro.



Palacé, antigua calle del Comercio, enmarca la histórica plaza del centro de la ciudad.



Al interior del Banco, se reconoce la monumentalidad del edificio a través de la escalera que asciende aterciopelada.



Sobre la carrera Bolívar se asienta buena parte de los edificios que, desde la década del cincuenta y hasta la llegada del metro, modernizaron el viejo Parque.

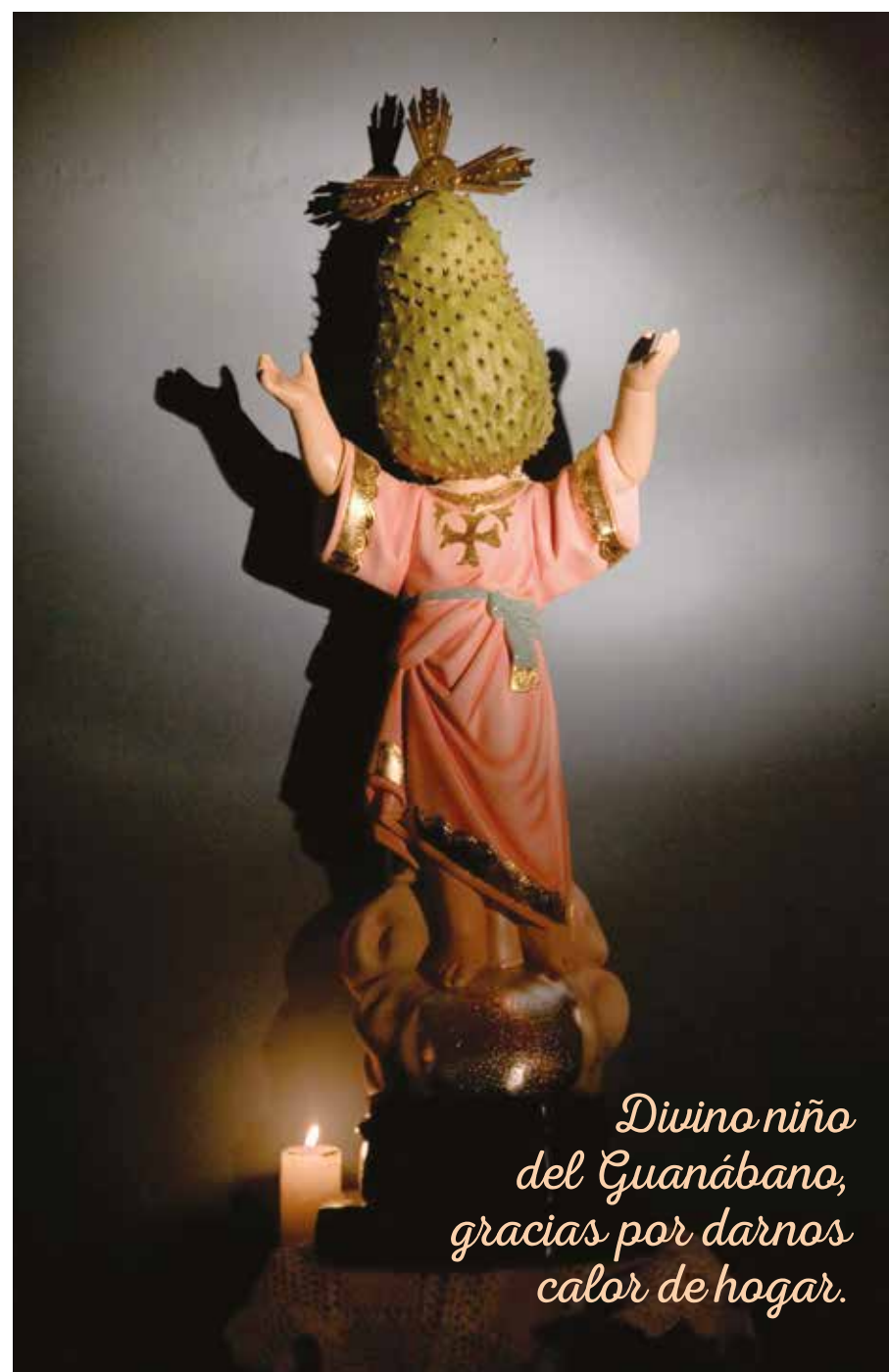


La 50 con la 50, el encuentro de la calle Colombia con la carrera Bolívar, el ombligo de Medellín, donde todo empezó.

La ciudad y la cultura
se mueven en el
corazón de Medellín



centro cultural
MEDELLÍN



*Divino niño
del Guanábano,
gracias por darnos
calor de hogar.*

**#VIVE
y AMA**

af
70 años
Alliance Française
Medellín

SEPTIEMBRE

Inicio de cursos regulares
para adultos sábado 29

Inicio de cursos para niños
y jóvenes miércoles 19

¡Inscríbete en el mes del amor y la amistad
y te beneficiarás de un 15% de descuento!
Sólo para estudiantes nuevos presentando este anuncio

☎ **444 2620**

[HTTP://MEDELLIN.ALIANZAFRANCESA.ORG.CO](http://medellin.alianzafrancesa.org.co)



#MedellínDiversa

Programa de Diversidad Sexual e Identidades de Género



Centro para la Diversidad Sexual y de Género
Carrera 48 # 57-21
Teléfono: 385 55 55 Ext. 8479

Alcaldía de Medellín
Cuenta con vos

¡Gonorrea!

Historia del insulto de insultos

por JUAN FERNANDO RAMÍREZ ARANGO

Ilustraciones: Tobías Arboleda

#RigoNea

El día nueve del mes siete de 2017, Rigoberto Urán ganaría la novena etapa del Tour de Francia. Sí, la esperada etapa reina, su majestad en puertos de montaña, en puertos de categoría especial y, a la postre, también en abandonos, siete, tres y once respectivamente. 181 kilómetros entre Nantua y Chambéry que se definirían por un pelo: inicialmente, el ojo humano declararía ganador al local Warren Barguil, pero, 2 minutos y 40 segundos después, la foto *finish* se decantaría por Rigoberto Urán. Al reverso de esa foto panorámica del último pedaleazo, del llamado golpe de riñón, el potenciómetro de Rigo firmaría su pico más alto de la jornada: 1189 vatios, o sea la potencia necesaria para encender unos diez televisores de 21 pulgadas. Si bien, encendería millones más a control remoto, pues esa novena etapa alcanzaría 5.9 puntos de *rating*, o, lo que es lo mismo, 15 de cada 100 colombianos verían el reñidísimo triunfo de Rigoberto Urán a través de la caja tonta. Durante las siguientes tres horas, antes de ser superado sobre las dos de la tarde por #PeriodismoDeshonestoRCN, Rigo sería tendencia número uno en Twitter para Colombia. Allí, en ese lapso del almuerzo, se haría viral una entrevista que le concedería al periodista de turno del canal

Caracol mientras se dirigía a la prueba *antidoping*, 4 minutos y 41 segundos después de bajar del pódium: cuando Rigo lanzaba una lluvia de calificativos cuya nube de significación sería el sustantivo epopeya, pues había terminado la etapa con los cambios de la bicicleta rotos, trabados en la relación 53-11 desde el kilómetro 158, el periodista de turno del susodicho canal lo interrumpiría para preguntarle una tontería contraria a todas las mitologías capilares:

—Rigo, la gente en Colombia se pregunta: ¿sirvió el corte de cabello?

—De momento parece ser que sí, vamos a ver más adelante.

—¿Por qué se lo cortó?

—Ya lo tenía muy largo, estaba cansado. Aunque a mi mujer no le gusta así, cabecipelado, dízque porque quedo muy nea, me dice que me veo muy nea... ¿Usted sí sabe qué es nea?

Ya que el periodista de turno del susodicho canal no lo sabía, Rigo le traduciría ese vocablo propio del sociolecto de los jóvenes de Medellín, del denominado parlache, al colombianoismo “gamín”. Así como para el periodista de turno fue una novedad, seguramente era la primera vez que esa palabra, la segunda más corta

del parlache tras la fórmula de saludo “oe”, se escuchaba en la televisión nacional. No por nada, su significado sería tema de debate en las redes sociales ese domingo nueve del mes siete y el lunes diez, primer día de descanso en el Tour: ¿Qué es nea? Para zanjar el debate solo habría que pasar de Rigo y de las redes sociales al rigor del *Diccionario de parlache*. Al abrirlo en la página 143, se lee: “Nea: Acortamiento de gonorrea”. Y al retroceder 37 páginas, hasta la 106, se comprueba que “gonorrea”, la entrada número 56 de la ge, es el insulto de insultos: “Persona despreciable, ruin”. Según Luz Stella Castañeda, reconocida sociolingüista y coautora del *Diccionario de parlache*, el acortamiento “nea” habría surgido en los colegios femeninos de estratos altos de Medellín con el fin de encriptar el insulto, para poder usarlo sin perder prestigio, sin que las alumnas fueran tildadas de vulgares por sus profesores. Posteriormente, se propagaría por los demás colegios de estratos privilegiados, mutando a través del uso tanto su tipo como su significado, pasando de adjetivo a sustantivo, y de insulto cifrado a forma de tratamiento, convirtiéndose en sinónimo de compañero, amigo, parcerero, parce, etc. A continuación, se extendería por los colegios del resto de la pirámide socioeconómica medellinense, donde sumaría una nueva acepción a su significado, a caballo entre sus dos predecesoras, y que sería el espejo de “boleta” o de “bandera”, esto es, “alguien o algo desagradable, estrambótico”, o sea lo que quería darle a entender la mujer de Rigo al Rigo cabecipelado, y el Rigo cabecipelado al periodista de turno del susodicho canal.

Posdata 1: Un año antes de la primera edición del *Diccionario de parlache*, publicada en 2006, Luz Stella Castañeda presentaría su tesis doctoral, titulada *Caracterización lexicológica y lexicográfica del parlache para la elaboración de un diccionario*, y cinco años antes sería coautora de *El parlache*. Ambos, tanto la tesis como el libro, incluirían un glosario que sería la base de dicho diccionario, sin embargo, en ninguno de los dos estaría el acortamiento de gonorrea, luego, el surgimiento de nea es relativamente reciente, posterior a 2001, año en el que, por ejemplo, la palabra parlache se institucionalizaría, ingresaría en la vigésima segunda edición del DRAE, en la página 1683: “Jerga surgida y desarrollada en los sectores populares y marginados de Medellín, que se ha extendido en otros estratos sociales de Colombia”.

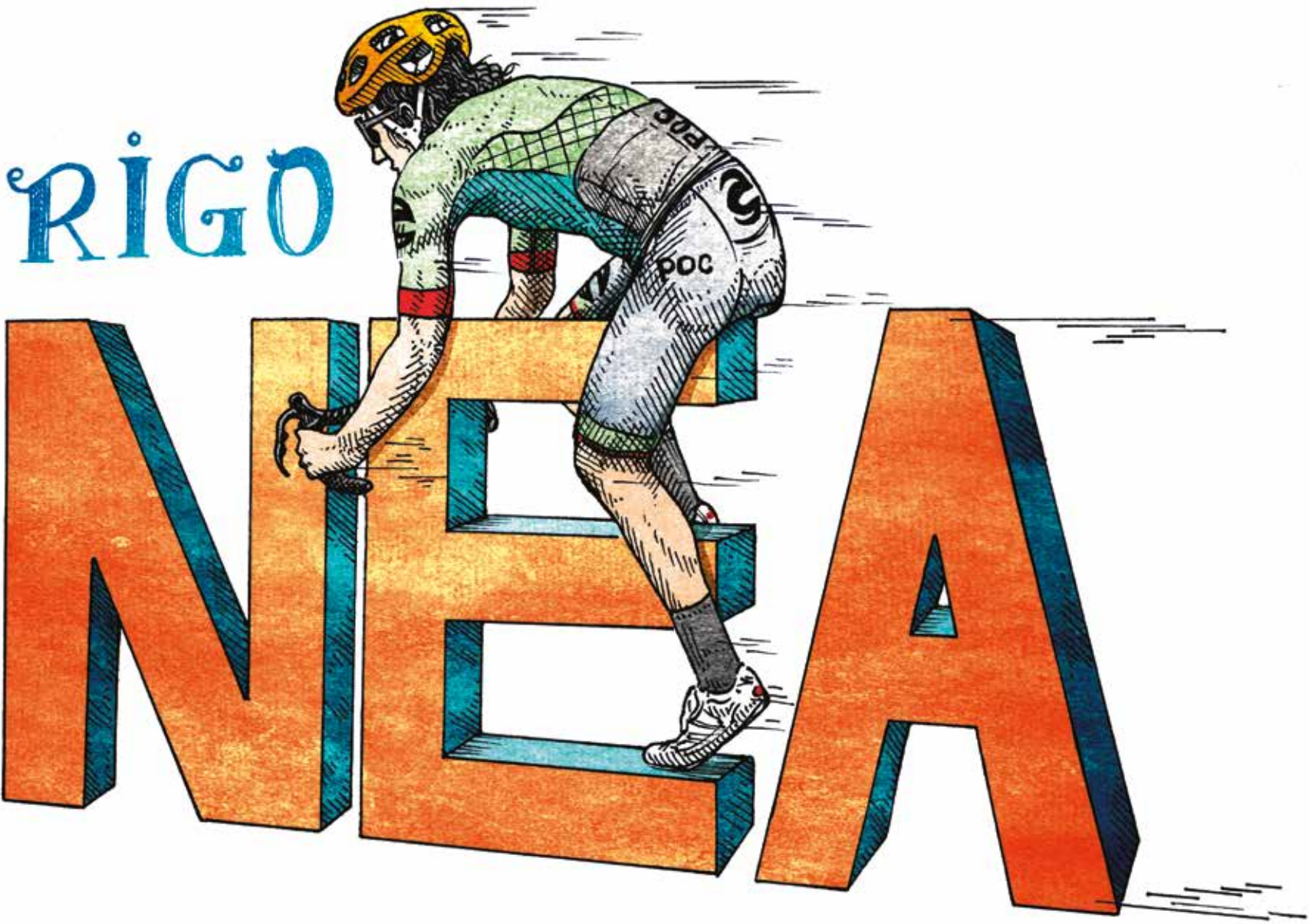
Posdata 2: “Tres letras son suficientes hoy en día para mentarle la madre a cualquiera en los barrios de Medellín. Nea, dicha en un tono fuerte, tiene una carga insultante similar a la que desde hace mucho residía en hp o en tiempos más recientes en gonorrea”. Esa es la entradilla sensacionalista de un artículo publicado en *El Tiempo* el 27 de marzo de 2005, titulado “Palabras de la entraña del barrio”. Allí, Luz Stella Castañeda recordaría que la primera vez que se percató de la existencia de “nea” fue en octubre de 2003, cuando, en el marco de Expouniversidad, varios estudiantes le divulgaron ese vocablo. Además, agregaría que este surgió en los sectores populares, tal vez como una metátesis de gonorrea, esto es, gorronea, que posteriormente se reduciría a “nea”, aunque un año después se rectificaría en el *Diccionario de parlache*, en donde se lee que dicho acortamiento “empezó usándose en los colegios de clase alta”.

La más peligrosa

¿Qué pasó con gonorrea antes de convertirse en nea, entre su origen y su acortamiento postY2K? Para establecer su año de nacimiento primero habría que echarle una ojeada al *Diccionario de los mariguaneros*, que saldría a la luz en Medellín abriendo 1980, gracias a los poetas Germán Suescún y Hugo Cuervo, y que sería el repertorio de una jerga que había bebido de las mismas fuentes léxicas de las que posteriormente surgiría el parlache, por lo que podría considerarse una suerte de protoparlache. Al abrirlo en la ge, y avanzar hasta la página 68, se pasa directamente del verbo transitivo “golpiar” al sustantivo “gorgonazo”, es decir, el *Diccionario de los mariguaneros* no incluye el adjetivo “gonorrea”. Si bien, sí incluye, por ejemplo, el insulto más usado del

parlache tras gonorrea, sí, “pirobo”. Prueba necesaria y contraprueba suficiente para afirmar que la gonorrea lanzada como injuria no es anterior a 1980. Un año después, en 1981, la editorial Letras publicaría *Bacano Llave*, de Alberto Piedra. Desconocido ejemplar de la oralitura colombiana que, a la manera de un libro almanaque, relataría las desventuras de Bacano Llave Restrepo: un *nomen nescio* de la comuna noroccidental de Medellín, del barrio Robledo, el tercero de cinco hijos de Jesús Llave, un expartidario de la Anapo muerto en una balacera mientras ejercía su oficio de celador, y de Rosalba Restrepo, ama de casa impedida laboralmente por la variz. No bien cumplida la mayoría de edad, empezaría las penurias de Bacano: tras pasar sesenta días en Bellavista por mariguanero y vago reconocido, viajaría a Cali con la esperanza de refundarse. Allí, sin embargo, se haría adicto a mirar “hembritas” en el parque La María bajo los efectos del daprisal: “¡¡¡Qué culos!!! Cuando a uno le explotan los dapris se siente el putas. Pero no es como el guaro que uno se pone a peliar sino que le da es por votar caspa, fumar leña y rodarla”. Ese pasatiempo caicediano lo financiaría al venderle a unos gringos dos metros de perico falso, o sea un *mix* pulverizado de tres pastillas de silocaina y dos de mejoral, a precio de cuatro y medio del verdadero. Todo iría bien hasta que Bacano abandonara su radio de acción, el perímetro del parque La María y sus alrededores: al adentrarse en San Fernando se toparía con un tropel entre la policía y unos estudiantes del Santa Librada, del popular Santa Pedrada. El efecto acelerador del daprisal lo obligaría a acercarse a ese ojo del huracán: lo miraría fijamente más de la cuenta y se ganaría una golpiza de los tombos. Con la golpiza vendría una elipsis narrativa del tamaño de una casa. Tan grande que, una vez superada, Bacano estaría de regreso en Medellín, recluso en un manicomio para curarse de sus adicciones, en una pieza de tres metros cuadrados con un afiche del poderoso de la montaña personalizando una de sus cuatro paredes. La elipsis es tan grande que, como en todo libro almanaque, sería minimizada al pasar la página por un elemento que contextualiza la narración: una caricatura, una foto o, en este caso, una noticia que reproducía la primera aparición de Medellín en *Newsweek*, al ser declarada por ese semanario la ciudad más peligrosa del mundo, lo que, por ejemplo, llevaría a clausurar el consulado gringo en Medellín promediando 1981. Ese año la tasa de homicidios por cada 100 mil habitantes de la ciudad más peligrosa del mundo sería 56. Finalmente, aunque *Bacano Llave* incluiría elementos lingüísticos que iban más allá de los contenidos en el *Diccionario de los mariguaneros*, tales como la locución adverbial y la negación enfática más usadas del parlache, esto es, “a la final” y “la chimba”, no incluiría a gonorrea, luego, es altamente improbable que esa palabra usada como insulto sea anterior a 1981. Un año después, en 1982, la tasa de homicidios por cada 100 mil habitantes de la ciudad más peligrosa del mundo sería 57. Y en 1983, 58. Cerrando ese año, como si hubiera sido determinada por la curiosa progresión aritmética de esa tasa, 56, 57, 58, aparecería el primer registro público de gonorrea en calidad de insulto. Sí, en *Los habitantes de la noche*. Aquel mediometrage de Víctor Gaviria cuyo argumento podría considerarse la continuación clase media de *Bacano Llave*: al filo de la medianoche, a seis muchachos despachados en una esquina cualquiera del centro occidente de Medellín, se les ocurre rescatar a un compinche internado en el manicomio por su adicción a la mariguana. Al compinche lo apodaban el Topo por la cuarta acepción del DRAE, acepción que lo igualaría con Bacano Llave Restrepo: “Persona de cortos alcances que en todo yerra o se equivoca”. Para trasladarse hasta el manicomio, sito en el Bloque 4 del San Vicente de Paúl, les robarán cuatro bicicletas a cuatro celadores de Florida Nueva, barrio en el que había crecido Víctor Gaviria. Mientras el tercero de los celadores telefona al radioprograma nocturno que le da nombre al mediometrage para denunciar el robo, le hurtan la bicicleta al cuarto: ocurre en el puente que atraviesa la quebrada Ana Díaz a la altura de la carrera 77A con la 79B. Al ser atracado, el cuarto

celador exclama: “Gonorreas, respeten, malparidos”. Según el locutor, es la 1:28 a. m. del 4 de octubre de 1983, día de San Francisco de Asís. Sí, el locutor era Alonso Arcila, hermano menor de Rubén Darío Arcila, el narrador de ciclismo que, aquel 9 de julio de 2017, le daría paso al periodista de turno del canal Caracol que desconocía el significado de “nea”. Un año después, el distópico 1984, la tasa de homicidios por cada 100 mil habitantes de la ciudad más peligrosa del mundo sería 71. Y en 1985, 101. Ese año, del 10 al 15 de febrero, se publicaría en *El Mundo* la legendaria pentalogía de crónicas de Ricardo Aricapa titulada “S.O.S desde Bellavista”, en donde por primera vez se divulgaría el parlache a través de un medio masivo, en donde por primera vez se leería masivamente, por ejemplo, la forma de tratamiento para referirse a un amigo muy allegado, esto es, “parcero”, en uno de los pies de foto de la última entrega: “Carlos Robeiro Valencia Gómez, alias el Parcerito, uno de los duros del patio cuarto. Tiene más entradas a Bellavista que años de edad”. Tenía 17 años y 22 entradas, todas por robo, era de Manrique, el mayor de ocho hermanos, y, como Bacano Llave Restrepo, huérfano de padre. “S.O.S desde Bellavista” incluiría insultos como pirobo, pero no el capital, gonorrea. Un año después, en 1986, la tasa de homicidios por cada 100 mil habitantes de la ciudad más peligrosa del mundo sería 123. Como si ese 123 fuera una llamada de emergencia, pues desde ahí el homicidio sería la primera causa de mortalidad general en Medellín, cerrando ese año se filmaría *Rodrigo D. No futuro*. Sí, la película protagonizada por actores naturales de Manrique Guadalupe, pero rodada en Robledo El Diamante, es decir, la película que igualaría los destinos de las comunas noroccidental y nororiental de Medellín, representadas, respectivamente, por Bacano Llave Restrepo y por alias el Parcerito. Allí, gonorrea se pronunciaría once veces: tres, el Burrito; cinco, el Alacrán; dos, las hermanas Castro; y una, Ramón. Ese mismo año saldría a la luz *El cartel punk de Medellín*, un compilado de 37 canciones distribuidas en 20 agrupaciones, sí, aquel que tendría en la portada a Pablo Escobar con cresta, botas platineras y una botella de Chamberlain en la mano diestra. Aquel cuya octava canción, “Ramera de barrio”, de Mutantex, sería la primera en incluir el insulto de insultos, gonorrea, en el intro, parodiando *Las mañanitas*: “Estas son las chimbaitas / que más me emputan a mí / que las gonorreas más putas / jamás me lo dan a mí”. Esa octava canción, un par de años más tarde, sería la número cinco del lado A de la banda sonora de *Rodrigo D. No futuro*. Precisamente Ramiro Meneses, protagonista de la película y baterista y vocalista de Mutantex, escupiría el primer registro público de una acronimia formada con gonorrea, sí, en uno de los dos detrás de cámaras de *Rodrigo D.*, titulado *Cuando llega la muerte*: Rodrigo, encarnado por Ramiro, está improvisando con el que será su hermanito en la película. De repente, un zócalo anuncia en letras rojas: “Buscando a los personajes, mayo de 1986”. A continuación, Rodrigo le dice a su hermanito que lo único que le gustó del colegio fue una clase de ciencias en la que le mostraron un feto de un marrano conservado en un frasco de vidrio. Y luego zanja la situación así, resumiendo: “Eso era lo único que me gustaba a mí, pero de resto, qué profesores tan petorreas los que había allá”. Petorrea: acronimia o cruce entre petardo y gonorrea, petardo en el sentido de la segunda acepción del *Diccionario de parlache*, a saber: “Persona poco competente”. Un año después, en 1987, la tasa de homicidios por cada 100 mil habitantes de la ciudad más peligrosa del mundo sería 142. Y en 1988, 198. Ese año se registraría la primera aparición de la gonorrea del parlache en la literatura, sí, en *Los caminos a Roma*, de Fernando Vallejo, como si todos los caminos condujeran a la gonorrea: un Vallejo viejo, el narrador, recordará a un Vallejo joven, el que había viajado a Roma para estudiar en el Centro Experimental de Cine. Una tarde, a la residencia en que se hospedaba el Vallejo joven, llegará un grupo de músicos judíos, entre ellos, una niña, la única que hablaba español. Pero no será cualquier español: “Me hablaba de vos, pero no era el vos de Antioquia que es vos y tú, ni era



el vos mayestático. Era un vos que nunca antes había oído. Suyo, solo suyo. El vos que usó Castilla cuando su lengua no conocía el usted”. Ese español arcaico, constatará el Vallejo joven con el tiempo, o sea el Vallejo viejo, era el de los sefardíes expulsados de España, de Toledo, por los Reyes Católicos, el fatídico 1492. Sí, el aprendido por Colón, el de Fernando de Rojas. Con ese español celestino la niña pronunciará el lugar de origen del Vallejo joven: “¿Antioquia dixistes?”. Aunque se hablaban desde un español arcaico a uno lleno de arcaísmos, el llamado antioqueño!, el Vallejo joven le dirá a ella: “¿Que mi idioma se ha hecho nuevo y el tuyo viejo? ¡Qué importa! Una sola cosa te quiero decir, mocita, pero no te la digo ahora, te la diré mañana”. La mocita, sin embargo, dejaría Roma en la madrugada, luego, el Vallejo joven nunca le dirá lo que le tenía que decir. Al recordar esa lejana decepción, el Vallejo viejo rematará ese aparte del libro, el tercero de su pentalogía autobiográfica, así: “Palabrería. Marihuanadas. El amor es una gonorreia del alma. Con perdón”. Un año después, en 1989, la tasa de homicidios por cada 100 mil habitantes de la ciudad más peligrosa del mundo sería 237. Y en 1990, 312. En agosto de ese año se publicaría *No nacimos pa’ semilla*, de Alonso Salazar, una suerte de polifonía del círculo vicioso de los combos de Medellín. Polifonía que, siguiendo el denominador común de Bacano Llave Restrepo o de alias el Parcerito, giraría en torno a Toño, un sicario de la nororiental, de 20 años, el mayor de muchos hermanos huérfanos de padre. Toño, tras sufrir un atentado de Los Capuchos, un grupo de autodefensa, moriría lentamente en el pabellón San Rafael del San Vicente de Paul: “Con voz tranquila empieza a contarme su vida, mirándose hacia adentro, como haciendo para él mismo un inventario”. El inventario iniciaría con la mala estrella de los 13 muertos que llevaba encima. Pero *No nacimos pa’ semilla* también incluiría otro inventario, sí, sería el primer libro en anexar un glosario del parlache: “Este es un listado de palabras de uso común entre los integrantes de las bandas. Muchas de estas expresiones han permeado otros círculos sociales de Medellín, donde actualmente es corriente su utilización”. Glosario que, por supuesto, tendría en cuenta a gonorreia: “Persona despreciable”. Lo haría para poder explicar el metainfierno, “el túnel”, la peor celda de la Guayana, que era el sector donde iban a parar los parias, los desterrados de los patios de Bellavista: “El túnel es la cárcel de la Guayana, como quien dice el infierno del infierno. Es una celda húmeda por donde pasa la mierda. Al túnel caen las peores porquerías de Bellavista, las gonorreas”. Un año después, en 1991, la tasa de homicidios por cada 100 mil habitantes de la ciudad más peligrosa del mundo llegaría a su máximo histórico, a la insuperable cifra de 375.

Posdata: Curiosamente, en ese apocalíptico 1991, se publicaría el libro con más gonorreas, sí, *El pelaito que no duró nada*: 52 en 106 páginas. Entre ellas, se registraría por primera vez el fraseologismo exclamativo para expresar emociones negativas o de rechazo, sí, “¡qué gonorreia!”, en dos ocasiones.

Narcos

Para alimentar mi complejo de inferioridad, desde hace 17 años rastreo películas y series extranjeras que mencionan a Medellín, mi ciudad natal. Por esa vía, por ejemplo, llegué a *Narcos*, la serie extranjera que más la ha mencionado: 44 veces en la temporada de estreno y 57 en la segunda. La primera, a los 12 minutos y 47 segundos: “En ese entonces, Pablo era dueño de media policía de Medellín”... *Narcos*, según

Netflix, es una de sus series más adictivas, necesitando apenas tres capítulos para enganchar al 70 por ciento de sus suscriptores. Y sería precisamente en ese tercer capítulo, entre el Medellín 18 y 19, donde una palabra me desviaría de mi conteo: se la escupe la Quica a Poison, ambos sicarios de Pablo Escobar, mientras discutían por un muerto de la noche anterior. Según Poison, era su número 65, pero la Quica decía que no, que era de él.

La Quica: Si yo fui el que se tronó al mancito.

Poison: Usted nomás le dio el plomazo cuando ya estaba todo tirado, muerto.

La Quica siguió insistiendo y Poison negando. Varios kilómetros así: el uno insistía y el otro negaba. Hasta que Poison se cansó de negar, dio un volantazo a la izquierda y atropelló a un campesino que iba caminando al borde de una carretera fantasmal.

La Quica: ¿Qué estás haciendo, gonorreia?

Poison: ¡Vea, 65, papá!

Sí, el primer gonorreia de *Narcos*, y el más ecuménico hasta ahora, transmitido a más de 190 países, prácticamente a todo el mundo a excepción de China, Crimea, Corea del Norte y Siria. Pronunciado 14 minutos después de que saliera en pantalla el primer reportaje sobre Pablo Escobar publicado en Colombia, sí, “Un Robin Hood paisa”, en la edición 50 de *Semana*, el 19 de abril de 1983, cuando el capo era suplente a la Cámara de Representantes y no tenía ningún proceso judicial en su contra, ya sea en Colombia o en el exterior. Pronunciado 17 minutos antes de la recreación de aquella famosísima plenaria de la Cámara de Representantes en donde se debatiría el tema de los llamados dineros calientes, dineros del narcotráfico financiando campañas políticas. Plenaria en la que se verían por primera y única vez las caras Rodrigo Lara Bonilla, ministro de Justicia, y Pablo Escobar. Sí, el mismo día que una fuente anónima le advertiría al editor judicial de *El Espectador* que, años atrás, ese periódico había publicado una noticia vinculando a Pablo Escobar con el tráfico de drogas. Sí, el mismo día que Guillermo Cano, siguiendo a la fuente de su editor judicial, encontraría dicha noticia en los archivos del periódico: publicada el viernes 11 de junio de 1976, documentaba que seis narcotraficantes, entre ellos Pablo Escobar y su primo Gustavo Gaviria, habían sido capturados en Itagüí con 39 libras de cocaína. Al día siguiente de la plenaria, 25 de agosto de 1983, *El Espectador* reproduciría la noticia bajo un nuevo titular: “En 1976 Escobar estuvo preso”. Sí, nuevo titular que Pablo taparía con un dedo, al menos en Medellín, al comprar todos los ejemplares de *El Espectador* que se distribuirían en esa ciudad ese cuarto jueves de agosto. Dos meses después, a escasos días del primer gonorreia registrado, aquel de *Los habitantes de la noche*, se dictaría la primera orden de captura contra Pablo Escobar, por la desaparición de los dos agentes encubiertos del DAS que lo habían pescado aquel 11 de junio de 1976.

Una semana más tarde, el 26 de octubre de 1983, la Cámara de Representantes le levantaría por inmunidad parlamentaria. Comenzaría, pues, la guerra total... Ese primer gonorreia de *Narcos* sería traducido de distintas formas. Literalmente, por ejemplo, al inglés, italiano, húngaro, indonesio y finlandés, esto es: *What are you doing, gonorrhea?*; *Che fai, gonorrhea?*; *Mit müvelsz, tripper?*; *Apa yang kau lakukan, gonorrhea?*; y *Mitä teet, tippuri?* respectivamente. Al holandés, casi literalmente: *Wat doe jij nou, zieke lul?*, en donde *zieke lul* significa pene enfermo. Distintamente, en rumano: *Ce faci, nebulune?*, en donde *nebulune* significa lulo. Y también en polaco: *Có ty robisz, cholero?*, en donde *cholero* significa mierda, pero un mierda muy particular, derivado del griego *choléra*, que

significa bilis, secreción amarillenta. A otros idiomas como sueco o checo, se traduciría de forma implícita, transformando la pregunta de la Quica, el ¿qué estás haciendo, gonorreia?, así: *Vad fan gör du?*, que significa ¿qué diablos estás haciendo?; y Zešlil jsi?, que significa ¿estás enojado? Finalmente, en idiomas como francés, alemán, portugués, danés, serbio, croata, turco, noruego, ruso o estonio, gonorreia no sería traducido, dejando la pregunta en un estándar ¿qué estás haciendo? Dos capítulos después, en el quinto de la primera temporada, titulado paradójicamente “*There will be a future*”, “Habrá futuro”, porque esa fue la última frase que le dijo Galán a Gaviria, se registraría el segundo gonorreia de *Narcos* y el primero pronunciado por Pablo Escobar en la serie: se lo escupe al coronel Carrillo, 38 minutos después de la recreación del magnicidio de Galán, de aquella noche suachuna del 18 de agosto de 1989, un día antes de que decretaran la extradición por vía administrativa, por fuera del alcance de la Corte Suprema de Justicia.

Carrillo: ¿Te crees el muy berraco, no? Pues deberías cambiar tu teléfono satelital.

Pablo: ¿Quién habla?

Carrillo: Tu madre está en Rionegro, con ese barrilito de grasa que llamas hijo. Y tu esposa estaba ayer en la carretera 11 comprándose una ropita.

Pablo: Malparido, marica, ¿usted qué cree, que porque es policía le tengo miedo?

Carrillo: Tú sabes dónde está mi familia, marica. Pues yo también sé dónde está la tuya, que no se te olvide.

Pablo: ¡Gonorreia, malparido!

En *Narcos*, el coronel Carrillo es el trasunto de Hugo Martínez, sí, el coronel que comandaría el Bloque de Búsqueda, el grupo élite de la policía reactivado para cazar a Pablo Escobar tras fugarse de la cárcel de La Catedral el 21 de julio de 1992. Tres días después, el 24 de julio, Gaviria le propondría a otro Hugo, a uno de menor rango, que se reincorporara al Bloque de Búsqueda como jefe de inteligencia. Sí, a Hugo Aguilar, el mayor que, según la historia oficial, es el autor del tiro que penetraría la espalda de Pablo Escobar, coquelearía con su corazón y se le alojaría en el maxilar inferior izquierdo, sí, el tiro inmediatamente anterior al mitificado tercero que le entraría por una oreja y le saldría por la otra, la derecha. Hugo Aguilar, actualmente encarcelado por parapolítica, también es el autor de *Así maté a Pablo Escobar*. Publicado en 2015, es uno de los pocos libros que da cuenta del capo pronunciando el insulto de insultos, gonorreia, sí, en el capítulo inicial, “Hablando con Pablo”:

—¿Alo?

—¿Quién habla?

—¿A quién necesita?

—Vea, hiena gonorreia, si usted es el mayor Aguilar, le voy a meter un poco de dinamita por ese culo.

—Y yo le voy a meter un roquetazo, sicópata infeliz.

—Vea, usted es el mayor Aguilar, con ese habladito boyacense. Gonorreia, cuando lo sequestre le voy a quitar uña por uña y los dedos uno a uno.

Días después, el capo llamaría a la sala técnica de interceptación de llamadas:

—¿Alo?

—¿Quién habla?

—Pablo Emilio Escobar Gaviria y en pocos segundos va a explotar un carro-bomba con dos mil kilos de dinamita en esa sede de torturas, gonorreia hijueputa.

Se refería a la sede del Bloque de Búsqueda, la Escuela de Policía Carlos Holguín, que, naturalmente, sería evacuada. Tres meses después de esa falsa alarma, tres 499 días de persecución, al día siguiente de cumplir 44 años, o sea el 2 de diciembre de 1993, a las 3:15 de la tarde, sería abatido Pablo Escobar. En el techo de una casa del barrio Los

Olivos, en la carrera 79B # 45D-94, sí, exactamente cuatro cuadras arriba del puente que atraviesa la quebrada Ana Díaz, a la altura de la carrera 77A con la 79B, sí, aquel puente de *Los habitantes de la noche* donde se pronunció el primer gonorreia del que todos podemos ser testigos. Luego, es como si el insulto de insultos, gonorreia, hubiera esperado diez años para dibujar su referente. No por nada, el margen de error de los equipos Thompson y Telefunken que triangularon las últimas llamadas de Pablo y lo ubicaron, era, precisamente, de un radio de cinco cuadras.

Posdata: Un mes después de la muerte del capo la revista *Semana* lo despediría con este obituario: “No dejó gobernar a tres presidentes. Transformó el lenguaje, la cultura, la fisonomía y la economía de Medellín y del país. Antes de Pablo Escobar Medellín era considerada un paraíso. Antes de Pablo Escobar el mundo conocía a Colombia como la Tierra del Café. Antes de Pablo Escobar los colombianos desconocían la palabra sicario...”. A lo que habría que agregar: antes de Pablo Escobar gonorreia era un sustantivo, una enfermedad venérea, con Pablo Escobar, un adjetivo, el mayor insulto de Medellín, y después de Pablo Escobar, el mayor insulto de los colombianos, y el más flexible.

La más fea

El mismo año de la muerte del capo, 1993, se publicaría el *Diccionario de las hablas populares de Antioquia*, sí, el primero en incluir el insulto de insultos: gonorreia. Para entonces su uso estaba tan extendido que no haría parte de la sección “Léxico jergal”, sino del apartado “Léxico coloquial y popular”. Un año después, en 1994, se publicarían los siete gonorreas más universales hasta la aparición de *Narcos*, sí, en *La virgen de los sicarios*. El segundo, entre paréntesis, contextualizaría al primero y a los demás: “Gonorreia es el insulto máximo en las barriadas de las comunas”. El sexto y el séptimo, por su parte, serían los más sonoros: “¡Gonorreia! El infierno entero concentrado en un taco de dinamita”, y “Dios no existe y si existe es la gran gonorreia”. Igualando ese sexto y séptimo gonorreia, y asumiendo como cierta la existencia de Dios, ocho años después Juan Villoro escribiría que *La virgen de los sicarios* es un evangelio al revés. Lo que comprobaría con una frase de ese libro que se encuentra, precisamente, entre dicho par de gonorreas: “Dios es el Diablo”. Al francés y al alemán esos siete gonorreas serían traducidos de forma literal, esto es, *gonorrhée* y *tripper* respectivamente. Al inglés, como si fueran una toponimia de Medellín y de Colombia reflejada en un espejo de doble fondo, la imagen de la anomia de ambas, pues, al fin y al cabo, tanto gonorreia como Medellín y Colombia tienen ocho letras, no serían traducidos, el traductor, un tal Paul Hammond, los dejaría así, intactos: gonorreia. Para el narrador de *La virgen de los sicarios*, un lingüista que se consideraba a sí mismo el último gramático de Colombia, ese insulto de insultos sería el resultado de una fórmula naturalista: “Al desquiciamiento de una sociedad se sigue el del idioma”. Un año después, en 1995, se publicaría la primera investigación que daría cuenta de ese desquiciamiento, sí, *El parlache: una variedad del habla de los jóvenes de las comunas populares de Medellín*, de Luz Stella Castañeda y José Ignacio Henao. Allí, entre otras cosas, se considera al parlache como un antilenguaje y, como tal, expresaría la nueva jerarquización social establecida en los barrios populares de Medellín. Jerarquización que sería deducida a partir de un sinnúmero de textos escritos, principalmente, por estudiantes del Pascual Bravo, entre 1991 y 1995: en la punta de la pirámide



estarían las palabras “patrón, duro, jefe y fuerte”; después, en un segundo nivel, “traqueto, dedicaliente y caliente”; en el tercero, “chichipato”; en el cuarto, “torcido, fariseo y sapo”; en el quinto, “basura, pichurria, bandera y chirrete”; en el sexto, “fufurufa y pirobo”; y, en el séptimo y último, a ras del más allá, “chulo”. Jerarquización que, ciegamente, no incluiría a gonorreia. Sin embargo, en el texto número siete de los escritos por los estudiantes del Pascual Bravo, se lee lo siguiente: “Llegó una noticia que Julio estaba muerto y con un letrero en el pecho que decía: Vamos a acabar con los gonorreas”. Luego, sabiendo que chulo es sinónimo de muerto, gonorreia, en esa jerarquización, ocuparía el séptimo nivel, desplazando a chulo hasta el octavo. Gonorreia, pues, sería el calificativo de alguien que está a punto de ser besado por el fraseologismo medellinense de la muerte, que está a punto de ser “tirado al piso”. Al respecto, un año después, en 1996, en el libro *La génesis de los invisibles: historias de la segunda fundación de Medellín*, Alonso Salazar escribiría que dicha jerarquización es la materialización de “un lenguaje al mismo tiempo lúdico y profano, que se tomó la ciudad desde los territorios de la exclusión... Jergas repetidas como identidad o como esnobismo. Pues aún en los colegios de buenas familias para referirse a un paisano no muy estimado se le dice gonorreia. Pero las palabras no son gratuitas. En este *slang* las que están asociadas con la muerte son las que más sinónimos presentan”. Un año después, en 1997, en el libro *Medellín es así*, en un artículo titulado “La real academia del parlache”, Ricardo Aricapa, divulgando la referida investigación de Castañeda y Henao, ampliaría la cita de su colega Alonso Salazar a través de un mapa de calor del parlache según sus términos y expresiones: 87 palabras aluden a la cultura de la

droga, 46 a la mariguana, 25 al bazuco y a la cocaína, 42 a la violencia, 73 a la muerte, 27 a las armas de fuego, 11 a las armas blancas, 24 a las balas o municiones, 17 a la cárcel, 19 a la policía, 25 al dinero, 14 a las prostitutas, 18 al robo y la misma cantidad a escaparse. Además, se encontrarían cuatro veces más palabras o expresiones para insultar que para elogiar, esto es, 53 frente a 13, siendo gonorreia el insulto más popular. Popularidad que alcanzaría su cimero al año siguiente, en 1998, con los 101 gonorreas pronunciados en *La vendedora de rosas*, ninguno, curiosamente, por Mónica, la protagonista, que moriría en Nochebuena escuchando el último de esos agravios, lo que demuestra nuevamente que, en el contexto de la nueva jerarquización social establecida en los barrios populares de Medellín, el nivel de la gonorreia es el más propincuo al de la muerte. Ese mismo año saldría a la luz, en la revista *Íkala*, “Parlache, crisis social y medios de comunicación”, en donde se reseñaría la primera vez que gonorreia circuló en *El Espectador*, el 9 de octubre de 1994, en un artículo titulado “Diccionario real de la narcolengua”: “No es raro que un niño de un colegio bien le diga a un amigo que es una gonorreia y que si no le gusta cómo lo trata, pues que se abra”. Un año después, en 1999, se publicaría *De un hombre obligado a levantarse con el pie derecho y otras crónicas*, de Alberto Salcedo Ramos, que incluiría una titulada “El gol que costó un muerto”, acerca de William Blandón, un joven de la comuna nororiental de Medellín que sería amenazado de muerte por hacer un gol sin querer, el del triunfo definitivo en un partido de microfútbol que debía quedar empatado: “Me acuerdo como si fuera ayer del insulto que me echó en la cara. Me dijo: Gonorreia hijueputa, nos dañaste la clasificación. Cuidate, que te voy a matar”.

Frase que, hasta ese momento, había retenido en su mente durante diez años, como eco, una vez más, de gonorreia trasuntado en aviso de muerte en la jurisdicción de los barrios populares de Medellín. Connotación que se extendería rápidamente a los barrios periféricos de Bogotá, como quedaría evidenciado un año después, el 26 de febrero del 2000, en una noticia de *El Tiempo* titulada “Los recorridos de la muerte”. Allí, se denunciaría que, en un lapso de cinco meses, habían sido asesinados cinco conductores de las rutas 728 y 729 de Coointracóndor por resistirse a ser atracados. Uno que no se resistió, llamado Emerson Mejía, describiría a su atracador así: “...de unos 18 años, 1,70 de estatura. Bien vestido. Me encañonó y me dijo: Quietó gonorreia. Entrégueme la plata hp”. Ese mismo año, el 2 de julio, y en ese mismo periódico, en una columna titulada “Cine con sociología”, Armando Silva, luego de divulgar un estudio del Ministerio de Cultura que señalaba a *La estrategia del caracol* y a *La vendedora de rosas* como las películas colombianas de mayor recordación para el público nacional, diría lo siguiente acerca de la segunda: “*La vendedora*, que tuvo algunos aciertos al introducir un mundo con actores naturales, sobre algo significativo como la droga y la violencia en la marginalidad citadina, fue un exceso de espontaneísmo, concordante con la repetición gratuita y ofensiva de la palabra gonorreia, emblema gastado de su audacia cinematográfica”. Un año después, en 2001, la publicación de *El parlache*, a través de un glosario que serviría de colofón del libro, demostraría que, a diferencia de lo escrito por Armando Silva, gonorreia no era ningún emblema gastado, sino, más bien, el vocablo más maleable de dicho glosario representativo y, por lo tanto, de la variedad argótica denominada parlache. Tan maleable que, si avanzan hasta la página 121, verán que, hasta entonces, gonorreia se había fusionado con pichurria, plasta y gorzobia, para transformarse, respectivamente, en gonopichurria, gonoplasta y gonorzobia, y se había deformado en otros insultos como gonopleta, gorronea y gorroneó, este último la versión de gonorreia usada en Urabá. Tan maleable y a la vez tan apegada al contexto local y nacional que, como señala una micronoticia de *El Tiempo* publicada el 6 de mayo de 2001, anunciando la primera muestra de cine colombiano en Moscú, a presentarse entre el 8 y 15 de ese quinto mes en el Museo del Cine, gonorreia traería líos de traducción: “Para los traductores rusos lo más difícil por lo pronto es entender el lenguaje callejero de los protagonistas de *La vendedora de rosas*”. Y es que les toca decir gonorreia en ruso”. Finalmente, sería traducida de manera literal: “гонорея”. Líos de traducción que, un año después, en 2002, también manifestaría Fernando Vallejo en *La*

rambla paralela, su libro más experimental, la novela de su desdoblamiento: “Poca atención le prestó el viejo a las noticias de Colombia, preocupado como andaba por lo propio: por la intraducibilidad al alemán de sus libros dada la escasez de insultos en esa pobre lengua pendeja”. Se refería, por supuesto, a los siete gonorreas de *La virgen de los sicarios* que, como se dijo arriba, fueron traducidos literalmente a la lengua de Goethe, esto es, “*tripper*”. Líos de cuasiintraducibilidad que solo han permitido que se haya traducido una vez un vocablo extranjero al español colombiano como gonorreia. Sí, en 2003, en “Mea Culpa”, un panfleto de Céline traducido por Pablo Montoya y que publicaría la *Revista Universidad de Antioquia* en su número 272. Inédito hasta entonces en español, “Mea Culpa” sería el resultado de un viaje que había hecho Céline en 1936 a la Unión Soviética pagado con los derechos de la traducción al ruso de *Viaje al fin de la noche*. Viaje decepcionante que desembocaría en la escritura de ese manifiesto anticomunista. Allí, en un párrafo en el que habla de la superioridad práctica de las grandes religiones cristianas, Céline dice que esta reside en que “Toman al hombre en la cuna y en seguida le descubren el pastelito. Y le soplan sin ambages: Tú, pequeña gonorreia informe, nunca serás más que una basura...”. En el original, en francés, esa frase intensificada por los dos puntos que la anteceden fue escrita así: “*Toi petit putricule informe, tu seras jamais qu'une ordure...*”. Luego, “*putricule*” correspondería a gonorreia en la traducción de Pablo Montoya. Posteriormente, en un artículo titulado “Manipulación ideológica y formal en la traducción literaria de Pablo Montoya”, publicado por Wilson Orozco en *Íkala* vol.14 no.21, a propósito de “Mea Culpa”, Pablo Montoya diría: “A la hora de definir hacia quién iba dirigida esa traducción, pensé en los jóvenes lectores de la Universidad de Antioquia. Aunque, por obvias razones, me parecía peligroso publicar en la revista de dicha universidad un texto anticomunista”. Como esa traducción no sería bien recibida por los estudiantes antiintelectuales y anticapitalistas de esa institución, desde entonces, en esos pequeños círculos anti y anti, a Pablo Montoya se le conoce como Putricule Montoya. Un año después, el 17 de noviembre de 2004, como informaría *Semana* el 12 de diciembre de 2009 y *El Espectador* el 14 de enero de 2012 y el 16 de marzo de 2013, en “Manual para amenazar”, en “¿Por qué el DAS se ensañó contra mí?” y en “La más perseguida del DAS” respectivamente, el G-3 del DAS crearía un manual para amenazar a Claudia Julieta Duque, la periodista que, en 2002, a través del programa Contravía, había denunciado las “DAS-viaciones”, las desviaciones que el DAS había hecho en la investigación por el

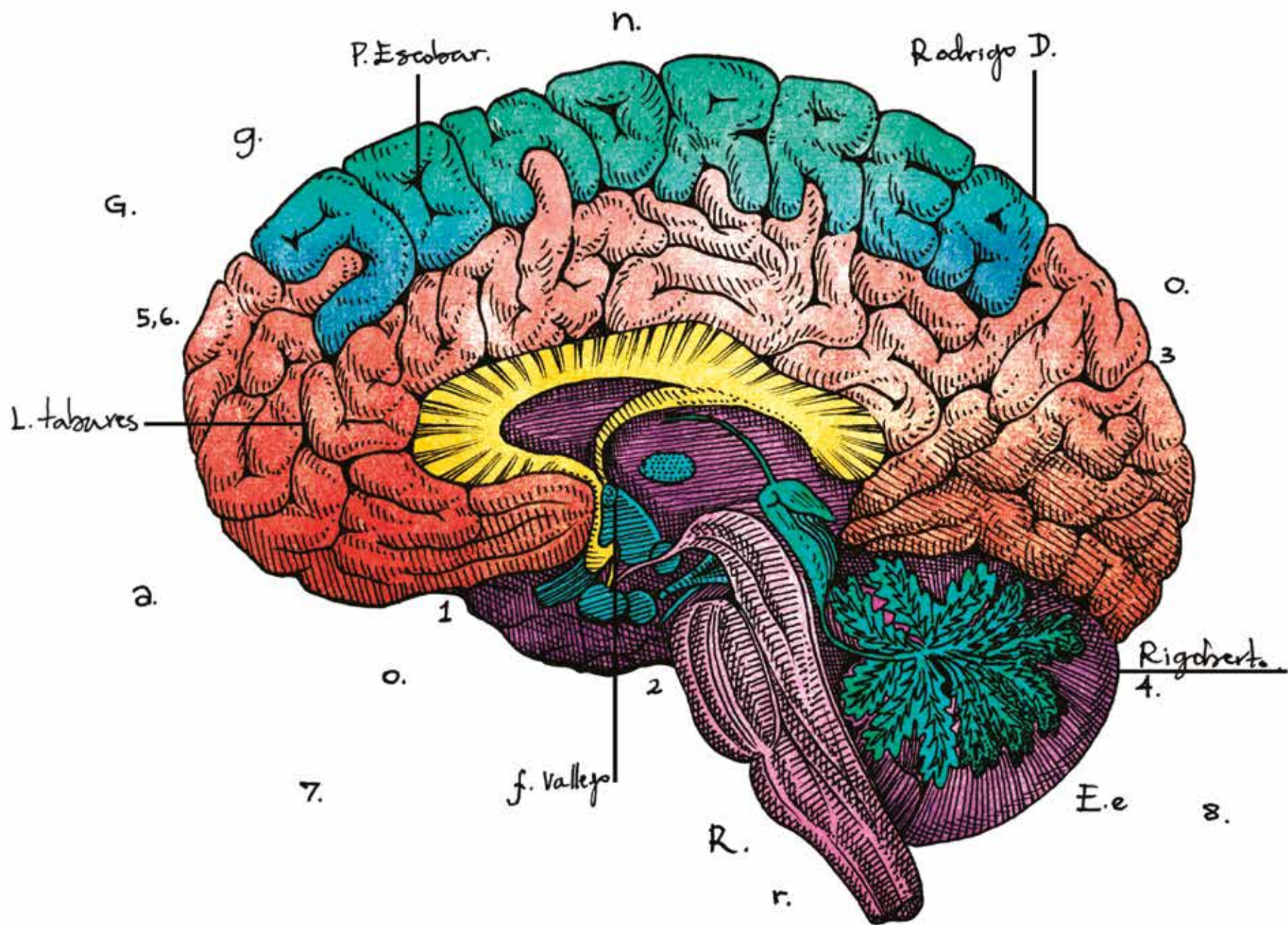
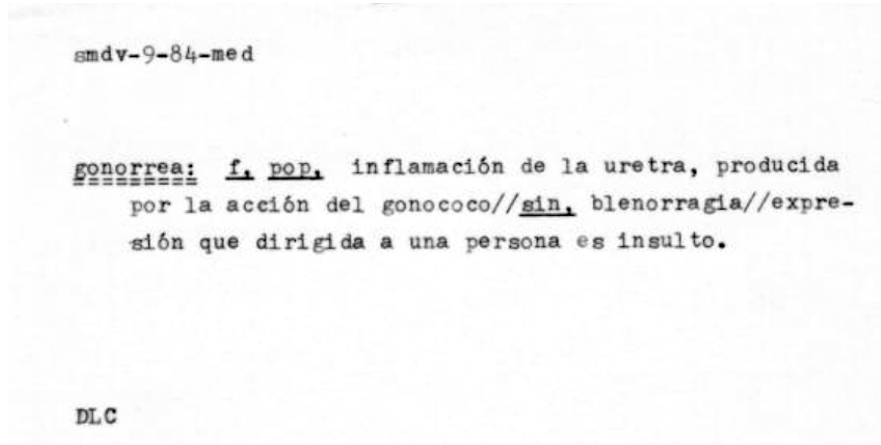
magnicidio de Jaime Garzón. El manual para amenazarla constaba de dos partes: a) Instrucciones para no ser descubiertos: la llamada debía hacerse en cercanías a las instalaciones de inteligencia de la Policía, no debía durar más de 49 segundos, debía hacerse desde un teléfono público, quien la realizara debía estar solo y desplazarse en bus hasta el sitio, debía constatar que no hubiera cámaras de seguridad en el lugar y, muy importante, resaltado, no debía tartamudear. b) La amenaza redactada, en donde gonorreia era el insulto clave: “Ni camionetas blindadas ni cartacas chimbos le van a servir ahora, nos tocó meternos con lo que más quiere, eso le pasa por perra y por meterse en lo que no le importa, vieja gonorreia hijueputa”. O, “Cuando escuchamos tu voz y la de tu hija, nos dan ganas de cogerlas y picarlas, gonorreia. Su hija va a sufrir, la vamos a quemar viva, le vamos a esparcir los dedos por la casa”. Un año después, en 2005, Luz Stella Castañeda presentaría su tesis doctoral, *Caracterización lexicológica y lexicográfica del parlache para la elaboración de un diccionario*, que incluiría una nueva acronimia y una nueva desviación de gonorreia, esto es, chandorreia y gonopercubia, la primera mezcla de chanda y gonorreia, y la segunda “persona viciosa y pervertida”. Par de vocablos que, curiosamente, al año siguiente no harían parte del *Diccionario de parlache*, que sí incluiría a las ya reseñadas gonopichurria, gonoplasta, gonorzobia, gonopleta, gorro-neia, gorroné y, por supuesto, nea. En ese 2006, además, se publicaría el único diccionario de colombianismos que, hasta ahora, tiene como entrada a gonorreia, sí, el *Diccionario comentado del español actual en Colombia*, de Ramiro Montoya. En 2007, sin embargo, en el

marco del XII Concurso de Ortografía convocado por *El Tiempo*, Copista, el blogger del concurso, preguntó: ¿Cuál es la palabra más fea del español? La pregunta estaría abierta un mes, durante el cual 1027 cibernautas propondrían 1801 palabras para, finalmente, elegir a gonorreia, el insulto de insultos, como la más fea del español. Un año después, en 2008, saldría a la luz el único texto que ha reunido en torno a unas pocas líneas a Medellín, gonorreia y nea. Sí, triada presente en el coro de una canción titulada, precisamente, *Medellín*, de Bruhoo Mc: “Medellín sos como yo / yo como vos / vos como yo / yo como vos / y a la final lo mismo / unas gonorreias”. En el video, que se estrenaría en 2009, un ángel alado aterrizaría en Medellín en un día caluroso, bebería agua de un charco sito en una empinada calle del barrio Las Palmas y, como lo expresa el determinismo dentro del naturalismo del coro de la canción, se contagiaría al instante de la anomia de la que fuera la ciudad más peligrosa del mundo, convirtiéndose en la gonorreia más gonorreia del barrio. Ese mismo 2009, el 29 de mayo, en un artículo publicado en *El Tiempo* bajo el título “Lenguaje”, su autor, Alberto Baquero Nariño, escribiría que “el idioma tiene sus formas y sus espacios: así como en la diplomacia, en las cortes y parlamentos, por ejemplo, reina la hipocresía, en la gaminería la mejor alusión de confianza es ¡Uy, gonorreia hpi!”. Dando a entender, posteriormente, que así como la RAE acepta lo primero, debería pasar lo mismo con lo segundo. No sé si ese artículo habrá tenido eco internacional, de seguro no, pero al año siguiente, en 2010, la RAE publicaría la

primera edición de su *Diccionario de americanismos*, diccionario que, sorprendentemente, incluiría en sus páginas tanto a gonorreia como a su acortamiento nea. “Gonorreia: i. Co. Se usa para dirigirse a alguien entre personas del hampa y clases populares. ii. Co. Se usa como insulto, con el significado de persona ruin y despreciable”. “Nea: f. Co. juv. Persona de malos sentimientos”. Y listo, el resto es historia reciente, desde entonces, nea se alejaría cada vez más de su origen de insulto velado, consolidándose, por un lado, como sinónimo de parcerio, y, por el otro, de boleta o bandera. En cuanto a gonorreia, a partir de su aparición inesperada en aquel *Diccionario de americanismos*, estaría presente, por ejemplo, en catorce artículos de *El Tiempo* y en siete de *El Espectador*, e incluso haría su debut en *El Colombiano*, el 1 de septiembre de 2017, en un artículo titulado “Parce, ¿y vos también usás el parlache?”. Todo eso, no sin antes acompañar otro debut, el de Sofía Vergara en *Saturday Night Live*, el 7 de abril de 2012, cerrando el tradicional monólogo de apertura de ese

legendario programa, cierre que, por supuesto, cerrará este artículo: “And finally, you might have notice that I have a little some accent sometimes, I love it, this accent can make anything sound sexy, listen: gonorreia”.

Posdata: A última hora me llegó una información acerca del *Diccionario del español* de uso de Antioquia, que no es público y está en un fichero en la oficina 424 del bloque 12 de la Universidad de Antioquia. Bibliográficamente, suelen fecharlo en 1987, sin embargo, Adriana Ortiz, que por estos días dirige su digitalización, me envió la ficha de gonorreia y la elaboración de la misma corresponde a septiembre de 1984, elaborada por alguien cuyas iniciales son SMDV, que no se sabe quién es. Si lo que dice el manual de instrucciones de dicho diccionario, que sí es público, es cierto, esto es, que la información para construirlo fue recolectada en 1982, estaríamos ante el primer registro de gonorreia como insulto. Cuestión que, por supuesto, podría confirmar el enigmático SMDV. Por eso, si usted es SMDV, comuníquese, por favor, con *Universo Centro*. ☺



MUSEO CASA
DE LA MEMORIA



¿QUÉ LE PREOCUPA A MEDELLÍN?

> Mónica Saldarriaga <

Nueva exposición

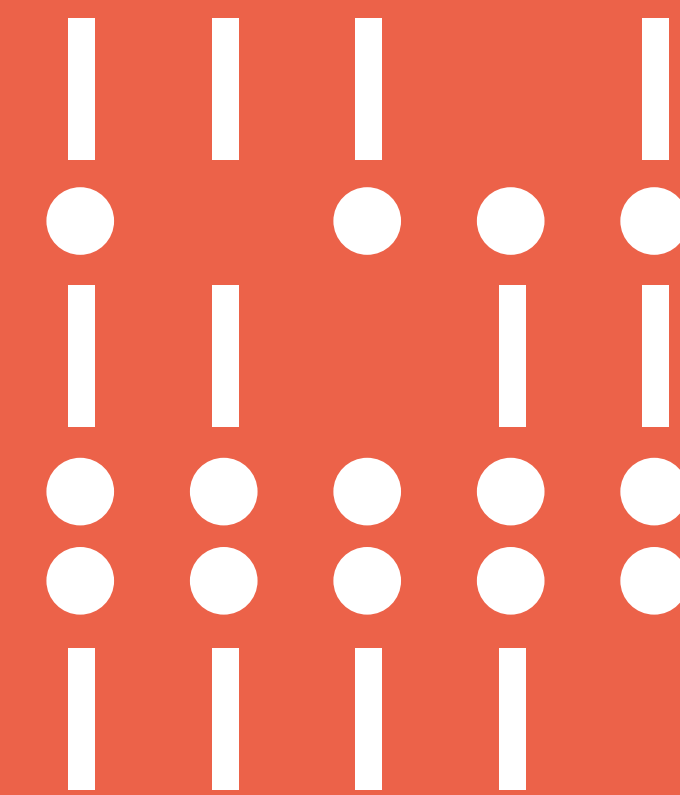
MEDELLÍN|ES 70,80,90 LA CIUDAD HABLA

APERTURA 27 DE SEPT. 6:00 P.M.
MUSEO CASA DE LA MEMORIA
PARQUE BICENTENARIO
www.museocasadelamemoria.gov.co

I ¿Qué fue lo que nos pasó?, ¿por qué?, ¿cómo expresar lo que vivimos?, ¿qué significa la violencia para cada uno de nosotros?, ¿cómo nos transformamos en la ciudad que somos? Con estas preguntas nos dimos el tiempo para conversar, recordar e imaginar estas Medellín, a través de la palabra, de algunas herramientas y gestos de creación.

MUSEO
Casa de la Memoria





parque
explora

MÚSICA

LA ORQUESTA PROPIA

NUEVA EXPOSICIÓN
EN PARQUE EXPLORA - MEDELLÍN
A partir del 11 de octubre

www.parqueexplora.org

tigo
me

Alcaldía de Medellín
Cuenta con vos

cinéfagos.net

cine colombiano, crítica de cine, comics, artes electrónicas,
artículos y ensayos, cuentos de cine, documentos

[f /cinefagos.net](https://www.facebook.com/cinefagos.net)

[@cinefagosnet](https://twitter.com/cinefagosnet)

Lo que Quiero aprender

¡Lo encuentro en **Comfama!**
Educación y Aprendizaje

En Comfama Edificio Vásquez
Informática - Gimnasia para adultos - Guitarra
Crecimiento personal - Manualidades

Matricúlate ya
— en nuestras sedes y en —
www.comfama.com



comfama